

COLECCIÓN UNIVERSAL

————— N.ºs 707 y 708 —————

GOTTFRIED KELLER

Los hombres
de
Seldwyla

NOVELAS BREVES

TOMO III

El traje hace a la persona.—El engaño
de las cartas.



Precio: Una peseta

MADRID, 1922

Gottfried Keller.

—

LOS HOMBRES DE SELDWYLA

TOMO III



MCMXXII

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1922.

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

12-62.324
GOTTFRIED KELLER

Los hombres
de
Seldwyla

NOVELAS BREVES

TOMO III

El traje hace a la persona.—El engaño
de las cartas.

La traducción del alemán ha sido hecha
por Luis López Ballesteros y de Torres



MADRID, 1922

Talleres "Calpe", Larra, 6 y 8.—MADRID

Desde que apareció la primera mitad de estas narraciones, nada menos que siete ciudades suizas se disputan el honor de haber sido descritas en ella bajo el fantástico nombre de Seldwyla, y como el hombre, lleno de vanidad, ha preferido siempre pasar por ruin, feliz y divertido antes que por honrado, pero sencillo e ingenuo, cada una de dichas ciudades ha ofrecido al autor de estos relatos concederle el título de hijo adoptivo si se decidía a declararse en su favor.

Mas como el autor posee ya su pequeña patria propia, que por cierto no tiene nada que envidiar a ninguno de los ambiciosos municipios citados, ha tratado de satisfacer a todo el mundo manifestando que en cada ciudad y cada valle de Suiza se alza una torrecita perteneciente a Seldwyla y que esta localidad debía considerarse formada por el conjunto de tales torres, esto es, como una ciudad ideal que, pintada sobre la azul neblina de las montañas, se trasladara de un lado para otro, hallándose tan pronto sobre un valle como sobre una pradera y llegando hasta traspasar el viejo Rin y con él las fronteras de nuestra amada patria helvética.

Mientras que, a pesar de todo, han continuado tenazmente algunas de las ciudades referidas en su lucha por apoderarse de su Homero estando

éste aún en vida, la verdadera Seldwyla ha sufrido tal transformación que su carácter, durante tantos siglos inmutable, ha cambiado por completo en menos de diez años y amenaza convertirse en algo radicalmente opuesto.

Para decir verdad, la vida general de Seldwyla ha adquirido una tal configuración que los seldwylenses han podido desarrollar en un ambiente propicio sus peculiares aptitudes y picardías, siendo ahora la ciudad una agradecida tierra de labor que, rindiendo sus frutos a sus habitantes, ha hecho que se vayan convirtiendo en gente cabal y apacible, semejante ya al resto del honrado mundo.

La febril actividad especulativa sobre valores conocidos y desconocidos, que en la actualidad se ha extendido por todas partes, ha sido lo que ha abierto un infinito campo de acción a los seldwylenses, los cuales parecían creados para ella desde *ab initio* y fueron de pronto convirtiéndose a millares en grandes hombres de negocios.

Cambiar impresiones sobre tales valores y pasear de un lado para otro a la busca y captura de un negocio—actividad que no trae consigo ningún otro trabajo y sí una agradable animación—; expedir telegramas, recibirlos, y otros mil y un manejos más de este jaez, constituyen la labor más apropiada para los seldwylenses. Cada uno de ellos lleva dentro desde su nacimiento un agente de negocios o cosa análoga, y esta especialidad ha sido ya tan reconocida que emigran de su ciudad para ejercer en otras tales actividades, al igual de

los confiteros de la Engadina, los cereros del Tesino y los deshollinadores saboyanos.

En lugar de la antigua cartera abarrotada de cuentas y pagarés incobrables llevan ahora los de Seldwyla elegantes cuadernitos de notas en los que apuntan los encargos que reciben relativos a acciones, obligaciones, algodón y seda. Doquiera que surge una empresa se encontrará siempre a varios de ellos revoloteando en derredor y ayudándola a extenderse y consolidarse, y si alguno logra atrapar algo se sumerge en el acto en las aguas como una carpa que ha logrado atrapar un gusanillo, y desaparece, para volver a salir a la superficie en otro lado en el que exista esperanza de buena presa.

No paran un momento y tratan con todo bicho viviente. Juegan a las cartas con los negociantes más considerables y saben a maravilla dar en las pausas rápidas respuestas sobre asuntos financieros o guardar un significativo silencio.

Esta vida los ha hecho secos y monosilábicos. Ríen mucho menos que antes y no encuentran ya tiempo para pensar en jaleos y diversiones.

Aquí y allá van formándose algunas fortunas que en las crisis comerciales tiemblan como las hojas del álamo o se disuelven en silencio como una reunión ilegal a la llegada de la Policía; mas en lugar de las antiguas y plebeyas quiebras fraudulentas, que se ventilaban sólo entre los de la ciudad, vense ahora distinguidas transacciones con poderosos acreedores de otras localidades; se

conferencia honradamente sobre tales reveses de fortuna, que revisten ahora una apariencia casi legal, y algunos de los que se arruinan vuelven a hacer fortuna: de modo que ya es muy raro el que tiene que retirarse de escena para siempre.

La política es en estos tiempos cosa muerta para los seldwylenses, pues creen que lleva necesariamente a guerras y luchas, y como ya tienen algo que perder y odian y temen como al mismísimo demonio toda posibilidad de perturbaciones, han abandonado su vieja costumbre de emprender, tras de sus jarras de cerveza, sangrientas guerras contra toda la antigua pentarquía. De este modo, ellos, que antes no cesaban de lanzar discursos políticos, han llegado ahora a guardarse temerosamente de todo juicio sobre este género de asuntos para no fundar en ellos negocio alguno, pues antes lo fundarían, como en base más sólida, en el ciego azar.

Todo esto ha transformado por completo la esencia de los seldwylenses, y su aspecto es ya, como se dijo antes, igual al del resto de los hombres. Nada sucede actualmente entre ellos que sea digno de relatarse, y por lo tanto ha llegado el tiempo de espigar por última vez en su pasado y en los antiguos buenos y alegres días de la ciudad. A esta última recolección deben su ser las siguientes narraciones.

EL TRAJE HACE A LA PERSONA

En una despacible mañana de noviembre caminaba un infeliz sastrecillo por la carretera que conduce a Goldach, pequeña, pero rica ciudad situada a pocas horas de Seldwyla. Toda la fortuna del caminante consistía en un dedal, al que, obligado por el frío a llevar las manos metidas en los bolsillos y a falta de cualquier moneda, iba dando vueltas entre sus dedos, doloridos ya de tan continuo manejo. La quiebra de un maestro sastre, establecido en Seldwyla, había despojado a su oficial de trabajo y jornal a un mismo tiempo, forzándole a emigrar en busca de ambas cosas. Aquella mañana no había aún desayunado mas que algunos copos de nieve que se le habían entrado en la boca, y tampoco tenía idea de cuándo y dónde podría surgir ante él el más modesto almuerzo. Ni siquiera le quedaba el recurso de mendigar, cosa que le impedía en absoluto el aspecto noble y romántico que le prestaba una amplia capa gris obscura forrada de terciopelo, con que cubría su negro traje dominiguero, único que le quedaba, y que completaba la distinción de su pálido rostro de correctos rasgos, su bien cuidado bigotillo y sus largos cabellos negros.

Esta elegante traza había llegado a constituir para él una necesidad, sin que con ella quisiera engañar a nadie sobre su verdadero estado y oficio, que no despreciaba. Sin embargo, se hubiera dejado morir de hambre antes que separarse de su capa y de su gorro de piel a la polaca, que sabía llevar con gran distinción.

Este cuidado en el vestir hacía que nuestro sastre no pudiese trabajar mas que en ciudades de alguna importancia, en las que no llamase la atención su figura; pero cuando tenía que caminar de un sitio a otro sin llevar una sola moneda en sus bolsillos, pasaba grandes apuros y miserias. Al acercarse a los poblados, la gente le miraba con admiración y curiosidad, esperándolo todo de él menos una demanda de socorro, y el infeliz, dándose cuenta de la impresión que producía y no siendo, además, muy elocuente, no osaba confesar su necesidad, resultando así mártir de su capa y pasando hambres tan negras como el aterciopelado forro de la misma.

Lleno de preocupación y de fatiga subía trabajosamente el agrio repecho de una colina, cuando topó con un cómodo carruaje, recién salido del taller, que un cochero particular conducía desde Basilea al castillo, comprado o alquilado por su amo, un conde extranjero, en un rincón de la Suiza oriental. Provisto el carruaje de cofres y bolsas en las que llevar el equipaje, parecía, aunque aquéllos iban vacíos por el momento, conducir todo lo necesario para el viaje de un rico caballero.

El cochero, que subía la cuesta llevando a los caballos del diestro, vió al llegar arriba al sastrecillo, y como empezaba a llover y notó la fatiga y pesadumbre del caminante, se ofreció a transportarle hasta la próxima ciudad. Agradecido, aceptó el sastre la invitación, subió al coche y éste comenzó a rodar cuesta abajo, entrando ruidosamente al cabo de una hora por las puertas de Goldach y deteniéndose ante la primera posada que encontró, en cuya enseña se ostentaba una dorada balanza. El criado de la hostería, al ver detenerse a su puerta un tan magnífico equipaje, hizo sonar la campana de llamada con tanta fuerza que casi rompió la cuerda del badajo, y en el acto acudieron posadero y servidumbre, franqueando de par en par la entrada. El ruido reunió en la puerta de la posada a toda la vecindad. Hombres, mujeres y chiquillos rodearon el carruaje esperando, llenos de curiosidad, la salida de sus ocupantes, y cuando el asombrado sastre se decidió por fin a apearse, envuelto en su elegante capa, pálido, distinguido y sin levantar sus melancólicos ojos del suelo, creyeron ver en él un misterioso príncipe o por lo menos el primogénito de una casa condal. El espacio que quedaba entre el carruaje y la puerta de la posada era harto estrecho y los curiosos se apiñaron a ambos lados de tal manera que, sea por azoramiento o por falta de valor para romper el cerco y seguir su camino, se dejó el sastre conducir al interior de la casa, subió la escalera y no se dió cuenta de su situación hasta encontrarse en el



espacioso comedor y notar que un criado le despojaba de su capa con grandes muestras de respeto.

—El señor deseará almorzar—dijo el posadero—. En seguida se le servirá.

Y sin esperar respuesta corrió a la cocina, exclamando:

—¡Que siempre han de pasarle a uno estas cosas! El único día en que no esperamos a nadie ni tenemos nada preparado es cuando precisamente se nos entra por las puertas un gran señor. ¿Habéis visto? El cochero lleva un escudo en los botones de la librea y el coche parece el de un duque. El joven que ha bajado de él es tan distinguido que apenas puede desplegar los labios. ¡Y no tenemos mas que carne de vaca y pierna de carnero, pues el pastel de perdiz hay que reservarlo para los señores que lo encargaron ayer y que no dejarán de venir!

Sin perder la tranquilidad, replicó la cocinera:

—Paso, paso. No hay que lamentarse tanto, mi amo. Sirvámosle por lo pronto el pastel de perdiz. A los señores que lo han encargado les serviremos luego lo que quede, partido en pedazos, y por mucho que el reciénllegado coma siempre dejará de donde sacar seis buenas raciones.

—¡Seis raciones! ¿Olvida usted lo que acostumbran a engullir esos señores?—repuso el posadero.

Mas la cocinera prosiguió imperturbable:

—Y tendrán para comer hasta hartarse. No hay mas que mandar por media docena de chuletas, que de todas maneras las necesitamos para ser-

vírselas al nuevo huésped, y las que éste deje se cortan en pedazos y se mezclan con la perdiz dentro del pastel.

—Nada de eso, cocinera—contestó el honrado hostelero—. Ya le he dicho a usted, de una vez para siempre, que esas cosas no pueden hacerse en esta ciudad ni en esta casa. Aquí tenemos por costumbre servir honradamente y nada del mundo me haría engañar nunca a nadie.

—Entonces ¡qué demonio!—replicó la cocinera, ya un poco amoscada—. Si no hay medio de arreglar las cosas de otro modo echemos toda la carne en el asador. Aquí tengo dos becasas que he comprado a un cazador hace un momento y que se pueden mezclar con la perdiz. ¡Supongo que esos glotones no tendrán nada que oponer a un pastel de perdiz falsificado con becasas! Además, tenemos truchas, una de las cuales, la mayor, puse yo a cocer en cuanto oí llegar el coche; y como la sopa está también a punto, podemos servir una buena comida compuesta de sopa, pescado, carne de vaca, chuletas con verdura, asado de carnero y pastel de perdiz. Deme usted ahora la llave para sacar los entremeses y el postre. Por cierto que podía usted dejar con toda confianza las llaves en mi mano, y así no tendría yo que andar siempre corriendo tras de usted por toda la casa cuando necesito algo.

—¡Queridísima cocinera! No me tome usted a mal que no lo haga. Prometí a mi mujer en su lecho de muerte no entregar a nadie las llaves, y

esto, no desconfianza, es la causa de mi conducta. Aquí tiene usted los pepinillos, las guindas, las peras y los albaricoques. Lo que no quiero que se sirva son los dulces, porque no son de hoy. Dígale a Liseta que vaya corriendo a la confitería y traiga dulces y bollos recién hechos y una buena tarta, si la hay.

—¡Pero amo! Todo eso no se lo puede usted poner luego en la cuenta a ese viajero solo. Y si no se lo pone usted, ¿qué ganancia va a sacar?

—No le hace. Es por el honor de la casa. Con ello no me arruino y en cambio ese noble señor cuando salga de nuestra ciudad podrá decir que ha encontrado en ella un buen almuerzo, aunque llegó sin avisar y en pleno invierno. No quiero que se diga de mí lo que de los posaderos de Seldwyla, que se comen lo mejor y sirven los huesos a sus huéspedes. Conque, ¡hale!, a moverse de prisita todo el mundo.

Durante estos preparativos pasaba el pobre sastre infinitas angustias viendo cómo iban cubriendo ante él la mesa con blancos manteles y reluciente vajilla. Tanto como antes había deseado hallar un modestísimo almuerzo deseaba ahora escapar a aquel banquete que le amenazaba. Por fin se decidió valerosamente, y levantándose, se envolvió en su capa, requirió el gorro y salió de la habitación. Mas como no encontrase en el acto la salida a la escalera, el camarero, a quien sin duda puso el diablo en su camino, creyó que iba en busca de un cierto sitio reservado, y acudiendo solícito con un

«Permítame el señor que le guíe» le condujo por un largo pasillo que terminaba en una preciosa puerta barnizada de laca, sobre la que se veía un elegante letrero.

En esta habitación entró el sastre, obediente como un corderito, cerró por dentro, como es debido, y se apoyó, con un amargo suspiro, contra la pared, anhelando recobrar su dorada libertad y proseguir su peregrinación camino adelante, cosa que, a pesar del mal tiempo, le parecía la mayor felicidad deseable.

Pero fingiendo tener que permanecer un rato en aquella habitación reservada contribuyó por vez primera con un hecho voluntario a la mentira que se iba forjando en torno suyo y dió el primer paso por el resbaladizo camino del mal.

Entre tanto gritó el posadero, que le había visto pasar envuelto en su capa:

—¡El señor tiene frío! ¿Dónde está Liseta? ¿Y Anita? ¡Vamos! Calentad más la sala. Echad en seguida en la estufa una espuerta de leña y unos brazados de sarmientos para que el fuego prenda bien. ¿Creéis que voy a consentir que en mi posada se siente la gente a comer sin quitarse el abrigo?

Cuando el sastre regresó al comedor, saliendo del largo pasillo con aire tan melancólico como el fantasma familiar de un viejo castillo, le acompañó el hostelero con mil cumplimientos y reverencias, y conduciéndole a la mesa le sentó en un cómodo sillón. Una vez allí, el aroma de la apetitosa sopa, perfume que hacía tanto tiempo que no ha-

bían percibido sus narices, le despojó por completo de su voluntad: se acomodó ante la mesa, entregándose en manos de la Providencia, y comenzó a engullir grandes cucharadas del dorado caldo. Sin hablar palabra se dedicó a recuperar sus perdidas fuerzas, siendo servido con respetuoso silencio y cuidado.

Cuando hubo vaciado el plato y vió el posadero lo bien que le había sabido, le animó cortésmente a servirse de nuevo, diciendo que la sopa era cosa que sentaba muy bien con aquel tiempo invernal. Después de la sopa vino la trucha, coronada de verdes hierbas, y el hostelero le sirvió un cumplido pedazo. Pero el sastre, atormentado por sus preocupaciones, no se atrevió a trinchar decididamente con el cuchillo el sabroso pescado, sino que fué separando delicadamente pequeños pedacitos con el plateado tenedor. Esto fué observado por la cocinera, que curioseaba desde la puerta, y volviéndose a los que la rodeaban exclamó:

—Gracias a Dios que veo alguien que sabe comer el pescado sin trinchar la fina carne con el cuchillo como si se tratara de descuartizar una ternera. Eso muestra que es un señor de casa grande, y yo lo juraría si no estuviese prohibido jurar. ¡Qué apuesto es y qué triste parece! Seguramente está enamorado de una doncella pobre y su padre no le deja casarse. ¡También la gente distinguida tiene sus penas!

Entre tanto notó el hostelero que su huésped no bebía, y le dijo lleno de solicitud:

—Si al señor no le gusta el vino que le he puesto puede ordenar le suban un excelente burdeos que me atrevo a recomendarle.

Aquí cometió el sastre su segundo pecado voluntario, pues, para seguir siendo obediente en todo, dijo «sí», en lugar de «no». En el acto fué el posadero en persona a la cueva, y, en su interés de que el extranjero pudiera decir que había encontrado en La Balanza de todo lo mejor, volvió con una botella de las que reservaba para las grandes ocasiones. Luego, al ver que el sastre, abrumado por los remordimientos, no se atrevía a beber aquel vino mas que a pequeños sorbos, corrió lleno de alegría a la cocina y exclamó, haciendo un gesto de admiración:

—¡Lléveme el diablo si ese hombre no sabe muy bien lo que bebe! Fijaos con qué delectación saborea mi vino.

—¡Bendito sea Dios!—repuso la cocinera—. Ya dije yo que ése sabía lo que se hacía.

De este modo fué transcurriendo la comida con una gran lentitud. El pobre sastre seguía comiendo y bebiendo remilgadamente y el hostelero espaciaba el servicio para no atosigarle. Poco era lo que el huésped había comido de los primeros platos, y su hambre, excitada más que saciada por ellos, comenzaba a dominar sus temores. Al aparecer en este punto el pastel de perdiz cambió por completo el ánimo del sastre y comenzó a apoderarse de él un nuevo y decidido pensamiento. «La suerte está echada—se dijo a sí mismo, confortado y

espoleado por el vino—. Sería tonto soportar la vergüenza y persecución, ya inevitable, sin, por lo menos, haber comido y bebido hasta hartarme. Aprovechemos, pues, lo que resta. Esa torrecita que acaban de servirme debe ser el último plato. Entremos a saco en él y venga después lo que quiera. Así como así nadie podrá luego robarme lo que ya tenga dentro del cuerpo.»

Y dicho y hecho: con el valor de la desesperación atacó el apetitoso pastel, y en menos de cinco minutos comenzó a aparecer un tanto problemática la cena de los señores que lo habían encargado. Carne, trufas, hojaldre, suelo y tapa, todo lo fué devorando el sastre sin distinción alguna ni más propósito que el de llenar cuanto antes la andorga, facilitándose la tarea con copiosos tragos de vino y grandes trozos de pan. Los manjares desaparecieron con igual rapidez que el heno en los graneros cuando amenaza tormenta. De nuevo corrió el hostelero a la cocina, y exclamó:

—¡Cocinera! Se está comiendo todo el pastel, y en cambio apenas tocó antes el asado. ¡Y se está bebiendo el burdeos por vasos!

—¡Buen provecho le haga!—dijo la interpe-lada—. Déjele usted hacer, que ése sabe lo que son perdices. Si fuera una persona ordinaria se hubiera atracado de asado.

—Creo lo mismo—opinó el posadero—. Ahora ya no come con tanta elegancia; pero cuando yo viajaba por el mundo para instruirme sólo vi tragar de esa manera a generales o canónigos.

Entre tanto había echado el cochero un buen pienso a los caballos, y después de calmar su propio apetito con un cumplido almuerzo, que le fué servido en el comedor de la planta baja, destinado a la gentecilla de poco más o menos, mandó que engancharan el coche para proseguir su viaje. Los sirvientes de la posada no pudieron contenerse por más tiempo y le preguntaron, antes de que se les escapase dejando su curiosidad insatisfecha, quién era su señor y cómo se llamaba. El cochero, un bribón malicioso y redomado, repuso:

—¿No os lo ha dicho él mismo?—Y al oír la respuesta negativa, continuó—: No me choca. Es hombre de muy pocas palabras. Pues bien: es el conde de Strapinski y piensa permanecer aquí algunos días. Yo salgo ahora a preparar su castillo para su llegada.

El cochero jugó esta mala pasada al sastre por vengarse de su descortesía al haber entrado directamente en la posada sin despedirse de él ni darle siquiera las gracias por haberle conducido hasta ella, conducta que creyó intencionada y encaminada a hacer creer al posadero que era, en efecto, el dueño del coche. Extremando la pesada broma no preguntó el cochero si debía algo por comida y pienso, y haciendo chasquear el látigo salió de la ciudad, dejando el gasto a cuenta del infeliz que quedaba en la posada.

Mas sucedió que el sastre había nacido en Silesia y se llamaba realmente Strapinski, Wenceslao Strapinski, fuera ello casualidad o que el cochero

hubiera visto alguno de los certificados que el otro había dejado dentro del coche. Así, pues, cuando el hostelero volvió al comedor y con radiante fisonomía y frotándose las manos preguntó si el señor conde de Strapinski desearía una copa de champaña o de viejo tokai, anunciándole al mismo tiempo que su habitación estaba ya preparada, palideció el pobre preguntado, quedándose confuso y sin poder contestar.

«¡Qué hombre más interesante!» murmuró el posadero, y corrió de nuevo a la cueva, regresando con una botella de champaña, otra de tokai y un caneco de licor. Momentos después tenía Strapinski ante sí un pequeño bosque de copas, en el que descollaba como un álamo el esbelto cáliz destinado al champaña. Todo aquello brillaba, aromaba y resonaba de un modo nunca visto por el sastrecillo, que, sin embargo, supo manejarse diestramente y hasta echó unas gotas de tokai en su champaña cuando vió que el posadero vertía vino en el suyo. Mientras tanto llegaron a la posada el secretario del Ayuntamiento y el notario, que allí concurrían diariamente a tomar café y echar una partida. Poco después aparecieron el hijo mayor de la casa Haeblerlin y Compañía, el menor de la casa Puetschli-Nievergelt y Melchor Boehni, tenedor de libros de una gran fábrica de hilados. Estos señores, en vez de comenzar como de costumbre su partida, fueron describiendo anchos círculos en torno del conde polaco, con los ojos brillantes de curiosidad y una amable sonrisa

en los labios. Eran todos gente perteneciente a grandes casas de comercio, que permaneciendo toda su vida en sus almacenes y oficinas se figuraban poseer un gran conocimiento del mundo por tener en los más remotos países representantes y corresponsales.

¿De modo que aquello era un conde polaco? Antes habían visto cruzar el carruaje ante las ventanas de sus escritorios y ahora veían al recién-llegado tratado a cuerpo de rey por el posadero, que no solía cometer imprudencias y tenía fama de saber lo que se hacía y a quién hospedaba. Animados por estos pensamientos fueron los curiosos estrechando cada vez más los círculos que describían en torno del extranjero, hasta que llegaron a sentarse a su mesa sin que nadie los invitase y se pusieron a jugar a los dados en torno a una botella.

Mas no se trataba de empezar a beber tan temprano, sino de tomar primero unos sorbos de un excelente café y estar preparados para en el momento propicio ofrecer al que entre ellos llamaban ya el polaco los mejores cigarros y cigarrillos que poseían, con el fin de que se fuera enterando de entre qué gentes había caído.

—¿Puedo permitirme ofrecer al señor conde un buen cigarro?—dijo, por fin, el más atrevido—. Me los envía mi hermano directamente de Cuba.

—Los señores polacos gustan también de fumar cigarrillos—exclamó otro, sacando una bolsita de seda roja—. Ahí tiene el señor conde un legítimo

tabaco de Esmirna que me ha mandado mi consocio.

—Este de Damasco es más fino—interrumpió un tercero—. Me lo procura mi representante.

El cuarto alargó un inmenso cigarro, gritando: —Si quiere usted probar algo extraordinario fume usted este cigarro de Virginia. Está fabricado por el mismo dueño de la plantación con su mejor tabaco y es cosa que no se vende en ningún lado.

Strapinski sonrió sin decir palabra y se envolvió en olorosas nubes de humo, que el sol vino a plañear delicadamente penetrando por las ventanas. La lluvia había cesado y el cielo, aclarándose por completo, dejó paso a una hermosa tarde otoñal. Había que aprovechar la ocasión, ya que el vecino invierno no traería probablemente muchas tardes así, y los señores decidieron hacer una visita al amable consejero de aquel Municipio, que se hallaba en una finca dirigiendo las últimas labores de la vendimia, cosa que permitiría a los visitantes catar el rojo mosto. Puetschli-Nievergelt hijo mandó a buscar su coche de caza y poco después se oyó piafar a dos briosos alazanes a la puerta de la posada. El posadero enganchó también su coche y el conde fué invitado con insistencia a agregarse a la alegre compañía para ir conociendo los alrededores de la ciudad.

El vino había dado valor al sastre: pensando que durante el paseo encontraría ocasión propicia para alejarse sin ser visto y proseguir su camino y que el daño que resultara se lo merecían muy

bien los curiosos e importunos señores, aceptó su invitación con corteses palabras y subió con el joven Puetschli al faetón.

Había Strapinski cumplido su servicio militar en un regimiento de húsares y, familiarizado con el manejo de los caballos, cogió riendas y látigo en cuanto su compañero se los ofreció y condujo con gran maestría el hermoso tronco a través de las calles de la ciudad, emprendiendo al trote largo carretera adelante. Viéndole guiar con tal seguridad se miraron sus compañeros y murmuraron: «Indudablemente es un caballero.»

En media hora llegaron a la finca del consejero. Strapinski hizo describir a los caballos una elegante curva y detuvo el coche ante la puerta. Bajaron todos; acudió el dueño de la finca y los condujo a la casa, donde pronto se cubrió la mesa con media docena de jarras de rojo mosto, el cual fué examinado, alabado y alegremente consumido, mientras el propietario comunicaba a sus familiares la llegada de un noble conde polaco al que había que hacer dignamente los honores.

La divertida compañía se dividió en dos grupos, emprendiendo cada uno de ellos una partida, pues, sin duda por innata afición a la actividad, no podían aquellas gentes reunirse sin ponerse a jugar a las cartas. Strapinski, que por diversas razones tuvo que renunciar a tomar parte en el juego, fué invitado a mirar lo que a todos parecía digno de verse: tantas eran la destreza y ciencia que en opinión de los jugadores se desplegaban en sus

partidas. El sastre tuvo que colocarse entre las dos mesas de juego y los jugadores se prepararon a jugar diestra y acertadamente y a conversar al mismo tiempo con el mirón. De este modo parecía Strapinski un aburrido príncipe al que sus cortesanos se esforzaban en distraer, presentándole un apasionante espectáculo y dándole al mismo tiempo cuenta de lo que sucedía por el mundo. Poco a poco fueron poniéndole al corriente de las más importantes jugadas, habilidades y astucias del juego, y cuando uno de los grupos tenía que consagrar exclusivamente su atención a la partida se esforzaba el otro en mantener viva la conversación, en la que se trataba con preferencia de caballos, cacerías y otros análogos temas. También aquí supo Strapinski salir airoso empleando frases y términos oídos a militares y propietarios rurales, cuyas conversaciones sobre tales asuntos había escuchado con gran interés y admiración. La modestia con que el sastre dió su opinión sin abandonar su afable sonrisa melancólica hizo que sus frases causaran mayor efecto, y cuando dos jugadores abandonaban un momento la partida y se encontraban aparte se decían: «No cabe duda, es un completo caballero.»

Sólo Melchor Boehni, el tenedor de libros, escéptico por naturaleza, se frotaba las manos, satisfecho, murmurando para sus adentros: «Me huele que vamos a ver algo muy divertido. Por cierto que ya es hora, porque el último escándalo que hubo en Goldach data ya de dos años. ¿Por qué

tendrá este individuo tanto pinchazo en los dedos? ¡Bah! Quizá de la batalla de Praga o de la de Ostrolenka... De todos modos, me guardaré muy bien de estorbar el curso de los acontecimientos.»

Terminaron ambas partidas, y habiendo los señores satisfecho su capricho de probar el mosto reciente, decidieron refrescar con los viejos vinos del consejero, que les fueron abundantemente servidos. En seguida, para no caer en una lamentable ociosidad, propuso alguien un juego de azar, distracción que fué aceptada jubilosamente por todos. Se barajaron las cartas y cada uno puso un escudo sobre la mesa. El sastre, no pudiendo poner su dedal, que, como ya sabemos, constituía toda su fortuna, murmuró, enrojeciéndose, que él no poseía aquella clase de moneda; pero ya Melchor Boehni, que le estaba observando, había puesto por él y nadie advirtió nada, dado que lo que menos podía ocurrírseles a aquellos acomodados señores era que hubiese alguien en el mundo que no tuviese dinero. Ganó el sastre y las monedas se apilaron ante su puesto. Confuso, no se atrevió a tocar aquel dinero y tuvo Melchor Boehni que jugar por él un segundo y un tercer juego, que otros ganaron. Pero en el cuarto y quinto volvió la fortuna a ser favorable al polaco, el cual fué despertando de su asombro y tomando tierra. Serena y correctamente prosiguió jugando, con mudable fortuna. Una vez quedó reducido su haber a un escudo y tuvo que arriesgarlo; mas volvió a ganar; y por último, cuando se dió fin a la partida, quedó po-

seedor de algunos áureos luises, más de lo que en toda su vida había visto junto. No sin temor de que todo aquello fuera un sueño se embolsó las monedas cuando vió que los demás hacían lo mismo, y Boehni, que seguía observándole, adquirió, al ver su asombrado gesto, la certidumbre que buscaba, y pensó: «A ése le lleva el demonio en su rápido coche.» Mas como al mismo tiempo vió que durante el juego no había mostrado codicia ni ansia de ganancias y que se seguía comportando con mesura y modestia, no le tomó mala voluntad y decidió dejar rodar las cosas.

Por su parte, el conde de Strapinski salió al jardín con los demás señores, y recobrando sus sentidos, creyó llegado el momento de desaparecer silenciosamente, pues poseía un decoroso viático y podía mandar al posadero desde la ciudad más cercana el pago de su espléndido almuerzo. Así, pues, se embozó graciosamente, se caló hasta los ojos el gorro de piel y comenzó a dar lentos paseos bajo una hilera de altas acacias, cuyas copas iluminaba aún el rojo sol poniente, contemplando el paisaje y buscando un camino por el que poder proseguir su viaje. Envuelto en su capa, que flotaba a impulsos del viento, y con su pensativa frente, su fino bigotillo, sus brillantes rizos negros y sus oscuros ojos presentaba el sastre bajo las copudas acacias y a la luz del muriente día un tan interesante aspecto que sus compañeros se pararon a alguna distancia para contemplarle con benevolencia y simpatía. Poco a poco fué alejándose

de la casa, penetrando entre unos arbustos, tras de los cuales vió un camino que se extendía por los campos, y se disponía ya a seguirlo con rápido andar cuando al doblar un recodo del seto que lo bordeaba se halló de manos a boca con el consejero, al cual acompañaba su hija Nettchen, que era una preciosa muchacha, vestida con elegancia algo pretenciosa y ricamente enjoyada.

—En su busca venimos, señor conde—exclamó el consejero—. Deseo primero presentarle a mi hija y rogarle después que nos haga el honor de sentarse a nuestra mesa esta noche. Los demás señores cenarán también con nosotros.

El viajero se descubrió con premura y, enrojeciendo, hizo repetidas y respetuosas reverencias. Con la aparición en escena de la linda muchacha cambió una vez más para Strapinski el curso de la fantástica historia de la que venía siendo protagonista. Sus exageradas muestras de respeto, lejos de perjudicarlo, le favorecieron en el ánimo de la joven, a la que conquistaron y casi conmovieron la timidez, humildad y sumisión de un tan distinguido e interesante caballero. «¡De éste —pensó—podían tomar ejemplo mis compatriotas, que apenas si se tocan el ala del sombrero cuando junto a ellos pasa una muchacha! Bien se ve que cuanto más noble es una persona más modesta y correctamente se conduce.»

Mientras pensaba así saludó con graciosa dulzura al caballero, enrojeciendo también de un modo encantador, y comenzó en seguida a con-

versar con él hablando mucho y muy seguido, como es costumbre entre las muchachas de las pequeñas ciudades, que quieren mostrar su valer a los ojos de los forasteros. Y he aquí que la proximidad fomenina, con sus amables encantos, hizo variar por completo la conducta de Strapinski, que abandonó su actitud reservada y comenzó involuntariamente a entrar de lleno en el papel que la suerte le había deparado, procurando usar términos escogidos en sus frases y mezclando en ellas algunas palabras polacas.

En la mesa le fué señalado el puesto de honor al lado de la hija del dueño de la casa, la cual presidía la cena ocupando el sitio de su madre, muerta años atrás. El pensamiento de lo pasajero de aquellos dichosos instantes, terminados los cuales tendría que volver a la ciudad con sus nuevos amigos o escapar aprovechando la obscuridad nocturna, hizo recaer al sastre en su melancolía; pero reaccionó pronto y se dispuso a gozar de la felicidad del momento, diciéndose: «Después de todo, habré figurado algo una vez en mi vida y habré estado sentado al lado de una criatura superior.»

No era en efecto cosa despreciable ver junto a sí una blanca manita y un lindo brazo, en el que brillaban tres o cuatro ricas pulseras, y poder contemplar con rápidas ojeadas furtivas una encantadora cabecita coronada de caprichosos rizos, un bello rostro coloreado por el rubor y unos ojos de amorosa mirada. Consolidada ya la situación del sastre, todo lo que hiciese o dijese parecía original

y distinguido, y hasta su misma torpeza era amablemente considerada como una maravillosa soltura por la joven, que en otras ocasiones había criticado y ridiculizado la falta de saber conducirse en sociedad de otras personas. Siendo todos los comensales de confianza, un par de ellos se arriesgaron a entonar viejas canciones que habían estado muy de moda el año 30, y el conde fué invitado a cantar alguna de su patria. El vino venció su timidez, ya que no sus preocupaciones, y acordándose de una canción popular polaca, cuyas palabras había aprendido de memoria como un papagayo, sin saber lo que querían decir, comenzó a cantar en polaco, con noble gesto y voz en la que temblaba algo como una secreta melancolía, los versos siguientes:

Cien mil cerdos se revuelcan
entre el Vístula y el Desna;
y Kathinka, esa gorrina,
hunde en su estiércol las piernas.

Más de cien mil bueyes mugen
en nuestras verdes praderas;
y Kathinka, sí, Kathinka,
cree que siento amor por ella.

—¡Bravo! ¡Bravo!—exclamaron los señores, aplaudiendo; y Nettchen dijo, emocionada:

—¡Ay! Lo nacional es siempre tan bonito...

Por fortuna, nadie pidió la traducción de lo cantado.

Después de este momento, en que la animación de los reunidos había llegado a su cenit, se despidió

la alegre compañía. El sastre fué empaquetado de nuevo en el carruaje y cuidadosamente conducido a Goldach, no sin antes haber prometido no continuar su viaje sin despedirse del consejero y su familia. En la posada pidieron aún los señores un vaso de ponche; pero Strapinski, sin fuerzas ya, solicitó su venia para irse a la cama. El posadero en persona le condujo hasta su cuarto, de cuya magnificencia apenas si se dió cuenta a pesar de no haber dormido nunca mas que en pequeños y mal arreglados chiscones. Al entrar en la alcoba y ver que el sastre se detenía sobre la rica alfombra extendida al pie del lecho, notó el posadero la falta de todo equipaje, y, dándose un golpe en la frente, corrió escaleras abajo llamando a voz en grito a todos los camareros y criados, con los que cambió agitadas palabras. Luego, con aspecto consternado, volvió a la alcoba y exclamó:

—Perdone el señor conde. Se han olvidado de descargar del coche su equipaje. Falta hasta lo más necesario.

—¿También el paquetito que había dentro del coche?—preguntó Strapinski, con temor, pensando en su hatillo, que había dejado sobre el asiento y que contenía un pañuelo, un cepillo para el pelo, un peine, un tarrito de pomada y una barra de cosmético para el bigote.

—También, también. Todo quedó en el coche —repuso el posadero, asustado, suponiendo que aquel paquetito encerraba algo muy importante—. Es preciso que salga en seguida un hombre a ca-

ballo que alcance al cochero. Yo me ocuparé de ello en el acto.

Mas el señor conde le detuvo, asustado, por un brazo, diciéndole agitadamente:

—¡No, déjelo; eso no puede ser!— Y añadió:— Durante algún tiempo todo el mundo debe ignorar mi paradero—quedándose maravillado de su rápida inventiva.

El posadero corrió asombrado a la mesa en que los otros señores trasegaban su ponche, les relató el suceso y terminó con la deducción de que el conde era sin duda víctima de una persecución política o familiar, pues precisamente por aquellos tiempos eran muchos los polacos que se veían obligados a huir de su patria después de audaces revueltas, siendo luego seguidos y espiados en el extranjero por agentes de su país.

A pesar de todo, el sueño de Strapinski fué aquella noche largo y apacible, y al despertar, ya muy entrada la mañana, lo primero que vió fué la mejor bata del posadero doblada sobre el respaldo de una silla y una mesita cubierta de todos los útiles de aseo deseables. En seguida se anunciaron uno tras otro numerosos mensajeros que traían cestos y baúles llenos de fina ropa blanca, trajes, cigarrros, libros, botas, zapatos, espuelas, látigos de montar, pieles, gorras, sombreros, calcetines, medias, pipas, flautas y violines, enviados por sus amigos del día anterior, que le rogaban hiciese uso de aquellas pequeñas comodidades que les era muy grato poder proporcionarle. Al mismo tiem-

po, y como por la mañana tenían que dedicarse a sus negocios, le anunciaban su visita para después del almuerzo.

No se crea por esto que se trataba de gente simple y ridícula, pues todos ellos eran previsores hombres de negocios, más bien astutos que tontos. Lo que pasaba era que siendo pequeña la ciudad en que vivían les parecía en algunas ocasiones muy aburrida y estaban siempre ansiando una mudanza, un suceso o acontecimiento, al que, cuando aparecía, se entregaban sin reserva alguna. El lujoso carruaje, la llegada del extranjero, su almuerzo y las palabras del cochero al despedirse habían sido cosas sencillas y naturales; pero los señores de Goldach, con su buen deseo, las habían elevado al rango de acontecimiento.

Cuando Strapinski vió aquel bazar que se iba formando ante sus ojos, fué su primer movimiento meterse una mano en el bolsillo para averiguar si soñaba o estaba despierto. Si su dedal se hallaba aún solitario ello sería señal de que todo era un sueño. Pero no, el dedal convivía apaciblemente con el dinero ganado en el juego y se rozaba amistoso con los dorados escudos, visto lo cual su dueño volvió a entrar en su papel y bajó de su cuarto, saliendo a la calle para conocer aquella ciudad en que tan bien le iba. A la puerta de la cocina encontró a la cocinera, que le hizo una cumplida reverencia, siguiéndole después con una afectuosa mirada, y luego, en el corredor y el patio, halló, gorra en mano, a otros diversos espíritus domésticos, ante

los cuales pasó con modesta dignidad, recogiendo con elegancia los vuelos de su capa. El destino le hacía más grande a cada minuto.

Por las calles fué contemplando la ciudad con gesto muy distinto al que se habría pintado en su rostro si, como había sido su intención, la hubiera recorrido en busca de trabajo. Goldach se componía en su mayor parte de bellas casas sólidamente edificadas, adornadas con simbólicas estatuas o pinturas y provista cada una de su título o enseña. En tales enseñas y denominaciones podía reconocerse el espíritu del siglo en que fué construída cada casa. La Edad Media se reflejaba en las más antiguas y también en las más nuevas que habían substituído a las arruinadas de puro viejas, conservando piadosamente la denominación dada a éstas en tiempos de las belicosas municipalidades y de las leyendas. Así, pues, veíanse casas de la Espada, del Yelmo, de la Coraza, de la Ballesta, del Escudo azul, de la Espada suiza, del Caballero, del Arcabuz, del Turco, del Monstruo marino, del Dragón dorado, del Tilo, del Bastón de Peregrino, de la Sirena, del Ave del Paraíso, del Granado, del Unicornio, y así sucesivamente. La época de las humanidades y la filantropía se reconocía en las sentencias morales que en letras doradas relucían sobre las puertas; y así, se hallaban casas de la Concordia, de la Rectitud, de la antigua Independencia, de la nueva Independencia, de la Virtud ciudadana *a*, de la Virtud ciudadana *b*, de la Confianza, del Amor, de la

Esperanza, del Retorno, 1.^a y 2.^a; de la Serenidad, de la Integridad interior, de la Integridad exterior, del Bien de la Patria (una limpia casita en cuya ventana se veía una jaula con un canario y detrás de ella una amable viejecita tocada con una blanca cofia puntiaguda y dedicada a devanar una madeja de hilo) y de la Constitución (en cuyo piso bajo habitaba un tonelero incesantemente ocupado en colocar a golpes de mazo y con gran estrépito los aros a sus toneles). Otra casa se llamaba de la Muerte, y en su fachada, de arriba abajo, se veía un horrendo esqueleto. En esta casa vivía el juez de paz, y en otra, llamada de la Paciencia, el agente encargado de perseguir a los deudores, un pobre diablo muerto de hambre, ya que en la ciudad todo el mundo cumplía religiosamente sus compromisos.

Por último, en las más modernas brillaba en todo su esplendor la poesía de los fabricantes, banqueros, industriales y sus imitadores con los armoniosos nombres de Valle florido, Valle umbrío, Jardín de Juvencia, Castillo de las Violetas, la Camelia, Castillo de Guillermina, etc., etc. Los valles y castillos acompañados de nombres femeninos indicaban siempre una bonita dote.

En cada esquina se alzaba una vieja torre, con relojes en todas sus caras, tejado de vivos colores y veleta ornada de preciosos dorados, torres que eran cuidadosamente conservadas, pues los habitantes de Goldach se regocijaban, y con razón, tanto de su pasado como de su presente. Toda esta magnificencia estaba circundada por viejas mura-

llas que, aunque ya carecían de toda utilidad práctica, eran respetadas como adorno, dado que se hallaban todas tapizadas de espesa hiedra secular y parecían encerrar a la pequeña ciudad dentro de una corona de perenne verdura.

Este conjunto hizo un maravilloso efecto a Strapinski, que creyó hallarse en un mundo distinto al que hasta entonces había habitado. Al leer las inscripciones de las casas se figuró que se referían a la vida y misterios particulares de cada una y que en su interior era una realidad lo anunciado por la enseña, de modo y manera que había caído, más que en una ciudad, en una utopía moral. Con tales pensamientos llegó a creer que la maravillosa acogida que había encontrado se hallaba relacionada con la simbólica balanza que en la enseña de la posada se ostentaba, clara indicación de que aquél era un lugar en el que se pesaban los desiguales destinos de los hombres, para luego igualarlos equitativamente, siendo posible así que un pobre sastre en busca de trabajo fuera convertido en noble conde.

En su paseo llegó Strapinski a una de las puertas de la ciudad, y al contemplar ante sí el campo libre surgió en él, por última vez, el pensamiento de su deber de proseguir sin más dilación su ruta. El sol brillaba espléndido; el camino era inmejorable, ni muy seco ni muy mojado, como hecho para andar, y el sastre poseía ya algún dinero, que le permitiría hallar un albergue cuando de ello tuviese deseo o necesidad.

Así permaneció indeciso, sin saber si proseguir su peregrinación o volver sobre sus pasos. Del lado de la ciudad, y sobresaliendo por encima de las copas de los árboles, se veían las doradas veletas de las torres y azules columnas de humo que anunciaban hospitalarias y acomodadas cocinas. Allí le esperaba la dicha del momento, el goce de una vida afortunada y un destino desconocido y misterioso, pero todo ello al precio de proseguir una culpable conducta. Del lado del campo le llamaba la libre lejanía, en la que le esperaban trabajo, privaciones, pobreza y obscuridad, mas también una tranquila conciencia y un pacífico viaje. Obedeciendo a estos sentimientos, iba el buen sastre a proseguir su camino con decidido paso, cuando vió venir hacia él un rápido cochecito en el que, guiando un hermoso caballo, iba hacia la ciudad la hija del consejero. En cuanto Strapinski, sorprendido, se descubrió, manteniendo su gorro de piel ante su pecho, se inclinó la muchacha en amable saludo y, toda ruborizada, fustigó al caballo, que salió al galope.

Strapinski dió media vuelta y, sin pensarlo más, retornó a la ciudad. Aquella misma tarde galopaba sobre el mejor caballo de Goldach, a la cabeza de un grupo de jinetes, por la alameda que, paralela a las verdes murallas, rodeaba la ciudad, y las hojas que caían de los tilos danzaban como una dorada lluvia en torno de su cabeza.

A partir de este día se entregó por completo a su destino. Rápidamente fué transformándose su

personalidad como un arco iris cuyos colores van adquiriendo cada vez más fuerza a los rayos del sol que rompe las nubes tras la tormenta. En horas, en minutos, aprendió lo que para otros hubiera sido cuestión de años, pues no tuvo mas que desarrollar cualidades que dormían en él como los colores en la gota de agua. Observó las costumbres de sus nuevos amigos y las adoptó en el acto, dándoles un sello original y personalísimo. En particular trató de averiguar qué es lo que de él pensaban y cómo se lo imaginaban, perfeccionando después por su cuenta tal imagen para entretenimiento de aquellos que veían con gusto algo nuevo en la ciudad de Goldach y admiración de las mujeres sedientas de novelescas realidades. De este modo se constituyó en héroe de una novela en cuya formación colaboró con la ciudad entera, pero cuyo desenlace era por todos ignorado.

En medio de todo ello sucedió al sastre lo que jamás antes, en sus tiempos de obscuridad, le había sucedido: pasar noche tras noche sin poder conciliar el sueño, debiendo decirse, para su vergüenza, que no eran sólo remordimientos por su mal proceder los que producían tales insomnios, sino también el miedo de que fuera descubierta su verdadera humilde condición. Su innata afición a representar algo original y distinguido con su elegancia en el vestir le había ocasionado el conflicto en que se veía, y cuyo desenlace le hacía temblar ahora, no quedándole más resto de su honrada conciencia que el continuo propósito de

hallar ocasión propicia para alejarse de Goldach y el deseo de que un premio de la lotería u otra inesperada fortuna análoga le permitiese reembolsar desde un misterioso retiro a sus hospitalarios amigos los gastos que les había causado. A este fin pidió billetes de lotería a todas las ciudades en las que se celebraba alguna, y la correspondencia por ello originada fué considerada en Goldach como un nuevo signo de las importantes y múltiples relaciones del noble forastero.

Ya había ganado más de una vez algunos escudos, que fueron empleados en la adquisición de nuevos billetes, cuando un lotero de una lejana ciudad, que se engalanaba con el título de banquero, le remitió una bonita suma que le había tocado y era suficiente para llevar a cabo sus honrados pensamientos de restitución y término de la farsa. Tan acostumbrado estaba ya a lo inesperado que no le asombró su fortuna, aunque sí sintió aliviadas sus preocupaciones, sobre todo con respecto al buen posadero de La Balanza, al que, por lo bien que le daba de comer, había cobrado afecto. Mas en vez de proceder rápidamente a pagar sus deudas y partir de Goldach, pensó pretextar un corto viaje de negocios y escribir luego desde una gran ciudad cualquiera remitiendo dinero para satisfacer sus compromisos y lamentando que su implacable destino le prohibiera el retorno. De este modo pensaba finalizar su aventura dejando un buen recuerdo de su persona, y dedicarse de nuevo a su oficio o emprender otro

cualquier decoroso medio de vida. Por su gusto se hubiera establecido como maestro sastre en Goldach, ahora que tenía medios para ello; pero veía claramente que en aquella ciudad no podía seguir viviendo mas que en calidad de noble desterrado.

La visible predilección que en todo momento había mostrado la bella Nettchen por su persona había dado ya lugar a hablillas, que pronto recorrieron la ciudad entera, y Strapinski sabía que ya se solía llamar a la hija del consejero la señora condesa. ¿Cómo, pues, envolver a aquella linda criatura en el escándalo? ¿Y cómo dar un tal mentís al caprichoso destino, que tanto le había elevado en Goldach, y echar sobre sí la desconsideración y la vergüenza?

La suma ganada le fué remitida en un cheque, que hizo efectivo en un Banco de la ciudad, afirmando así la opinión que sobre su situación y persona tenían aquellos sólidos negociantes de Goldach, los cuales no podían ni sospechar la procedencia de aquel dinero. En el mismo día asistió Strapinski a un gran baile, al que había sido invitado y en el que se presentó vestido de negro, con sencilla, pero refinada elegancia, anunciando en el acto a los que acudieron a saludarle que se veía obligado a ausentarse de la ciudad.

En diez minutos supo toda la concurrencia la noticia, y Nettchen, a la que el sastre buscaba, pareció como petrificada y rehuyó sus miradas, enrojeciéndose y palideciendo alternativamente. Des-

pués bailó varias veces seguidas con diversos jóvenes y rehusó bailar con el polaco, dirigiéndole una fría inclinación de cabeza y esquivando sus ojos.

Extrañamente agitado y pensativo salió el sastre del salón y, cogiendo su famosa capa, comenzó a pasear por el jardín. Ahora veía claramente que aquella preciosa criatura era la que le había impedido alejarse de Goldach, reteniéndole siempre una imprecisa esperanza de volverla a ver, esperanza a la que debía ahora renunciar por completo.

Paseando así, acompañado de sus tristes pensamientos, oyó de repente tras de sí un rápido y agitado andar, y Nettchen pasó junto a él en busca, a juzgar por algunas palabras que iba pronunciando, de su carruaje, que por cierto se hallaba al lado opuesto de la casa, pues en aquellos lugares sólo había algunos rosales bien protegidos contra el frío invernal y algunas coles que dormían el sueño de los justos. Momentos después volvió la muchacha sobre sus pasos, y hallando de nuevo a Strapinski, que parado en medio del sendero extendía sus manos hacia ella en actitud suplicante, cayó en sus brazos y comenzó a llorar amargamente. El joven cubrió las ardientes mejillas de la muchacha con sus perfumados rizos oscuros y su capa rodeó la esbelta, blanca figura como con las negras alas de un águila, formando ambos un bello grupo que parecía llevar en sí mismo su justificación.

Strapinski perdió ya totalmente la razón con

esta aventura y ganó en cambio la felicidad, que es propicia a veces a los irrazonables. Aquella misma noche declaró Nettchen a su padre, durante su regreso del baile, que no otro que el conde era el destinado a hacerla dichosa, y a la mañana siguiente, bien temprano, se presentó el seductor en casa del consejero, al que con su amable timidez y melancolía acostumbrada pidió la mano de su hija, obteniendo la siguiente respuesta:

—¡Al fin se ha salido con la suya esa locuela! Ya siendo niña dijo que no se casaría mas que con un italiano o un polaco, un gran pianista o un capitán de bandidos con larga y rizosa cabellera. Todos los buenos partidos de la ciudad han salido de aquí cargados de calabazas y hace poco me hizo negar su mano a Melchor Boehni, hombre trabajador y honrado, que ha de hacer grandes negocios, y además se burló de él ridiculizando sus rojizas patillas y su costumbre de sorber el rapé que lleva siempre en una tabaquera de plata. Menos mal que, gracias a Dios, se ha presentado el conde polaco de sus sueños. Llévase, pues, mi gansita, señor conde, y vuélvamela a mandar cuando se hiele de frío y se sienta infeliz en su Polonia. ¡Ay! ¡Qué alegría habría tenido su madre si la hubiera visto hecha toda una señora condesa!

Con gran premura comenzaron a hacerse los preparativos para los esponsales, que debían celebrarse en seguida, pues opinaba el consejero que su futuro yerno no debía aplazar a causa de su matrimonio sus negocios y viajes proyectados, sino

antes bien apresurar la boda para poder dedicarse con absoluta tranquilidad a ellos.

Strapinski hizo a su futura regalos que le costaron la mitad de su fortuna temporal y gastó la otra mitad en preparar una fiesta que en su honor proyectaba. Se aproximaba el Carnaval y el tiempo se mantenía frío, pero claro y despejado, ofreciendo las carreteras, cubiertas de nieve, una maravillosa pista para los trineos. La fiesta se organizó en una hostería distante dos horas de Goldach y situada a la mitad del camino entre esta ciudad y la de Seldwyla, sobre una meseta desde la que se descubría un espléndido panorama.

Por estos días sucedió que, reclamado por negocios particulares, tuvo Melchor Boehni que dirigirse, en un ligero trineo y fumando su mejor cigarro, a la ciudad de Seldwyla, y sucedió también que los seldwylenses organizaron, al igual que los de Goldach, una excursión al mismo sitio y el mismo día, excursión a la que acordaron dar el carácter de mascarada que aquellos alegres días reclamaban.

En la fecha fijada atravesó el cortejo de trineos las calles de Goldach, con tal ruido de cascabeles, trompas de caza y chasquidos de látigo que las figuras simbólicas de las viejas casas se inclinaron asombradas hacia la calle. En el primer trineo iban Nettchen y Strapinski, vistiendo éste un gabán polaco de verde terciopelo, cruzado por multitud de trencillas y cordones y ricamente adornado de pieles. Nettchen se envolvía en un blanco manto de

piel y un velo azul protegía su rostro contra el frío viento y el resplandor de la nieve. El consejero, impedido de asistir a la fiesta por un inesperado asunto, les había cedido su trineo, en el cual se alzaba una dorada figura que representaba la Fortuna, símbolo que se ostentaba asimismo en la fachada de la casa que el padre de Nettchen habitaba en la ciudad.

A este trineo seguían otros catorce o quince, y en cada uno iba una alegre y muy compuesta pareja; pero ninguna llegaba en belleza y elegancia a la formada por los novios. Todos los trineos ostentaban el símbolo correspondiente a la casa de sus propietarios, de modo que la gente exclamaba al verlos pasar: «¡Mira, ahí viene la Valentía! ¡Qué bonita es la Honradez! ¡Han dorado y pintado de nuevo el Ahorro! ¡Fíjate, la fuente de Jacob y el lago de Bethesda!» En el lago de Bethesda, que, modestamente tirado por un solo caballo, cerraba el cortejo, iba Melchor Boehni con gesto reposado y satisfecho. Como símbolo para su trineo había escogido la figura de aquel paciente judío que permaneció treinta años a la orilla del mencionado lago en espera de la salvación eterna. En larga fila salieron por fin los trineos de la ciudad, y después de algún tiempo se les vió subir por los flancos de la montaña.

Cercano ya el término de la excursión se oyó una alegre música, y saliendo de un espeso bosque, situado más allá de la hostería, surgió en dirección a ella una larga fila de trineos. Conforme fueron

acercándose pudo verse que eran groseros trineos de carga atados dos a dos para servir de base a originales figuras y mascarones. En el que rompía marcha se alzaba una colosal estatua de la diosa Fortuna, vestida de doradas lentejuelas relumbrantes y blancas gasas que el viento hacía ondear. Tras ella, y en actitud de perseguirla, venía en el segundo trineo un gigantesco macho cabrío de negro pelo y aspecto salvaje. A éste seguía una singular carroza, en la que se veía una plancha de quince pies de altura y unas tijeras que se abrían y cerraban por medio de una cuerda, pareciendo considerar el firmamento como una excelente seda azul para confeccionar un precioso chaleco. Otros parecidos símbolos del oficio sastreril venían detrás, y a su pie, vistiendo abigarrados trajes, reían y cantaban los seldwylenses organizadores de tan original mascarada.

Ambos cortejos llegaron simultáneamente a la hostería, ante cuya puerta se agruparon confusamente trineos y caballos. Los seldwylenses se mostraron desde el primer momento afables, corteses y deferentes con los señores de Goldach, un tanto maravillados y sorprendidos del singular encuentro. Ahora pudo verse que el primer trineo, en el que se alzaba la diosa Fortuna, llevaba la inscripción «Personas que hacen trajes», demostrándose así que la mascarada representaba sastres de todas las naciones y épocas, viniendo a ser como un festivo cortejo sastreril histórico-etnográfico. En el último trineo, cuyo lema era «El traje hace a la

persona», iban, como muestra de la obra de aquellos peritos de la aguja, paganos o cristianos, que les precedían, altaneros emperadores y reyes, graves senadores, bizarros militares, piadosos preladados y devotas canonesas.

Toda esta comparsa de aguja y tijera supo ordenarse diestramente al apearse de los trineos, y apartándose con modestia a un lado, dejó entrar en la hostería a los señores y señoras de Goldach, a cuya cabeza marchaba la enamorada pareja, penetrando luego en los salones del piso bajo, mientras los otros ascendían por la espaciosa escalera hacia el gran salón de fiestas. Los acompañantes de los señores condes, encontrando muy deferente esta conducta, trocaron sus exclamaciones de sorpresa en alegres risas ante el inagotable buen humor de los seldwylenses. Tan sólo Strapinski experimentó una vâga sensación de desagrado, aunque la felicidad en que flotaba no le dejó ni sospechar la procedencia de aquella singular mascarada, cosa a la que contribuyó Melchor Boehni, que, aproximándose a él, después de apartar de los demás su trineo para hallarlo en seguida en caso necesario, nombró en alta voz una ciudad lejana de Seldwyla como origen del sastreril cortejo.

Preparadas ya las mesas, sentáronse ante ellas ambos grupos, cada uno en su piso, y emprendieron alegres conversaciones.

Después del almuerzo pasaron los señores de Goldach al salón de baile, y cuando se disponían a comenzar éste apareció una embajada de los

seldwylenses pidiendo cortésmente venia para hacer una visita a los señores y señoras de la ciudad vecina y divertirlos con una pantomima bailable de su invención. Esperando un regocijante espectáculo aceptaron los de Goldach la amable oferta, y, conforme a las indicaciones de la embajada seldwylense, se colocaron formando un amplio semicírculo, en cuyo punto medio brillaban Strapinski y Nettchen como dos principescas estrellas.

Uno tras otro fueron penetrando en el salón los grupos que antes ocupaban los trineos, y cada uno de ellos interpretó primero el lema «Personas que hacen trajes» y luego su contrario «El traje hace a la persona», figurando dar las últimas puntadas a un rico manto real, un severo traje talar u otra magnífica prenda de este orden y vistiendo luego con él a una persona de humilde aspecto, que inmediatamente tomaba una actitud arrogante y se paseaba por el salón pavoneándose al compás de la música. En esta misma forma fueron interpretadas diversas conocidas fábulas. Un enorme cuerpo, adornado con plumas de pavo real, atravesó la sala dando saltos y lanzando lúgubres graznidos; un lobo se confeccionó un gabán de piel de oveja y, por último, surgió un burro cubierto con una piel de león y bailó con heroico continente.

Al acabar su baile fué cada uno retirándose a un lado del local, quedando así cerrado el anillo de espectadores y en el centro un amplio espacio libre. De pronto comenzó la música una lánguida y melancólica tonada y entró en el círculo una

figura que en el acto atrajo sobre sí todas las miradas. Era un esbelto joven envuelto en una oscura capa y tocado con un gorro de piel, por debajo del cual se escapaba una negra y rizosa cabellera: en conjunto, el vivo retrato de Strapinski tal y como peregrinaba por la carretera en aquella fría mañana de noviembre antes de encontrar el fatal carruaje.

La reunión entera quedó muda de sorpresa observando aquella aparición, que con aire melancólico dió algunos pasos por la sala al compás de la música, extendió luego su capa en el suelo, se sentó encima al modo sastreril y comenzó a desatar un hatillo que en la mano traía, extrayendo de él un gabán idéntico al que Strapinski vestía en aquel momento, y al que sólo faltaba pegar los cordones, trencillas y pieles que lo adornaban. En un momento quedaron éstos cosidos con sorprendente habilidad y presteza por el desconocido actor, que, sacando luego una plancha, se humedeció los dedos para probar su grado de calor y planchó el gabán conforme a todas las reglas del arte. A continuación se puso lentamente en pie, se despojó del deteriorado sayo que vestía, endosó el magnífico gabán nuevo y, mirándose en un espejito, se peinó y atusó, quedando convertido en la exacta contrafigura del noble conde polaco. Mientras la música pasaba a un ritmo más animado, rehizo el actor su hatillo, metiendo en él su viejo traje, y lo arrojó lejos de sí, por encima de las cabezas de los espectadores, a un rincón de la sala,

como queriendo de este modo separarse para siempre de su pasado. Después comenzó a bailar afectando elegancia, dándose aires de hombre de mundo y haciendo reverencias a los asistentes. Cuando llegó ante el lugar que ocupaban los novios se detuvo fingiendo sorpresa y se quedó mirando fijamente al polaco, mientras que la música callaba de repente. Un terrible silencio reinó en la sala durante algunos instantes, hasta que el bailarín lo interrumpió exclamando de modo que todos le oyeran:

—¡Pero si está aquí nuestro compañero el silesiano, que abandonó mi taller creyendo que no tardaría en quebrar y arruinarme para siempre! ¡Mucho me alegra el encontrarle y ver que le va bien y se divierte aprovechando los Carnavales! Qué, ¿ha encontrado usted trabajo en Goldach?

Diciendo esto le alargó la mano, que Strapinski tomó sin saber lo que hacía. Igual hubiera agarrado un hierro candente.

El seldwylense continuó:

—¡Acercaos, compañeros! Mirad a nuestro buen oficial de sastre tan galán y florido como cuando trastornaba el seso a las muchachas de servir de nuestra ciudad. ¿Os acordáis de lo tiernamente que le miraba la hija del pastor? Bien es verdad que la pobre está un poco tocada de la cabeza.

Obedientes a esta llamada, se agolparon los seldwylenses en torno de Strapinski y su antiguo maestro, y estrecharon la mano del primero con afectada cordialidad, haciéndole vacilar en su

asiento. Los músicos atacaron entonces una briosa marcha y los sastres desfilaron entonando un diabólico coro de risas divinamente estudiado y ensayado. Los de Goldach, entre los cuales había sabido Melchor Boehni extender con rapidez la explicación de aquel milagro, rompieron también el círculo que antes formaban, y cruzándose con los seldwylenses originaron una general confusión tumultuosa.

En pocos minutos se vió el salón casi vacío. Algunos hombres quedaron en un rincón hablando en voz baja, y un par de muchachas permaneció a alguna distancia de Nettchen sin saber si acercarse o no a ella.

La pareja seguía inmóvil en sus sillas como dos pétreos reyes egipcios, mudos y solitarios.

Nettchen, blanca como el mármol, volvió lentamente la cabeza hacia su prometido y le consideró con extraña expresión. Entonces él se levantó y con lentos pasos salió de la estancia sin alzar del suelo sus ojos, de los que brotaban gruesas lágrimas.

Como un fantasma atravesó los grupos que llenaban la salida; y como si en realidad lo fuera, le dejaron pasar en silencio, sin risas ni insultos. Sorteando los trineos en que los de Goldach iban subiendo ya para regresar a sus casas, mientras los seldwylenses permanecían aún en la hostería prolongando el festejo, emprendió Strapinski, casi inconscientemente y con el solo deseo de no volver a Goldach, el camino de Seldwyla, que me-

ses antes había recorrido en dirección contraria. Resguardando sus manos del frío bajo los brazos cruzados e inclinada hacia el suelo la descubierta cabeza, pues había dejado gorro y guantes en el alféizar de la ventana del salón, penetró en el bosque que la carretera atravesaba, perdiéndose bajo los árboles. Sus pensamientos fueron aclarándose poco a poco. El primer sentimiento de que pudo darse clara cuenta fué el de una enorme vergüenza, como si en realidad fuese un hombre noble al que una imprevista desdicha hubiera infamado. Este sentimiento se transformó luego en el de haber sido víctima de una atroz injusticia. Hasta el día de su sensacional entrada en la maldita ciudad no tenía que reprocharse ninguna mala acción. Nunca, ni en los más lejanos días de su niñez, recordaba haber sido castigado por una mentira o un engaño. Y ahora, de golpe, se había convertido en un estafador por el solo hecho de haber sido arrastrado, en un momento de debilidad, por la ligereza y tontería de los hombres. Se sentía semejante a un niño a quien un perverso camarada hubiera inducido a robar el cáliz de un altar; se odiaba y despreciaba a sí mismo, pero al mismo tiempo se compadecía y lloraba su desdichado extravío.

El príncipe que se apropia violentamente bienes y personas; el sacerdote que predica sin convicción las enseñanzas de su Iglesia, pero goza de los beneficios que su cargo le procura; el maestro que aprovecha los honores y ventajas de su cátedra sin tener la menor idea de la excelsitud de su disci-

plina ni tratar de hacerla progresar; el artista que sin trabajo ninguno se somete a la moda y alcanza de este modo gloria y fortuna, robándosela a aquellos otros que llevan su arte en su corazón; el estafador que hereda o usurpa un honrado nombre comercial y con malas artes despoja de sus pobres ahorros a millares de infelices, todos estos no tienen una sola lágrima para llorar sus errores, sino que se regocijan de su bienestar y nunca carecen de alegres amigos y compañeros.

Nuestro infeliz sastre, en cambio, lloró amargamente cuando, siguiendo sus pensamientos su negra cadena, llegaron hasta la perdida novia. La desdicha y la humillación le mostraron de repente toda la felicidad que perdía, convirtiéndole de seductor atrevido en rechazado amante. Deteniéndose en su camino, alzó con desesperación los brazos hacia las estrellas, que brillaban con helado resplandor inexorable. En esto se iluminó la nieve con rojizos destellos, y en el silencio de la noche resonaron alegres cantos y risas. Eran los seldwylenses, que a la luz de llameantes antorchas regresaban a sus hogares. De un salto traspasó Strapinski la cuneta, cuando ya se aproximaba el primer trineo, y se ocultó entre los árboles que bordeaban el camino. El loco cortejo pasó de largo y se perdió en la obscura lejanía sin que nadie descubriese al fugitivo, que permaneció inmóvil hasta que se extinguió el eco de las risas. Luego, entumecido por el frío, se acostó blandamente en la nieve, que crujió bajo su peso, y cayó en un pro-

fundo sopor a punto que comenzaba a soplar un helado viento del Norte.

Mientras esto sucedía, Nettchen, que al salir su prometido del salón le había seguido atentamente con la vista, permaneciendo después cerca de una hora solitaria en su silla, se había por fin decidido a levantarse, y, echándose a llorar, se dirigió también hacia la puerta. Dos de sus amigas se acercaron a ella pronunciando algunas frases de consuelo, y Nettchen les pidió le trajeran su abrigo, su sombrero y su chal, que se puso en el acto sin hablar palabra y enjugando sus lágrimas con el velo. Mas como cuando se llora se siente también necesidad de sonarse, se vió obligada a sacar su pañuelo y hacerlo con ímpetu, lanzando al mismo tiempo en torno suyo una orgullosa y colérica mirada. Dentro de su radio cayó Melchor Boehni, que se acercó afable y sonriente, dándole cuenta de la necesidad en que se hallaba de encontrar quien la acompañase hasta su casa y explicase en ella lo sucedido. El lago de Bethesda—le dijo—podría quedar en la cochera de la hostería y él guiaría la Fortuna acompañando a la desdichada novia en su triste viaje de regreso.

Sin responderle, salió Nettchen con paso firme de la hostería, a cuya puerta halló su trineo. Montó en él, cogió las riendas, y mientras el incauto Boehni daba una propina al mozo de cuadra, fustigó los caballos, que salieron al trote largo y emprendieron después un rápido galope por la carretera que conduce a Seldwyla, y volviendo, por

tanto, la espalda al hogar paterno de la que los guiaba. Cuando el ligero vehículo se había ya perdido de vista se dió cuenta Boehni de lo sucedido y salió corriendo y gritando: «¡Para, para!», por el camino de Goldach, hasta que, viendo inútiles sus esfuerzos, volvió a la hostería, saltó en su trineo y salió a toda marcha hacia su ciudad, para ir en persecución de la fugitiva, a la que él creía arras-trada contra su voluntad por los fogosos caballos. Sin parar un momento llegó a las puertas de Goldach, y halló a todo el vecindario agitado y enco-lerizado por el inaudito suceso.

No sabemos a punto fijo si el tomar el camino de Seldwyla fué error o deliberada intención de Nettchen. Sin embargo, existen dos circunstan-cias que pueden iluminar nuestras dudas. El gorro y los guantes de Strapinski, abandonados por éste sobre el alféizar de la ventana, se hallaban ahora en el trineo de la muchacha. Cómo y cuándo había ella cogido estos objetos nadie, ni ella misma, hubiera podido decirlo. Se había apoderado de ellos como un sonámbulo en su nocturno vagar y ya había olvidado que yacían a su lado sobre el asiento del trineo. En segundo lugar, se la oyó exclamar varias veces: «Tengo que hablar con él todavía dos palabras. Sólo dos palabras.»

Estos dos hechos parecen demostrar que no era exclusivamente el azar el que guiaba el trineo. También fué singular el que en cuanto llegó al bosque, iluminado ahora por la luna llena, tirase Nettchen de las riendas, poniendo al paso los ca-

ballos y escudriñando con triste, pero penetrante mirada los bordes del camino, sin que se le escapase un solo arbusto ni una sola mata.

Y sin embargo iba la joven sumida en profundos pensamientos. ¿Qué era la vida y qué la felicidad? ¿Qué era el hombre, a quien una broma de Carnaval podía hacer feliz o desgraciado? ¿Qué culpas debía ella purgar para recoger como cosecha de una ingenua inclinación amorosa la vergüenza y la desesperanza? ¿Quién nos envía tales engañadoras figuras que destruyen nuestra vida introduciéndose en ella y luego se desvanecen como débiles pompas de jabón?

Estas interrogaciones, más soñadas que pensadas, invadían el alma de la muchacha cuando sus ojos tropezaron de pronto con una larga mancha oscura, que se destacaba sobre la nieve, a un lado del camino. Era el yacente Strapinski, cuyos negros cabellos se mezclaban con la sombra de los árboles, mientras su cuerpo aparecía iluminado por la luna.

Nettchen tiró de las riendas, quedando parado el trineo en medio del profundo silencio de la noche. Luego, después de considerar largo rato aquel cuerpo extendido sobre la nieve, descendió del trineo, acarició a los caballos para tranquilizarlos y se dirigió hacia el caído.

Sí; era él. El terciopelo verde oscuro de su gabán resaltaba sobre la blanca nieve, envolviendo el esbelto cuerpo con una elegancia que aun en aquellos tristes momentos daba la razón al proverbio «El traje hace a la persona».

Al inclinarse la muchacha sobre el yacente y reconocerle ya sin duda alguna, vió también el peligro que corría su vida y temió haber llegado tarde. Inconscientemente cogió una de sus manos, que parecía ya helada e inerte. Olvidándolo entonces todo, comenzó a zarandearle llamándole por su nombre, consiguiendo tan sólo que exhalara un débil y triste suspiro. Asustada y sin saber qué hacer, comenzó a pasarle la mano por la cara y a darle papirotazos en la pálida punta de la nariz, hasta que se le ocurrió la buena idea de coger un buen puñado de nieve y frotarle con ella manos y rostro. De este modo hizo por fin reaccionar al infeliz, que, volviendo en sí, se incorporó lentamente y miró en torno suyo hasta tropezar con su salvadora, que había echado hacia atrás el velo que le cubría el rostro. Strapinski reconoció uno por uno los rasgos amados y, cayendo a los pies de la muchacha, besó la fimbria de su vestido, exclamando:

—¡Perdóname! ¡Perdóname!

—Ven—respondió ella con temblorosa voz—. Tengo que hablar contigo.

Obedeció él, subiendo al trineo, y la muchacha le entregó, tan involuntariamente como antes los había cogido, los guantes y el gorro. Luego empuñó las riendas, fustigó los caballos y siguió camino adelante.

Más allá del bosque, no lejos de la carretera, se hallaba un cortijo en el que habitaba una labradora cuyo marido había muerto meses antes.

Nettchen había sido madrina de uno de sus hijos, pues el cortijo pertenecía a su padre, que lo tenía arrendado a aquella familia desde muchos años atrás. Hacía pocos días que la labradora, enterada de la próxima boda de la muchacha, había ido a darle la enhorabuena, y era de suponer que aun no se hubiese enterado de lo acaecido aquel día.

Hacia este cortijo condujo Nettchen el trineo, saliéndose del camino y parando ante la puerta. Tras de una de las ventanas veíase aún luz. La labradora, después de acostar a sus hijos, andaba todavía ocupada en el arreglo de la casa. Al oír ruido fuera, abrió la ventana, mirando con asombro a los reciénllegados.

—Somos nosotros—gritó Nettchen—. Nos hemos equivocado tomando el camino nuevo, por el que nunca había yo pasado antes. Ahora nos hemos dado cuenta de dónde estábamos, y antes de dar la vuelta queremos descansar un poco y tomar una buena taza de café, si es usted tan amable que nos da posada por unos minutos.

Encantada de tener a Nettchen en su casa y ver de cerca al noble extranjero, se apresuró la labradora a franquear la entrada. Para ella era toda la felicidad y el esplendor del mundo lo que entraba en su casa con aquella enamorada pareja. Una vaga esperanza de sacar alguna modesta utilidad para ella o para sus hijos contribuyó en su ánimo a servir con toda diligencia a los imprevistos visitantes. Despertó a un criado para que tuviese los caballos y preparó abundante café, sirviéndolo

en el comedor, ante cuya mesa tomaron asiento Nettchen y Strapinski a la vacilante luz de una débil lamparilla.

El sastre ocultó el rostro entre las manos, sin atreverse a levantar la vista. La joven, frente a él, cerró los ojos como queriendo concentrar sus pensamientos y en su boca se dibujó un decidido gesto.

Cuando la labradora hubo colocado el café sobre la mesa se levantó Nettchen con apresuramiento y murmuró a su oído:

—Déjenos usted solos un rato. Hemos tenido un pequeño disgusto y conviene que nos expliquemos, ahora que se presenta una buena ocasión, antes de que la cosa pase a mayores.

—Comprendo—repuso la buena mujer—. Háceis muy bien.

Y los dejó solos.

—Beba usted ese café—dijo la muchacha a Strapinski, volviendo a su puesto—. Le sentará a usted muy bien.

Strapinski se incorporó tembloroso y bebió el café, más por habérselo mandado ella que por sentir necesidad de fortificarse. Sus miradas se encontraron con las de su amada, que sin apartar los ojos exclamó:

—¿Quién es usted realmente? ¿Qué quería usted hacer de mí?

—No; no soy lo que parezco—respondió él, tristemente—. No soy mas que un pobre loco; pero pronto repararé todo el mal que he hecho y reci-

birá usted satisfacción cumplida. Pronto habré terminado de vivir.

Fué tal el acento de sinceridad y convicción con que pronunció estas palabras que los ojos de Nettchen brillaron imperceptiblemente. No obstante, continuó su interrogatorio:

—Quiero saber quién es usted, de dónde viene y cuáles son sus propósitos.

—Voy a relatárselo todo tal y como ha sucedido —respondió él.

Y le contó quién era y lo que le había pasado desde su entrada en Goldach, subrayando insistentemente cómo había querido huir repetidas veces, habiéndoselo impedido siempre su aparición, que le había encadenado como un hechizo.

La joven estuvo tentada varias veces de echarse a reír; pero se contuvo ante la gravedad de la situación en que se encontraba y continuó preguntando:

—¿Dónde pensaba usted conducirme y qué pensaba usted hacer una vez casados?

—No lo sé. Esperaba la llegada de nuevas venturosas casualidades que me permitieran hacerla feliz. A veces pensaba también en matarme después que...

Al llegar aquí se interrumpió, enrojeciendo súbitamente.

—Siga—ordenó ella, palideciendo, mientras su corazón latía con fuerza.

Los ojos de Strapinski llamearon, posándose dulcemente en los de la joven, mientras exclamaba:

—Sí; ahora veo claro lo que habría sucedido. Hubiera partido contigo y después de unos días de completa dicha te hubiera confesado el engaño y me hubiera matado. Tú hubieras vuelto a casa de tu padre y me hubieras olvidado pronto. Todo el mundo creería que yo había sido víctima de una casual desgracia. En vez de anhelar como otros poseer un gran amor a través de toda una larga y próspera vida me hubiera contentado con ser profundamente dichoso y gozar de la consideración de las gentes durante unos instantes y desaparecer luego del mundo, superior a aquellos que no son felices ni desgraciados y que sin embargo no quieren morir nunca. ¡Ay! ¿Por qué no me dejaste sobre la helada nieve? ¡Me hubiera dormido tan dulcemente para siempre!

Calló aquí y permaneció triste y meditabundo, con la mirada fija en el suelo.

Al cabo de un rato, Nettchen, que le había estado observando en silencio, dijo, después de calmar los latidos de su corazón, agitado por las palabras de Strapinski:

—¿Ha cometido usted alguna otra vez faltas semejantes, engañando a personas que ningún mal le habían hecho?

—Eso mismo me he preguntado yo en esta amarga noche y no he recordado haber mentido antes jamás. Nunca me ha sucedido una aventura parecida. Por lo contrario, en aquellos días de mi niñez en que surgió en mí la tendencia de ser o representar algo importante, me dominé y rechacé



en una ocasión una felicidad que parecía estarme destinada.

—¿Cómo fué eso?—preguntó ella.

—Mi madre, antes de casarse, había estado al servicio de una rica señora, a la que había acompañado en sus viajes a las grandes ciudades. A causa de esto se afinó más que las otras mujeres de nuestra aldea y se enorgullecía de ello, vistiéndose y vistiéndome a mí, su único hijo, con mayor esmero y cuidado de lo que entre nuestros convecinos era costumbre. Mas mi padre, un pobre maestro de escuela, murió tempranamente, quedando nosotros en la mayor miseria y sin esperanza de afortunados azares, en los que mi madre se complacía en soñar. Tuvo, pues, que renunciar a lo que ella más estimaba: una bien cuidada casa y finos vestidos, para dedicarse a rudos trabajos con que ganar nuestro pan cotidiano. Inesperadamente se presentó un día en casa aquella rica señora a cuyo servicio había estado mi madre. Su marido había muerto también, y ella proyectaba marcharse a vivir a la ciudad definitivamente. Tenía yo por entonces unos diez y seis años, y la señora propuso a mi madre que me dejara marchar con ella, comprometiéndose a hacer de mí algo más que un jornalero o mozo de labor, que era todo el porvenir que me esperaba en la aldea. Nada mejor podíamos haber soñado. Todo estaba ya convenido y preparado cuando mi madre comenzó a ponerse pensativa y triste, hasta que un día me rogó, entre lágrimas, que no la abandonase y que permane

ciese a su lado compartiendo su pobreza, pues a ella le quedaba ya poco tiempo de vida y yo llegaría, aun quedándome en la aldea, a ver cumplidas mis ambiciones. La señora, a la que, lleno de confusión y melancolía, trasladé yo estas palabras, volvió a casa e hizo a mi madre largas reflexiones, mas no logró sino excitarla y hacerla exclamar repetidas veces que ella no se dejaba robar a su hijo porque sabía que el que le conocía...

Strapinski se interrumpió como no sabiendo con qué palabras proseguir su relato, y Nettchen preguntó:

—¿Por qué no sigue usted? ¿Qué decía su madre de que quien le conocía...?

El joven enrojeció y repuso:

—Dijo algo que me pareció extraño y que no comprendí muy bien, pero que, de todos modos, no ha sido confirmado por ningún suceso de mi vida posterior. Sus palabras fueron que aquellas personas que llegaban a conocerme a fondo no podían ya separarse ni prescindir de mí, con lo cual supongo que no quería decir otra cosa sino que yo era un excelente muchacho. Fuese lo que fuese, el caso es que se excitó tanto que, a pesar de las instancias de la señora, rechacé su oferta y permanecí al lado de mi madre, la cual extremó infinitamente su cariño por mí a partir de este suceso, por cuyo desenlace me pidió perdón muchas veces, acusándose de haber estorbado mi felicidad. Cuando llegó el momento de comenzar a aprender algo para ganar mi vida no se presentó cosa mejor

que el entrar en el taller del sastre de mi aldea. Al principio me negué a ello, pero mi madre me venció con sus lágrimas. Esta es la historia.

Preguntado luego sobre cuándo y por qué se había separado de su madre, prosiguió, diciendo:

—El servicio militar me hizo abandonar la aldea. Entré en un escuadrón de húsares y en él permanecí vistiendo la roja chaquetilla y siendo quizá el más simple de todo el regimiento, pero desde luego el más pacífico. Al cabo de un año pude obtener una licencia de quince días y volé a casa para ver a mi madre, hallándome con que había muerto meses antes. De este modo, cuando hube cumplido mi servicio me encontré sin hogar ni familia, y me eché a recorrer el mundo hasta el día que, para mi desgracia, traspasé las murallas de Goldach.

Sonrió Nettchen al escuchar este último lamento y permaneció un rato silenciosa, pero sin dejar de mirar a Strapinski.

Luego, de pronto, y como obedeciendo a un pensamiento que surgiese en ella repentinamente, preguntó:

—¿Y habiendo sido siempre tan amable y digno de estimación, claro es que habrá usted tenido infinidad de amoríos y habrá engañado a más de una pobre mujer..., sin contarme a mí?

—Nunca—respondió el joven, enrojeciendo—. Antes de conocerla a usted no he tocado la punta de unos deditos femeninos; sólo una vez...

—¿Y bien?—interrogó ella.

—Fué precisamente la hija de aquella señora que me quiso llevar consigo; una muchachita de siete u ocho años, singularmente voluntariosa, pero buena como el pan y bonita como un ángel. Había yo tenido que servirla durante mucho tiempo de acompañante y protector y se había acostumbrado a tenerme con ella. Todos los días la llevaba a la casa parroquial, en la que el párroco le daba clase, y terminada ésta la acompañaba hasta su casa o nos íbamos al campo de paseo. El último día antes de su partida me empezó a hablar del próximo viaje, diciéndome que debía partir con ellos y preguntándome qué es lo que había decidido. Yo le expuse la imposibilidad de continuar a su lado, y entonces la niña me pidió con tenaz insistencia que no rechazase la invitación de su madre, colgándose de mi brazo e impidiéndome seguir adelante, como suelen hacer los niños cuando quieren conseguir algún capricho, hasta que, un poco violentamente, la aparté de mi lado. Apenada, inclinó la cabeza intentando ocultar las lágrimas que brotaban de sus ojos, mas no pudo contener los sollozos. Sorprendido, quise consolarla y reconciliarme con ella; pero me volvió la espalda y corrió hacia su casa. Desde entonces recuerdo con cariño a aquella linda criatura, aunque jamás he vuelto a saber de ella y...

De repente, Strapinski, que había pronunciado con íntima agitación estas últimas frases de su historia, la interrumpió, y, palideciendo, se quedó mirando fijamente a su compañera.

—¿Qué? ¿Por qué me mira usted así?—interrogó Nettchen con extraño tono de voz y poniéndose también un poco pálida.

El joven extendió su brazo hacia ella y, señalando su rizada cabecita, exclamó:

—Cuando aquella muchachita se encolerizaba se le movían y levantaban casi imperceptiblemente los finos cabellos inmediatos a la frente y sobre las sienes, como ahora hacen los suyos. Me parece estarla viendo otra vez en este momento como en aquel atardecer de nuestra despedida.

En efecto, los sutiles cabellos que coronaban la frente y las sienes de la joven parecían ondear al impulso de un ligero hálito. Sin duda, la madre Naturaleza quiso poner en práctica en esta ocasión uno de sus misterios para dar feliz término a aquellas difíciles negociaciones.

Tras un corto silencio, en el que se oyeron las agitadas respiraciones de ambos enamorados, se levantó Nettchen y, dando la vuelta a la mesa, cayó en brazos de Strapinski, diciendo:

—No quiero abandonarte. Eres mío y permaneceré a tu lado a pesar de todos.

Así quedaron confirmados por la firme voluntad de la muchacha los esponsales celebrados, aceptando ella su destino con apasionada decisión.

Pero no era Nettchen de aquellas personas que se entregan a su suerte sin tratar de dirigirla y guiarla por su propia mano, y por tanto tomó en seguida nuevas y atrevidas resoluciones, sacan-

do a su prometido de las dichosas fantasías en que el nuevo cambio de fortuna comenzaba a sumirle.

—Ahora—le dijo—nos vamos a Seldwyla para mostrar a los que han querido destruir nuestra felicidad que lo que han hecho ha sido asentarla sobre bases firmes y verdaderas.

El bueno de Strapinski hubiera preferido partir para desconocidos lugares y vivir envuelto en un romántico misterio; pero la joven le interrumpió exclamando:

—¡No más novelas! Quiero que todo el mundo sepa que te amo siendo lo que eres, un pobre oficial de sastre sin trabajo, y que seré tu mujer digan lo que digan mis orgullosos conciudadanos. Iremos a Seldwyla y con actividad e inteligencia haremos depender de nosotros a todos esos que ahora nos burlan y zahieren.

¡Y dicho y hecho! Llamaron a la labradora, y Strapinski, que ya iba entrando en la nueva situación, la gratificó generosamente. Luego empuñó las riendas del trineo y tomó el camino de Seldwyla, mientras Nettchen se apoyaba contra él con igual confianza que contra un robusto pilar de iglesia, pues la voluntad del hombre es su reino de los cielos y la muchacha había llegado hacía tres días a la mayor edad y podía seguir ya, sin que nadie pudiera estorbárselo, al elegido de su corazón.

En Seldwyla se detuvieron ante la posada del Arco Iris, en la cual celebraban aún algunos actores de la farsa el éxito obtenido. Cuando la pareja

entró en la posada corrió en seguida la voz por toda la ciudad. «¡Un rapto! ¡Buena la hemos armado!», exclamaron, regocijados, los excelentes seldwylenses.

Strapinski atravesó con su prometida por entre los grupos que llenaban la sala de la hostería, y cuando dejó a Nettchen instalada en un buen cuarto se trasladó él a la posada del Hombre Salvaje, pasando también, impertérrito, entre la concurrencia y encerrándose en el cuarto que le dispusieron.

Asombrados, se dedicaron los seldwylenses a discutir y comentar el caso durante el resto de la noche, entretenimiento que, yendo, naturalmente, acompañado de frecuentes libaciones, originó a la mañana siguiente numerosos y violentos dolores de cabeza.

También en la ciudad de Goldach corría al mismo tiempo la palabra «rapto».

Apenas despuntó la mañana salió para Seldwyla el padre de Nettchen, acompañado del agitado Boehni. En su precipitación hubieran atravesado toda la ciudad sin detenerse, de no haber visto el trineo de la Fortuna parado delante de la posada, cosa que, para su consuelo, les hizo suponer que, por lo menos, los excelentes caballos que lo tiraban no se hallarían muy lejos. Se apearon de su trineo y, confirmadas sus sospechas y averiguado el paradero de la presunta raptada, entraron en la posada del Arco Iris.

Pasó todavía un buen rato hasta que la joven

mandó recado a su padre de que podía subir a su cuarto para hablar a solas con ella. Decíase también que había mandado llamar al mejor abogado de la ciudad. Con el ánimo entristecido por la idea de la desesperación en la que iba a hallar sumida a su hija, y buscando la mejor manera de calmarla y consolarla, subió el consejero las escaleras de la posada. Mas Nettchen le salió al encuentro con serena, pero firme decisión, como quien ya ha tomado su partido y no piensa modificarlo. Cariñosamente conmovida dió a su padre las gracias por todo el amor y la bondad que le había demostrado y le expuso después sus propósitos. No quería volver a vivir en Goldach después de lo ocurrido, por lo menos en unos años; deseaba hacerse cargo de su herencia materna, que el padre ya tenía apartada y en regla para entregársela en el acto de su matrimonio; pensaba casarse con Strapinski, sin que nada ni nadie tuviera fuerza suficiente para impedirselo; viviría con él en Seldwyla, donde fundarían un negocio de importancia, y, por último, estaba segura de que todo acabaría a la perfección, pues se había convencido de que su prometido era un hombre excelente, muy capaz de hacerla feliz.

El padre comenzó su discurso recordando a su hija que, como ya ella sabía, su deseo de siempre había sido que llegase el momento de poner en sus manos la herencia de su madre para que pudiese ella fundar su vida y su felicidad independientes. Mas después le describió, con el disgusto que desde

que tuvo noticia de la catástrofe le invadía, la imposibilidad del matrimonio que quería contraer, y terminó revelándole el único medio de resolver la situación decorosamente. Melchor Boehni estaba dispuesto a acallar las murmuraciones y enterrar el asunto ofreciéndole su mano y su honrado nombre, que rehabilitaría su honor y lo protegería para siempre.

Con fogosa exaltación sostuvo la hija que el honor era precisamente lo que la prohibía casarse con Boehni, al que no podía aguantar, y la hacía, en cambio, permanecer fiel al infeliz a quien había dado su palabra y del que además estaba enamorada. Replicó el padre sin lograr convencerla, y por fin terminó la discusión con un copioso llorar de la muchacha.

En este momento entraron Strapinski y Boehni, que se habían encontrado en la escalera, y amenazaba comenzar una violenta escena cuando apareció el abogado, persona conocida y estimada del consejero, que supo apaciguar los ánimos. Cuando en pocas palabras fué puesto al corriente de lo que sucedía, ordenó que Strapinski se retirase a su alojamiento y que Boehni se marchase también, cesando de intervenir en el asunto. Luego recomendó a Nettchen que guardase el mayor recato y compostura hasta la solución definitiva de todo aquello y explicó al padre que siendo su hija mayor de edad le estaba vedado ejercer coacción ninguna sobre ella.

De este modo quedó acordado un armisticio

y una separación de las partes interesadas durante algunas horas.

En la ciudad, en la que el abogado dejó escapar alguna ligera indicación sobre la considerable fortuna que se trasladaría de Goldach a Seldwyla si la historia terminaba en boda, hubo una general marejada. La posición de los seldwylenses se cambió de repente en favorable al sastre y a su prometida y decidieron proteger a los enamorados con sus vidas y haciendas, impidiendo que nadie violara los derechos y libertades de personas acogidas a su ciudad. Cuando poco después corrió el rumor de que se proyectaba conducir violentamente a Goldach a la muchacha, pusieron una guardia de honor en la posada y apostaron centinelas en las salidas, aprestándose regocijadamente a una nueva aventura, continuación de la del día anterior.

El asustado y encolerizado consejero envió a Boehni a Goldach en demanda de auxilio, y al siguiente día se presentó en Seldwyla un considerable retén de policía, amenazando convertir la ciudad en una nueva Troya. Ambos partidos se contemplaban frente a frente con gesto provocativo, mientras que el tambor de la milicia ciudadana probaba la tensión del parche dando golpes con uno de los palillos. Para evitar una colisión acudieron a la plaza las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas, y de las negociaciones entabladas resultó, visto que Nettchen permanecía en sus trece y que tampoco Strapinski se dejó intimidar, que una vez reunidos los documentos necesarios

se publicarían las proclamas de su matrimonio, resolviéndose en el intervalo si a él se oponía algún impedimento. Claro es que siendo la muchacha mayor de edad nadie podía oponerse al matrimonio, como no fuese fundándose en la equívoca personalidad del falso conde de Strapinski.

Mas el abogado, que se había hecho cargo del asunto, trabajó tan activamente que en poco tiempo tuvo en su poder las pruebas de que el joven había observado siempre, tanto en su lugar natal como en las poblaciones que luego hubo de recorrer, una intachable conducta, de la que certificaron todas aquellas personas que le habían tratado. Por lo que respecta a los acontecimientos de Goldach, demostró el letrado que Strapinski no había declarado nunca ostentar el título de conde, sino que éste le había sido otorgado por los demás, sin engaño ninguno por su parte, no habiendo firmado ningún escrito mas que con su verdadero nombre y apellido, y no existiendo, por tanto, delito alguno, pues se había limitado a no rechazar las insistentes atenciones de que era objeto, las cuales no le habrían sido concedidas si no hubiera llegado en el lujoso carruaje y el cochero no se hubiera permitido gastarle la pesada broma.

De esta manera terminó en boda la guerra que amenazaba estallar entre las dos ciudades, y el día en que se celebró el festejo dispararon los seldwylenses, en honor de los desposados, atronadoras salvas, que hicieron torcer el gesto a los de Goldach al llegar a sus oídos en alas del aire de poniente.

El consejero entregó a su hija la herencia materna, y con ella establecieron en Seldwyla una gran pañería y sastrería, poniéndose Strapinski al frente de ella.

En lo que no acertaron los seldwylenses fué en el porvenir que predijeron al sastre como comerciante, pues, contrariamente a lo que ellos pensaban, se comportó aquél con toda modestia, aplicación y economía, sabiendo dar gran impulso a su negocio. Les hizo preciosos chalecos de terciopelo violeta o a cuadros azules y blancos, elegantísimos fraques con botones de oro y románticas capas forradas de rojo, y nunca pudieron dejarle a deber nada de esto durante mucho tiempo, pues para poder comprarle las preciosas novedades que fabricaba o hacía venir de otros puntos tenían que pagarle lo que de antes le adeudaban, cosa que hacían sin rechistar, aunque luego, entre ellos, le tacharan de inconsiderado y chupasangres.

Con esta conducta fué redondeándose física y económicamente, y hasta acabó por perder el aspecto soñador que antes le caracterizaba. De año en año se hizo más hábil en los negocios, y asociado a su suegro, con el que no tardó en reconciliarse, realizó tan buenas especulaciones que llegó a duplicar su capital. Al cabo de diez o doce años, y con otros tantos hijos, con que su mujer, la Strapinska, le había ido obsequiando, se trasladó a Goldach, y llegó a ser en esta ciudad un personaje de importancia.

Pero en Seldwyla, fuese ingratitud o venganza, no dejó ni un ochavo.

EL ENGAÑO DE LAS CARTAS

Víctor, o Viggi Stoerteler, como familiarmente le llamaban los seldwylenses, gozaba de una cómoda y ordenada existencia, pues ejercía una productiva actividad comercial y poseía una linda mujercita sana y bondadosa, que con sereno afecto vivía tranquilamente a su lado. A más de su persona, había llevado Gritli al matrimonio una regular dote, con la que su marido había podido ampliar sus negocios, haciéndolos luego prosperar a fuerza de aplicación y de prudencia. Para la consecución de estos buenos resultados ayudó mucho a Viggi una buena cualidad que le adornaba y que era muy poco corriente en aquellas tierras. Durante sus años de aprendizaje y algún tiempo después había residido en una importante ciudad suiza y formado parte en ella de una Sociedad de empleados de comercio cuyos fines eran la educación científica y estética de sus miembros. Mas como éstos, jóvenes e inexperimentados en su mayoría, se hallaban abandonados a sus propias iniciativas, exageraban la nota y cometían toda clase de simplezas. Leían los libros más difíciles y emprendían luego sobre ellos las más intrincadas y confusas

disertaciones; representaban en su teatro el *Fausto*, el *Wallenstein*, el *Hamlet*, el *Rey Lear* y el *Nathan el Sabio*; ejecutaban difícilísimos conciertos y se leían tremendos ensayos originales, no habiendo nada, en fin, a lo que no se atreviesen.

De aquí llevó Viggi Stoerteler a Seldwyla su amor a la cultura y a la erudición; pero gracias a estas inclinaciones no cayó, considerándolos indignos de él, en los usos y costumbres de sus conciudadanos, sino que se procuró libros, se abonó a todas las bibliotecas circulantes y Sociedades de lectura de la capital y se suscribió a las revistas más en boga y a todas las obras por entregas, dado que en éstas se ofrecía un agradable y continuo estudio, ya dividido y clasificado. Estas aficiones le hicieron llevar una vida recogida, que preservó de todo daño su tranquila posición. Cuando había dado fin a sus tareas cotidianas, alegre y prudentemente llevadas a cabo, encendía su pipa, ponía un gesto grave y se sentaba frente a lo que aquel día tuviera de lectura, buceando en ello con gran habilidad y soltura. Pero no paraban aquí las cosas. Pronto se puso a escribir, y produjo diversos trabajos, que leyó a su mujer, dándoles el nombre de «ensayos», y diciendo que, según todas sus aptitudes, su verdadera vocación literaria era la de ensayista. Mas cuando ninguno de sus ensayos consiguió verse publicado en los periódicos a que fueron enviados, comenzó Viggi a escribir cuentos y novelas cortas, que, bajo el seudónimo de «Kurt del Bosque», expidió a todas las hojas literarias

dominicales que conocía. Esta vez alcanzó un mayor éxito; sus trabajos, llevando a su pie el precioso seudónimo, comenzaron a aparecer con toda solemnidad en los más diversos lugares del Imperio alemán, y pronto comenzó aquí un Roderico del Valle, allá un Hugo de la Isla, y más allá un Genserico de la Pradera a sentir una celosa desazón ante el intruso competidor. Concurrió también, secretamente, a todos los certámenes literarios, y con todo ello introdujo una viva animación en su retirada existencia. Sus más o menos largos viajes de negocios daban nuevo impulso a estas aficiones, pues durante ellos siempre hallaba en las hosterías en que se hospedaba algún compañero en las letras con quien emprender una docta conversación, esto sin contar las visitas a las redacciones de los periódicos conocidos, que le procuraban agradable distracción de sus asuntos comerciales, aunque a veces le costaban algunas botellas de vino.

En una ciudad de la Alemania central, y durante la cena a la mesa redonda de la hostería en que se hospedaba, tuvo lugar uno de los acontecimientos principales de su vida literaria. Hallábanse reunidos en el comedor algunos antiguos parroquianos de la hostería, residentes en la ciudad, y, a su lado, un grupo de jóvenes viajeros. Los primeros, gente distinguida y ya de blancos cabellos, conversaban reposadamente sobre literatura y hablaban de Cervantes, Rabelais, Sterne, Juan Pablo, Goethe y Thieck, ponderando el encanto de perseguir los

secretos de la composición y del estilo sin que por ello quedase aminorado el placer producido por el asunto de la lectura. Establecían minuciosas comparaciones y buscaban el hilo común que se extendía a través de todas las obras literarias, riendo sobre algo regocijante que acudía a su memoria o complaciéndose con grave expresión en una belleza nuevamente descubierta, todo ello sin ruido ni acaloramiento. Por último, cuando unos hubieron bebido su te y vaciado otros sus jarras de cerveza, apagaron sus largas pipas de barro y se retiraron con paso que la gota hacía inseguro, en demanda del nocturno reposo. Sólo uno de ellos volvió a acomodarse en un ángulo para leer apaciblemente el periódico y beber un vaso de ponche.

Desarrollóse ahora la conversación entre los jóvenes huéspedes, que hasta entonces habían permanecido mudos, escuchando. Uno de ellos rompió el fuego con una burlona observación sobre la anticuada charla de aquellos carcamales, que seguramente habían sido cuarenta años antes los ingenios de aquel nido. Esta observación fué vivamente recogida, y quitándose la palabra unos a otros emprendieron una conversación también crítica, pero de una naturaleza totalmente distinta. Poco sabían los nuevos interlocutores de las envejecidas materias de las que los otros habían tratado y sólo podían decir sobre ellas alguna que otra equivocada frase dogmática tomada de cualquier mala historia de la literatura; pero en cambio hicieron gala del más amplio y preciso conoci-

miento de todas las amenas y ligeras publicaciones que surgían a diario y de las personas y personajes que acumulaban sus singulares seudónimos en las mil y una hojas literarias que aparecían en todos los lugares. Pronto se reveló que los reunidos no eran ignorantones tales como antiguos consejeros de Justicia o aficionados eruditos, sino gente del oficio, pues no tardaron mucho en oírse las palabras honorarios, editor, *clique*, *coterie* y otras que excitan particularmente la cólera de esta tribu y ocupan de continuo su imaginación. El barullo llegó a su punto más alto, pareciendo que hablaban veinte personas a la vez; los maliciosos ojillos de los interlocutores echaban chispas y no podía tardar ya el momento de un glorioso reconocimiento general. En efecto, no pasó mucho tiempo sin que uno de ellos se diera a conocer como «Guido de la Esplendente Mansión», y sucesivamente fueron luego apareciendo «Oscar Estrella del Norte» y «Cuniberto del Mar». Viggí, que hasta entonces había hablado poco, no dudó ya un solo instante, e insinuándose con alguna timidez, supo hacerse reconocer como «Kurt del Bosque». Todos le conocían lo mismo que él conocía a todos, pues estos señores, que dejaban sin leer un buen libro durante diez años, devoraban en el acto todo lo que procedía de sus semejantes, hojeando en su busca las revistas de todos los cafés, claro está que no por interés, sino por una singular vigilancia celosa.

—¡Ah! ¿Es usted «Kurt del Bosque»? — resonó con estruendo—. ¡Bien venido!

Y se pidió varias botellas de un perverso vino falsificado y agrio, de la marca más barata que podía hallarse, continuando la conversación con nuevo y enérgico impulso. Era preciso demostrar que no se tenían pelos en la lengua. Todos aquellos hombres que habían llegado a alcanzar algún éxito y que a muchas leguas de allí dormían ya quizá el sueño de los justos fueron disecados fibra por fibra, sin que quedara nada apreciable de ellos. Cada uno se jactaba de tener las más precisas noticias de lo que hacían o dejaban de hacer, y no hubo acto vergonzoso que no se les imputase, terminando toda la labor de disección con un seco: «Además, es judío.» A lo que contestaban todos a coro, con no menor sequedad: «Sí, debe de ser judío.»

Viggi Stoerteler se frotaba las manos lleno de placer y pensaba: «Por fin estás una vez en tu puesto. Un escritor entre escritores. ¡Y qué espíritus más sutiles! ¡Qué celo moral y qué justa cólera!»

En esta noche, y ante aquel deleznable vino, quedó firme y solemnemente pactado, para admiración del mundo y comienzo de una nueva época, el advenimiento de una revolución literaria, que quedó planeada con todo detalle. Su fin había de ser el de producir artificialmente aquella fermentación espiritual de la que habían de surgir los clásicos de los tiempos modernos.

Una vez llegados a esta conclusión de tan enorme importancia quedaron sin ánimos para más,

y con las cabezas gachas se dispersaron hacia sus respectivos lechos, pues estos profetas no eran capaces de soportar dignamente unas botellas de buen vino, cuanto más del malo, y pagaban el más corto exceso con grandes fatigas y malestar.

Cuando hubieron salido del comedor, el anciano que en él había permanecido escuchándoles y divirtiéndose grandemente con sus simplezas llamó al mozo y le preguntó qué clase de gente era aquélla.

—Dos de ellos—respondió el camarero—son comerciantes que viajan para sus negocios, el señor Stoerteler y el señor Huberl; del tercero sólo sé que se llama Stralauer; pero en cambio al cuarto lo conozco muy bien. Es el doctor Mewes, y estuvo alojado aquí algunas semanas durante el invierno pasado. En el salón de baile de la posada del Salmón Azul, donde yo servía entonces, dió algunas conferencias sobre la literatura alemana, copiándolas, palabra por palabra, de un libro lleno de señales, borrones y manchas de aceite que, a juzgar por su encuadernación, debía de haber sido robado de alguna biblioteca pública. A más de este libro sólo poseía una destrozada guía de la conversación francesa y una baraja cuyas cartas mostraban, por transparencia, obscenas figuras. Acostumbraba, para ahorrarse calefacción, a copiar sus conferencias en la cama. Un día vertió el tintero sobre la colcha y las sábanas, y cuando se le puso en la cuenta una pequeña indemnización por tales perjuicios, amenazó con desacreditar la hostería en sus escritos y «folletines». Esto, unido

a que poseía toda clase de feas costumbres, hizo que el dueño le arrojase de la casa. Su nombre de guerra es «Cuniberto del Mar», y con él firma sus empalagosos y nada originales trabajos.

—¡Demonio, maese Jorge!—exclamó el anciano—. Lo que veo es que sabéis hablar de estas cosas como si fueseis del oficio.

El camarero enrojeció, vaciló unos momentos y dijo luego:

—Os confesaré que también yo fui escritor hace algunos años.

—¡Cáspita! ¿Y qué escribisteis?

—Ni yo mismo puedo dar cuenta exacta de ello—continuó el mozo—. Era por entonces camarero de un café en el que se reunía y pasaba casi todo el día un numeroso grupo de la especie de nuestros huéspedes de hoy. Llegaban, se sentaban, andaban de una mesa a otra, discutían, hojeaban los periódicos, lamentaban los éxitos y se regocijaban de las calamidades de sus congéneres, y de cuando en cuando corrían a sus casas para embotronar, con la mayor ligereza y soltura, una docena de cuartillas disparatadas, pues careciendo de toda cultura no tenían la menor noción de una posible responsabilidad. Pronto entré en la intimidad de estos señores, y pareciéndome su vida preferible a mi sirviente condición, me convertí también en escritor. Escondí en mi alcoba un paquete de viejos periódicos franceses que había ido recogiendo en los diversos cafés en los que había servido, con la intención de llegar a conocer algo dicho

idioma, como corresponde a todo joven camarero, y de ellos traduje una mezcla de historias y habladurías de todas clases, incluso sobre personalidades de las que no había llegado hasta mí la menor noticia. Mi poco dominio del idioma alemán me hizo conservar con frecuencia los giros y sintaxis franceses, así como innumerables galicismos, redactando también en este galimatías, que yo consideraba extraordinariamente literario, las memeces de mi propio magín. Una vez que hube emborronado de este modo una mano de papel la confié como obra original a mis señores y amigos; y he aquí que la encontraron digna de todo encomio e hicieron que en seguida fuera impresa. Es muy singular lo que sucede con los malos «escribientes». Aunque son las personas más inaguantables y llenas de odios de este mundo, tienen una incoercible tendencia a unirse y formar una masa, quizá para ejercer de este modo un empuje mecánico hacia las capas superiores. Mi librito fué anunciado en el acto como la obra primera, muy digna de tomarse en consideración, de un ingenioso autor joven que unía la elegancia francesa a la profundidad germana, cosa debida sin duda a los años que había residido en París. Realmente yo había pasado seis meses en dicha ciudad al servicio de un hostelero alemán. Como en mi libro se incluían, entre lo simplemente traducido, algunas anécdotas picantes, aunque ya olvidadas, hubo muchos periódicos y revistas que las reprodujeron e hicieron circular, citando la obra de que procedían. George

Desan, variante de mi honrado nombre, que es Jorge Nase, fué el seudónimo por mí adoptado, y por todas partes podía leerse en aquellos meses que George Desan, en su interesante libro, relataba esta o aquella anécdota de tal o cual persona, con lo cual me hinché y llené de vanidad hasta tal punto que seguí a toda velocidad el camino emprendido, como una loca bala de cañón.

—¡Pero, con mil diablos!—interrumpió aquí el anciano—. ¿Sobre qué materias escribíais? ¿Supongo que no seguiríais royendo del paquete de periódicos antiguos?

—No. Por decirlo así, no tenía otro asunto que el escribir mismo. Al mojar en tinta mi pluma escribía sobre esta misma tinta. Apenas me vi promovido a la categoría de escritor, escribí sobre la dignidad, los deberes, derechos y necesidades del estado literario y sobre la solidaridad que debía existir entre sus miembros, como existía entre los de otras profesiones. Traté de la palabra misma de escritor, e ignorando que es un término de rancio y genuino abolengo alemán propuse su abolición y substitución por otros que me parecían más propios e ingeniosos. Combatí asimismo por la unión de todos los literatos, con el fin de asegurar la publicación de las obras de cada uno, y levanté, en fin, con todas estas tonterías tan gran polvareda que durante algún tiempo pasé por una de las cumbres de aquel grupo de desgraciados. Todas y cada una de las cuestiones las reducíamos a nuestra pasión, volviendo siempre a los «intereses»

de la república de las letras. A pesar de ser el hombre más horro de lecturas de la tierra, acabé por no escribir mas que sobre otros escritores, claro es que sin conocer su carácter por propio estudio. y publiqué un sinnúmero de cosas tales como «Una hora en casa de X.», «Una visita a H.», «Un encuentro con P.» o «Una tarde con Q.», todo ello con impertinencia, descaro y puerilidad infinitas. Y no me contenté con esto, sino que emprendí un activo envío de «comunicados» a todos los rincones, difundiendo todas las novedades y habladurías. Cuando no había ningún chisme de última hora vertía—quizá por vigésima vez—el idilio de Sesenheim del bello lenguaje goethiano en mi ordinario galimatías, y lo remitía, como una nueva investigación, a cualquier insignificante revista provinciana. Otras veces sacaba de las obras de conocidos autores aquellos trozos sobre los que se había hablado poco—por lo menos que yo supiera—durante los últimos tiempos y los hacía circular con algunas simples observaciones como nuevas bellezas por mí descubiertas. También solía desglosar una carta o una poesía de libros recién publicados y los remitía como trozos aún inéditos, teniendo siempre la satisfacción de verlos circular por toda la Prensa. Heine fué particularmente el poeta que me proporcionó mayor sustento literario y su lecho de enfermo fué para mí de tanto provecho como la capa de abono para las zanahorias.

—Veo que era usted un perfecto bribón—exclamó el anciano, asombrado.

Y maese Jorge continuó:

—No; no era un bribón, sino solamente un pobre diablo que trasladaba sus costumbres de camarero a una actividad de la que no tenía concepto alguno, ni moral ni inmoral. Además, mi conducta no produjo nunca el menor daño.

—¿Y cómo abandonó usted tan agradable vida?—interrogó el anciano.

—Tan sencilla y rápidamente como había entrado en ella—repuso el ex literato—. A pesar de todo mi esplendor no me sentía a gusto, y sobre todo echaba de menos las buenas comidas y los restos de excelentes vinos de mi anterior profesión. Además, ni siquiera podía vestir con decencia, y tuve que llevar invierno y verano, bajo un delgado abrigo, mi viejo frac de camarero. Inesperadamente recibí de mi pueblo una pequeña suma de dinero, y como ya de antiguo sentía grandes deseos de ir bien vestido, me encargué en seguida un elegante frac y un buen chaleco, y me compré una cadena dorada y una camisa fina con rizadas chorreras. Cuando, así acicalado, me miré al espejo, se me cayó la venda de los ojos y me encontré de repente demasiado bien para un escritor, y en cambio con la traza precisa de un camarero-jefe de un hotel de categoría media. Convencido, busqué entonces nueva colocación en mi antiguo oficio.

—Mas ¿cómo es que habla usted ahora tan justa y sagazmente sobre su anterior actividad literaria?—preguntó aún el huésped.

—Será quizá—respondió Jorge—porque ahora trato de ilustrarme, solamente para mi placer personal, durante las horas de descanso.

Dando por terminado el diálogo, pagó el anciano el gasto hecho y se alejó, no sin invitar al camarero a tomar parte en lo futuro en las conversaciones de los huéspedes y no dejar de comunicarle cuanto supiera de sus divertidos hechos y sucesos. De este modo resultó que en la hostería poseían más ilustración y más escuela los antiguos clientes, y hasta el camarero mismo, que el pequeño congreso de literatos que a aquella misma hora dormía bajo su techo.

Al día siguiente se dispersaron aquellos señores hacia todos los vientos, no sin haber discutido y fijado de nuevo las bases del nuevo movimiento revolucionario que habían decidido emprender en la literatura. Señaláronse ya el papel que cada uno había de desempeñar en tamaña empresa y fué generalmente alabado el hecho de que por serle familiares a Viggi Stoerteler las condiciones de la vida intelectual suiza pudiera encargarse de representar en el nuevo movimiento literario lo que en el antiguo habían representado Bodmer y Savater, recibiendo y alentando a los nuevos Klopstock, Wiegand y Goethe.

Lleno de nuevos proyectos y esperanzas, retornó Viggi a su ciudad natal. Dejóse crecer el pelo, adquiriendo la costumbre de mesárselo con aire preocupado; se caló unas gafas de puro vidrio de ventana y se dejó una puntiaguda barbita, todo

ello para armonizar su exterior con la importancia que su vida intelectual había adquirido de repente, gracias a sus recientes amistades literarias. De acuerdo con la misión que le había sido confiada, comenzó a tratar más frecuentemente a sus conciudadanos, con el fin de buscar partidarios entre ellos. Todo aquel del que averiguaba que había enviado una historieta o algún epigrama al calendario, única actividad literaria ejercida en Seldwyla, 'e parecía un posible auxiliar más para la proyectada renovación literaria. Pero en cuanto la honrada gente se dió cuenta de sus intenciones y comprendió su singular invitación le hizo objeto de sus burlas y de nuevos epigramas, que para su enfado recorrieron regocijadamente todas las tertulias de Seldwyla. Y cuando el pobre Viggí preguntó un día, en una comida, al escribano de la ciudad lo que pensaba de «Kurt del Bosque», siéndole contestado que de qué clase de animal se trataba, abandonó su empresa y volvió a encerrarse en su tranquilo hogar.

Así las cosas, fijó un día su atención en su esposa, y al verla graciosamente sentada junto a la rueca, con su blanca cofia, sus rosados labios, su lindo busto, dulcemente movido por la respiración, y sus preciosos piececitos, tuvo como una revelación y decidió elevarla hasta su altura y hacerla su musa. En el mismo momento, y para no perder ni un solo instante, le ordenó arrinconar la rueca, elegantemente adornada con aros de hueso y campanillitas, y guardar el sedoso copo de liño, entre-

gándole, en cambio, una vieja *Antropología*, con el mandato de que la fuese leyendo mientras él trabajaba en su escritorio. Hecho esto, se marchó a sus asuntos lleno de satisfacción por su ocurrencia. Mas cuando regresó a almorzar, ansioso de entablar el primer diálogo con su musa, halló que ésta se limitaba a menear la cabeza con aire perplejo y sin saber qué decir.

—Para comenzar he debido escoger algo más tierno—pensó.

Y tras el almuerzo entregó a Gritli otro libro—las *Cartas primaverales de una abandonada*—, recomendándole que leyera en él hasta la noche. Después se dirigió a su almacén para dar salida a una partida de drogas, y fué luego al bosque con objeto de asistir a una subasta de corteza de encina. Habiendo hecho en ella un buen negocio, decidió, lleno de contento, dedicar el resto de la tarde a pasear por el campo, no ciertamente en balde, sino también con provecho, aunque esta vez puramente literario. En este plan, guardó en el bolsillo el libro de notas en que llevaba sus apuntes comerciales, sacó otro cerrado por un candadito de acero, lo abrió, y parándose ante el primer árbol con que topó, escribió, después de observarlo con toda atención: «Un haya. El tronco, gris claro, con manchas y fajas horizontales aun más claras. Vestido por dos clases de musgo: una casi negra y la otra de un brillante verde aterciopelado. Además, líquenes amarillentos, rojizos y blancos, que con frecuencia se mezclan unos con otros. Un

tallo de hiedra sube por uno de los lados. El estudio de los juegos de luz sobre este tronco habrá de efectuarse otro día, pues hoy queda todo él en la sombra. Quizá pueda ser aprovechado en una escena de bandidos.»

Escrito esto, echó a andar y se paró a los pocos pasos ante un palo hincado en el suelo y del cual había colgado algún chiquillo una culebra muerta. Abrió de nuevo el cuaderno y anotó: «Detalle interesante: un palitroque clavado en la tierra; cadáver de una culebra gris plata enrollado a él en las convulsiones de la muerte. En el muerto cuerpo entran y salen las hormigas, infundiendo vida en la trágica escena. Las vacilantes sombras de algunos tallos de hierba que sustentan rojizas espigas caen sobre el cuadro. ¿Ha muerto Mercurio dejando hincado aquí su caduceo con los despojos de sus serpientes? Alegoría aplicable para una novela comercial. *N. B.* El palo o estaca es muy viejo y está carcomido por los elementos. Su color es igual al de la culebra. Donde le da el sol muestra unos pelillos plateados. (Esta última observación me parece muy nueva).»

Poco más allá detuvo sus pasos junto a las roderas que un carro había dejado en el camino, y apuntó: «Asunto para una historia aldeana. Roderas semillenas de agua, en la cual nadan pequeños animalitos acuáticos. Camino estrecho y hondo. La tierra, húmeda y oscura. También las huellas de los caminantes aparecen encharcadas con un agua rojiza que debe de contener hierro. En medio

del camino, una gran piedra mostrando algunos desconchones recientes, como producidos por las ruedas de algún vehículo. Aquí podría situarse la descripción del vuelco de un carruaje, atentado criminal contra sus ocupantes y lucha.»

Prosiguiendo su paseo, encontró a una pobre muchacha campesina, y, deteniéndola, le dió algunas monedas, le pidió que permaneciera quieta algunos minutos y se puso a escribir mientras la miraba de pies a cabeza: «Figura ruda; descalza y llenos los pies de polvo hasta el tobillo. Jubón a rayas azules, corpiño negro. Restos del traje nacional. La cabeza, envuelta en un pañuelo rojo a cuadros blancos...» Mas de repente la muchacha echó a correr a toda prisa, como si fuera persiguiéndola el enemigo malo. Víctor, siguiéndola, interesado, con la mirada, escribió afanosamente: «¡Admirable! Figura demoníacopopular. Criatura elemental.» Llegada a segura distancia detuvo la muchacha su carrera, miró hacia atrás, y al verle que seguía escribiendo le volvió la espalda y se dió varias palmadas detrás de las caderas. Luego desapareció en el bosque.

De este modo retornó Viggí a su casa cargado con su botín, como una laboriosa abeja.

—¿Qué?—interpeló en seguida a su mujer—. ¿Has leído ya el libro que te di, musita mía? Por mi parte traigo excelentes observaciones, sobre cuyo aprovechamiento charlaremos luego un rato.

Pero Gritli no supo tampoco ahora qué decir, pues se había pasado toda la tarde cómodamente

sentada en el jardín desgranando guisantes. Le tocó ahora a él quedarse perplejo y pensó: «¡Es singular! Quizá sea mejor comenzar desde luego con la práctica y abandonarse a la perspicacia femenina.» Con esta idea leyó a su mujer, de sobremesa, las notas que había tomado aquel día y emprendió una conversación sobre la utilidad de tales observaciones, aconsejándola que apuntase de igual manera y le comunicase las que pudiese hacer a su vez. Para terminar, le pidió su opinión sobre todo aquello, obteniendo por toda respuesta un «Yo no entiendo nada de esas cosas». Conteniendo su disgusto, repuso Viggi:

—Entonces lo mejor será que te dé a conocer una cosa ya totalmente hecha y terminada, que comprenderás quizá mejor y en la que podrás ver con claridad, a pesar del arte con que está ejecutada, la manera de cómo estos detalles se entretienen en un todo concreto.

Y tomando su último manuscrito comenzó a leerlo, interrumpido con frecuencia por las dificultades que oponían a la lectura las múltiples correcciones y tachaduras y por el resbalar de las inútiles gafas, que deslumbraban sus ojos. Al cabo de una media hora se dió cuenta de que su mujer se había dormido.

Golpeó entonces con su cuchillo los candelabros de metal que iluminaban la mesa, y cuando Gritli despertó sobresaltada, le dijo grave y severamente:

—Esto no puede ser, querida esposa. Estás viendo que me esfuerzo en cultivar tu inteligencia para

elevarte hasta mí, y no logro que pongas nada de tu parte para ayudarme. Sabes que he emprendido la espinosa senda de los poetas, que necesito de la comprensión, del apoyo entusiasta y de la amante simpatía de una criatura femenina, de una esposa que sienta como yo, y me dejas en la estacada y te duermes.

—¡Ay, querido Viggil—replicó la mujer, enrojeciendo por meterse a hablar de tales cuestiones—. Yo creo que un verdadero poeta debe entender su arte sin necesidad de tales inspiradoras.

—Está bien—exclamó el marido—. Búrlate ahora de mí en vez de elevarme y apoyarme. ¡Buena! ¡Seguiré solitario mi camino en el nombre de Dios!

Apenado y lleno de disgusto se metió en la cama, y a su lado se acostó su mujer, muy preocupada de si estaría Viggil comenzando a perder el juicio. Varios días le duró el enfado, y durante ellos siguió solitario su camino sin volver a tocar la cuestión; pero no pudo resistir mucho tiempo a su importuna manía y decidió imponer con viril energía su voluntad, obligando a su esposa a lo que más tarde estaba seguro que le agradecería. Bosquejó con rapidez un plan educativo, reunió unos cuantos libros y ordenó a su mujer con toda firmeza que los leyese y estudiase. Gritli se vió con esto en gran apuro, pues comprendió que iba en ello la paz del hogar, y no quería pedir consejo a nadie para no descubrir a su marido y exponerle a la burla de la gente, que encontraría buena presa en

aquella historia. Doblegóse, por tanto, aunque llena de enfado, a la voluntad conyugal e hizo lo que le pedían, tomando los libros en la mano e intentando leer algo de ellos con la mejor voluntad y mayor atención. Escuchó los discursos y lecturas de su marido, cuidando de no dormirse, y fingió incluso que comenzaba a comprender algunas cosas, con la creencia de que así escaparía antes a su desdicha. Mas en secreto vertía amargas lágrimas, toda avergonzada de sí misma y de aquella estúpida y lamentable situación, y arrojaba los libros a un rincón o los pateaba bajo sus lindos piececitos. También es que su marido parecía inspirado por el demonio en la elección de las obras, y no se le ocurría darle mas que aburridas y frías simplezas llenas de afectación y de empalago.

Viggi pareció quedar al principio satisfecho de la docilidad de su mujer; pero cuando al cabo de unas semanas se dió cuenta de que no emanaba aún de ella ninguna corriente espiritual que le impulsara en su camino, dijo a Gritli una mañana:

—Por este medio no adelantamos nada. Hay que llamar en ayuda a la vida misma y a las bellas pasiones. Hoy mismo tengo que emprender un largo viaje para preparar el negocio del próximo otoño. Pues bien: durante el tiempo que me halle ausente mantendremos un activo comercio epistolar que merezca la pena de leerse. Deberás ahora, mujercita mía, dar apropiada expresión a tus ideas y sentimientos. Desde la primera ciudad a que llegue te escribiré ya una carta por la que podrás

guiarte para contestarme. Sobre todo no me escribas que has preparado ya las coles para la *choucroute*, que me has encargado camiones de dormir, que me darás un tirón de orejas cuando vuelva a casa o que has dormido con mi gorro puesto y, olvidándote de que lo llevabas, has salido a desayunar sin quitártelo. ¡Nada de esas trivialidades que acostumbras a escribirme! Deja surgir tu elevada feminidad y que resucenen plena y puramente aquellas armonías que seguramente duermen en ti, pues en un cuerpo bello se encierra un bello espíritu. Observa bien el tono de mis cartas y dirígete por ellas. No te digo más.

Cuando luego, ya dispuesto a la marcha, volvió a entrar en el cuarto, le sorprendió su mujer entregándole un precioso cesto de vivos colores que contenía una gallina asada, algunos panecillos, dos botellitas de cristal, con un excelente vino añejo una y otra con licor, un vasito de plata, un cubierto y dos pequeñas servilletas, todo ello dispuesto lo más cómoda y apetitosamente posible por Gritli, que le había oído quejarse varias veces del hambre y la sed que se sufren en los interminables trayectos del ferrocarril. Absorto en sus pensamientos, la tomó Viggli con aire distraído, y al despedirse dijo aún, con fría severidad:

—Aparta tus pensamientos de estas cosas materiales y medita en lo que te he dicho. Piensa que de esta última prueba dependen la paz y la felicidad de nuestro porvenir.

Con estas palabras se alejó, y antes de que trans-

currieran dos horas había ya abierto su cestita, tanto para hacer un delicado almuerzo como para excitar la envidia de sus compañeros de viaje. La gallina estaba admirablemente trinchada y dispuesta luego con gran arte, de tal manera que nadie parecía haberla tocado, y los panecillos eran tiernos, blancos y bien amasados y cocidos. La única duda que asaltó a Viggí en su refacción fué la de si debía beber del añejo jerez o del fino aguardiente de cerezas, duda que resolvió bebiendo de ambos. Terminada la succulenta comida, que le llenó de bienestar y alegría, encendió un cigarro que sacó de una preciosa petaca que le había bordado su mujer.

Quedaba entre tanto Gritli en su hogar con el ánimo entristecido al ver que su loco dueño y señor había hallado medio de seguir atormentándola desde lejos, y en lugar de desvanecer con su partida la agobiante pesadilla, hacerle esperar ansiosamente la aparición del cartero como la de un nuevo y temido fantasma. Las palabras de Viggí al despedirse demostraban que las cosas iban tomando una gravedad cada día mayor, y la pobre mujer miraba con recelosa expectación al porvenir y lo que pudiera traer consigo, proponiéndose contestar lo mejor posible, y poniendo en ello toda su buena voluntad, las cartas de su esposo. Antes del tercer día llegó a sus manos la epístola siguiente:

«Amiga la más querida de mi alma: Cuando dos estrellas llegan a besarse se hunden dos mundos. Cuatro labios entre cuyo beso cae una gota de

veneno quedan yertos para siempre. Mas esta muerte y aquel hundimiento son instantes de ventura que valen eternidades. Mucho lo he meditado y vuelto a meditar, sin hallar término a mi meditación. ¿Por qué la ausencia? Sólo una cosa se opone a esta tremenda pregunta, una sola palabra que arrojaré en el platillo opuesto de la balanza. La llama de mi amor es más fuerte que la ausencia, y si ésta fuera la misma negación de todas las cosas, mientras este corazón latiese, no perdería el universo su afirmación total. ¡Amada! Lejos de ti me envuelven las tinieblas, me hallo cordialmente fatigado. Solitario, busco mi lecho...; que duermas bien...»

Con esta carta, pero en pliego aparte, venía otra que decía así: «P. S. Con toda intención he escrito poco en esta primera carta, para que el comienzo no te sea muy difícil. Verás que en sus líneas se trata de una sola cosa: del concepto de la separación. Manifiesta sobre ello tus sentimientos y añade nuevos motivos de inspiración que seguramente tu corazón y tu buen deseo te ayudarán a encontrar. Por vez primera desde mi partida duermo hoy en una cama. ¡Con tal de que no tenga chinches! El hijo de Mueller, el que vive en la calle del Burgo, me ha sacado cuarenta irancos, que me pidió prestados delante de otros viajeros y *en passant*, de manera que con la prisa no pude negárselos. Pero como sé que sus padres tienen una partida de semillas, debes decir a nuestro dependiente que vaya en seguida a comprársela y la

siente en cuenta. Esto lo harás inmediatamente, antes de que se enteren de que su hijo me debe dinero, porque si no nos quedaremos sin dinero y sin semillas. *N. B.* De las cuestiones comerciales o domésticas trataremos siempre así en pliego aparte, con el fin de separarlas después de nuestras cartas. Espero pronta respuesta. Tu esposo y amigo.—*Víctor.*»

Con esta carta en la mano permaneció Gritli largo rato, leyéndola una y otra vez, sin saber qué contestar. Si conseguía reunir algunas ideas caseras sobre la crueldad o el provecho de la separación, le faltaban, en cambio, aquellos nuevos pensamientos que había de incluir en su respuesta para dar origen a nuevos desarrollos epistolares, y cuando se le ocurría algo nuevo quedaba de todos modos muy atrás de aquellas estrellas que se besaban y de la afirmación del Universo, ante lo cual palidecían también sus irases sobre la separación, que no pasaban de ser consideraciones sobre la necesidad y utilidad de un viaje de negocios, dado que no le era conocida otra razón que justificase la ausencia.

Sin dejar la carta de la mano bajó al jardín, y paseó por él presa de una creciente angustia. Al ver pasar al dependiente de su marido estuvo inclinada a confiárselo todo y pedirle ayuda para su apuro; mas la detuvo en seguida la idea de que con ello destruiría el respeto que el inferior debía a su principal. En esto se fijaron sus ojos en el jardincillo vecino, separado tan sólo del suyo por

un verde vallado, y su astucia femenil halló de repente un maravilloso recurso, que puso en práctica sin más tardar ni reflexionar sobre él, como iluminada por una luz superior.

En la casita vecina vivía un pobre maestro de escuela, llamado Guillermo, modesto joven de apasionados ojos negros, al que la pública opinión tenía por algo simple y de limitada inteligencia. Sentía el maestrillo una gran admiración por las mujeres, mas era silencioso y tímido, y no podía, además, dada su mísera situación, pensar en casarse ni en hacer corte alguna al bello sexo. Contentábase, pues, con admirar la belleza desde lejos, y como para su objeto era indiferente que la admirada fuese soltera o casada, cambiaba a voluntad de dama, eligiendo ora esta, ora aquella, como fin de sus amorosos pensamientos. De esta guisa vivía como un bajá, y todas las bellas que en Seldwyla bebían su taza de café, hacían media o permanecían tranquilamente mano sobre mano le pertenecían. Queriendo fundamentar o disculpar científicamente esta su ligereza se había apartado el buen Guillermo del cristianismo, a pesar de que todos los domingos tenía que oír, al frente de sus discípulos, la explicación de la doctrina y dirigirlos en los oficios divinos, y había caído en una filosofía totalmente pagana. En su imaginación recibían nueva vida todos los dioses y diosas de las diversas Mitologías que había leído y con ellos poblaba, para su solaz, los paisajes seldwylenses, siendo, según el aspecto que el cielo tomase sobre

los campos, germano, griego o indio, y cambiando también así su concepto sobre las mujeres, adaptándolo sucesivamente al que de ellas se tenía en estos pueblos. Sólo cuando el tiempo tomaba un plumizo cariz, cuando su sustento era insuficiente y cuando por ningún lado era posible hallar una amigable mirada femenina dispersaba Guillermo a sus dioses y afirmaba que para una tal vida no era menester ninguno.

Este joven maestro fué a quien Gritli escogió por su salvador en cuanto le pasó la idea por las mientes. Hacía ya tiempo que sabía que Guillermo la miraba con gusto y conocía también su silencio y su timidez por haberle visto enrojecer y bajar los ojos cada vez que la encontraba en la calle. Con todo esto le pareció el hombre más a propósito para guardar con toda fidelidad un secreto. Volvió, pues, a su casa y copió la carta de su marido, cambiando y añadiendo algunas palabras para dejarla como dirigida por una mujer a un hombre. Después dobló el pliego y lo selló, sin escribir en él dirección ninguna.

Al atardecer bajó de nuevo al jardín en ocasión en que Guillermo se hallaba en el suyo regando algunas florecillas que crecían junto a la cerca. Se acercó a él cuanto pudo y le llamó por su nombre en voz baja. Disimuladamente y toda temblorosa le enseñó la carta, y cuando él levantó sus ojos hacia ella le preguntó, al mismo tiempo que lanzaba sobre él una mirada llena de luz, si sabría guardar un secreto. Esta vez se olvidó él de bajar

los ojos, sonrió a Gritli casi inconscientemente, como un niño de seis meses al que enseñan un ob-
leto brillante, y dejando caer la regadera se llevó
ja mano a la cabeza en lugar de colocarla sobre
sus labios, como hacen también los niños que no
saben aún calcular el espacio. Pero no contestó
hasta que, preguntado de nuevo, asintió grave-
mente con la cabeza.

—Tomad, pues, esta carta—dijo Gritli— cuan-
do nadie pueda veros y colocad en el mismo sitio
una linda respuesta. Se trata de una broma y nin-
gún mal ha de sucederos por ello.

Y escondiendo la epístola entre la verdura de
la cerca, corrió hacia su casa como mordida por
una serpiente, refugiándose en su habitación.

Guillermo la siguió con los ojos como quien ve
visiones; sacó después con todo cuidado la carta
de entre los espinos, y dando un rodeo todo lo lar-
go que se lo permitía el exiguo jardín se coló en
su habitación que daba al mismo. Allí leyó la mi-
siva todo presuroso, la volvió a leer y exclamó.
mientras sentía latir su corazón con fuertes golpes:
«¡Jesús mío! ¡Es una carta de amor!» Y comenzó a
besar el papel apasionadamente. Una duda que le
asaltó por un instante se desvaneció en seguida
al recuerdo de la mirada que Gritli le había diri-
gido, y quedó seguro de ser amado. Lleno de ale-
gría miró en derredor suyo. Frondosas enredade-
ras, con azules y rojas flores, tapaban casi por
entero la baja ventana; pero un rayo del sol po-
niente entraba a través de las ramas, poniendo

doradas luces en la pared por encima del pobre lecho, los tres o cuatro tratados sobre las religiones y el recado de escribir, que constituían todo su ajuar. El primer pensamiento que relampagueó en su agradecido espíritu fué el de Dios, y precisamente del único Dios del cristianismo. «¡No ha de haber Dios!—exclamó, recorriendo el cuarto de un lado para otro sin soltar la carta de la mano, como el que acaba de recibir un importantísimo despacho—. ¡Ya lo creo que lo hay! ¡Naturalmente!» Y se sentía dichoso de poder hacer de este modo las paces con el Creador, que había dado vida a las bellas mujeres. Mas de nuevo volvió a quedar perplejo: «¿Pero qué diablos hago yo con ella? Es casada. ¡Bah! Eso es cosa suya. Lo que ella me mande, eso haré. Si quiere, no le hablaré jamás una sola palabra; si lo desea, me sepultaré con ella bajo tierra, y si lo manda, me sepultaré yo solo.» Sentóse sobre el lecho y se entregó a encantados sueños. En la obscuridad del anocheecer releyó otra vez la carta, que ahora le pareció algo singular y tontamente escrita. «¡Qué importa!—dijo sonriendo—. También a un corazón regalado se aplica el proverbio de que a caballo regalado no hay que mirarle el diente. Escribiré la respuesta a su modo, ya que así le place y lo desea.»

Encendió, pues, un cabo de vela, y sacando papel escribió una respuesta a la carta de Viggital y como éste la deseaba, aunque no sin ingenio y plena del ardor que abrasaba su corazón en aque-

llos instantes. Dobló luego el pliego y lo ocultó en la cerca del jardín, dirigiéndose después a cenar y quedándose asombrado al ver que él, que siempre había podido hacer compatibles sus soñados amores con el mejor apetito, no lograba aquella noche pasar de la tercera cucharada de sopa: tan satisfecho se hallaba, en todos sentidos, por los acontecimientos de aquella tarde. Visto esto, se fué inmediatamente a la cama, ansioso de soñar con su amada, sin lo cual le parecían perdidas y mal aprovechadas las largas horas de reposo. Apenas se vió acostado comenzó—por primera vez en mucho tiempo—a rezar casi maquinalmente y sin proponérselo, dando íntimas y encarecidas gracias a Dios por el don que de una amada le había hecho tan inesperadamente; pero a la mitad de su plegaria se detuvo lleno de confusión, pensando que la cosa no se avenía muy bien con el rezo y lamentando haber vuelto con tal imprudencia y en tan mala ocasión al Dios cristiano de su niñez, que no se dejaba manejar tan fácilmente como los dioses mitológicos de menor cuantía. Y, sin embargo, era algo muy bello lo que vivificaba en este momento el espíritu del maestro, pues ni en los peores días de su vida había nunca rezado en demanda de un pedazo de pan. De todos modos, y aunque ahora ya como a escondidas, siguió pensando en la bella mujer que tan de sorpresa había entrado en su existencia, hasta que rompió el alba y cayó en un profundo sueño. Soñó entonces que se hallaba sentado moliendo una libra de aromático

café tostado y que el molinillo producía una dulce música celeste que arrobaba su espíritu. Pero la amada no apareció en su sueño.

Gritli había entre tanto buscado y hallado su carta, que copió en la misma noche, con las modificaciones necesarias. Dos cosas le sucedieron al hacerlo: en primer lugar, latió su corazón ansiosa y fuertemente al darse cuenta de la llama que ardía en las palabras de Guillermo, y en segundo, no se le ocurrió ni por soñación incluir en la carta, o siquiera en el pliego aparte dedicado a los asuntos comerciales, ninguna de aquellas alegres bromas sobre los tirones de orejas que daría a su marido cuando volviese o sobre su capricho de dormir con el gorro del ausente, demostrándose así la perfecta inutilidad en esta ocasión de la severa prohibición expresada por el esposo a su partida. Mas de ninguna de estas dos cosas se dió cuenta Gritli, ocupada tan sólo por el pensamiento de dar gusto a su marido. La posdata familiar era como sigue: «Nuestro dependiente ha ido hoy mismo a casa de los Mueller y ha comprado las semillas; pero apenas dos minutos después mandaron a buscar, a cambio de su precio, cien piedras azules de afilar. Creo, por tanto, que han recibido noticia de que su hijo te debe cuarenta francos, pues, además, cuando fueron a buscar las semillas se excusaron diciendo que la mujer, sin conocimiento del marido, las había ya vendido el día antes a un labrador. Así es que se han quedado con los cuarenta francos y además con las piedras de afilar.

Quiera Dios que no te disguste del todo mi carta; me ha costado algún esfuerzo, aunque no demasiado grande, y voy viendo que nuestro epistolario podrá irse formando.»

Con el primer correo remitió la carta, y a los dos días recibió otra, de cuatro carillas, con la siguiente hoja aparte:

«Ahí tienes mi segunda carta, querida esposa. Estoy en verdad orgulloso de haber acertado por fin con el mejor medio de conseguir mis propósitos, pues, sin adulación, tu respuesta es excelente. Ahora no hay que abandonarse. Ya ves que yo prosigo con todo empeño nuestra correspondencia y que he llenado cuatro carillas con vigorosas ideas y bellas imágenes. Por tanto, no te digo más sino que procures seguir mi ejemplo. Cuando vaya a ésa enviaré a los Mueller a todos los demonios. Lo que han hecho me ha irritado, amargándome un día encantador, en el que había hecho las más interesantes amistades. Olvidé firmar mi primera carta; hazlo tú escribiendo debajo, con todo cuidado, Kurt del B... O mejor será que no lo hagas, porque, de todos modos, cuando regrese habré de revisar la colección entera.»

Durante los dos días que precedieron a esta carta había reflexionado seriamente Gritli y decidido interrumpir su relación con Guillermo. Quería decirle, cuando aun fuera tiempo, que no se había tratado mas que de una broma, para la que ya encontraría alguna plausible explicación. La copia de las dos cartas le había infundido valor

y alguna esperanza de poder salir sola del apuro. Mas cuando leyó las nuevas lucubraciones de Viggí se llenó de confusión, y al pensar que cada día había de hacerse la cuestión más disparatada e inextricable depuso toda esperanza y se apresuró, llena nuevamente de espanto, a copiar las cuatro carillas y esconder la copia en el sitio acostumbrado.

Guillermo, que había pasado dos malos días no viendo a su dama ni oyendo nada de ella, se precipitó como un gavilán sobre su presa y fabricó, en menos de una hora, una respuesta que dejaba muy atrás en aliento y ternura a la obra maestra de Viggí. Al copiarla Gritli se sintió hondamente conmovida y llegó hasta verter algunas lágrimas sobre el papel, pues nadie hasta entonces le había dicho tales cosas. Casi le parecía que si se tratase de escribir a un hombre como Guillermo le sería fácil hacerlo. ¿Pero a Viggí...? Renunció, pues, a la idea de encargarse por sí sola de la correspondencia y dejó que los acontecimientos siguieran su curso, confiada en su astucia, que, si necesario fuese, le proporcionaría de nuevo algún recurso. A esta carta añadió el relato siguiente:

«De aquí nada nuevo tengo que contarte, si no es una divertida historia que no me he atrevido a incluir en mi carta. El pobre Schorenhans, que vive junto a la puerta de la ciudad y que, como sabes, tiene más cantidad de buen humor que de comida, debía llevar el domingo pasado a la capital el elevado rento que tiene que pagar a sus amos.

Como no le restaba casi ningún dinero con el que poder almorzar en su viaje, dijo a su mujer: «Saldré de aquí muy temprano, a las cuatro y media, y andaré de prisa para hacer el camino en siete horas y llegar a la del almuerzo. De este modo quizá me dé el amo un plato de sopa y un vaso de vino.» Hízolo así y corrió con su dinero camino adelante como un endemoniado. Al llegar las diez de la mañana sintió ya tal apetito que creyó no poder dar fin a su viaje y preguntó a unos labradores que halló al paso cuánto le faltaba aún por andar. «Yendo de prisa—le contestaron—, tenéis todavía para una hora.» «¿Y cuándo almuerzan en la ciudad?», siguió interrogando con temor. «Los domingos, como hoy, a las once», fué la respuesta. Corrió el infeliz con toda su alma, pensando en cómo lograría hacer luego el camino de retorno sin haber probado bocado ni llevar un céntimo en el bolsillo. Por fin alcanzó la meta dando las once, y se coló sin aliento, y haciendo sonar el dinero que llevaba en un saquito, hasta la habitación a la que se dirigió la criada para anunciarle. La familia se hallaba ya sentada a la mesa y terminando de comer la sopa. Algo molesto por la intromisión, dijo el amo: «Está bien, buen hombre. Siéntese allí junto a la estufa y espere un momento.» Dejóse caer en una silla el agotado campesino, y presenció, lleno de melancolía, cómo los señores comían y bebían, oyendo reír y charlar a los niños y aspirando con delicia el apetitoso vaho del asado que fué servido tras la sopa. Nadie le hizo caso hasta

que, volviéndose por azar el señor hacia él, le preguntó: «¿Y qué hay de bueno por esos lugares, amigo mío?» «¡Nada de particular!—respondió el campesino con repentina ocurrencia—. Lo más extraordinario es que esta semana ha tenido una marrana trece hijos.» La señora de la casa se llevó, con aire compasivo, las manos a la cabeza y exclamó: «Dios mío! ¡Cómo es eso posible! Una cerda no puede dar de mamar a un tiempo mas que a doce crías. ¿De dónde mama la que queda?» Schorenhans se encogió de hombros, sonriendo, y repuso: «A la que queda le sucede lo que a mí: tiene que mirar.» Se echó a reír el amo y ordenó: «Mujer, que le traigan un plato al labrador y que le den de todo lo que hemos comido nosotros.» Así sucedió, y el mismo amo le echó un buen vino añejo en su vaso y le dió una buena propina al despedirle. Te cuento esto, querido esposo, porque cuando lo oí se me ocurrió una buena idea. Desearía que escribieras, adornándola un poquito, esta graciosa historia, y que ya que tienes tantas amistades la publicases en algún lado, pidiendo una pequeña retribución, algo así como diez francos, que daríamos al agudo campesino, el cual mostraría seguramente una cómica alegría ante este inesperado provecho de su ocurrencia.»

A esta carta respondió Viggi con otra aún más extensa, acompañada de la siguiente nota:

«Nuestro asunto marcha bien, querida Gritli. Podemos avanzar osadamente y comenzar a escribirnos a diario, ¿lo oyes bien?, a diario, y quizá

dentro de algún tiempo dos veces al día, para aprovechar con fruto mi ausencia y reunir un considerable epistolario. Pienso ya en el nombre ideal que he de darte, pues tu prosaico nombre no sirve para estas cosas. ¿Qué te parecen Isidora o Albina? Con tu historia no has conseguido mas que hacerme pagar dobles gastos de correo, dado que, en primer lugar, no aprovecha el tonto chiste para nada literario, y en segundo, que, aunque aprovechara, no querrías tú que yo ocupase mi musa con tales despreciables naderías. Si se tratara de una empresa benéfica pública sería otra cosa: por mi parte, ya me he visto varias veces encargado de tan honrosas misiones. Pero, de todos modos, si quieres dar a esa gente un par de francos de tu bolsillo particular no encuentro nada que oponer a ello, pues no quiero estorbar tus caritativos sentimientos. Desearía que te decidieses por llamarte Albina en nuestro epistolario.»

A partir de esta carta continuó día por día la singular correspondencia, y al cabo de algún tiempo llegaron, como había anunciado Viggi, a escribirse dos veces cada veinticuatro horas. Tuvo Gritli, de este modo, que copiarse a diario cuatro largas cartas, con lo cual siempre tenía llenos de tinta sus rosados dedos. Con hondos suspiros llevaba a cabo la pobre mujer tan desacostumbrada tarea, y lloraba unas veces y reía otras sobre las ocurrencias y confesiones de los autores de las cartas que ella copiaba, firmando «Albina» las dirigidas a Viggi y «Gritli» las que iban a Guillermo,

cosa que no pudo por menos de hacerla pensar que este último se contentaba con su verdadero nombre, fuese o no prosaico. Desde algún tiempo venía notando que Guillermo no se hallaba muy bien provisto de papel, pues usaba cada día uno de color y forma diferentes. Cuando la correspondencia se duplicó, compró una caja de un bonito papel de cartas y la colocó donde costumbre con la indicación que sigue: «Desde hoy hay que escribir dos veces al día. No preguntéis por qué; no tratéis de acercaros a mí ni me sigáis con la mirada. El misterio se aclarará.»

Contaba Gritli firmemente con la bondad, la ingenuidad y el silencioso rendimiento del maestro, que le harían, aun cuando algún día viera su engaño, conservar el secreto, sintiéndose dichoso de poseerlo por ser de ella. De esta manera siguió la loca historia, y en tres lugares fué amontonándose una colección de apasionadas cartas amorosas: Viggí conservaba con todo cuidado las que suponía de su mujer, ésta reunía los originales de ambos lados, y Guillermo guardaba las copias con la fina letra de Gritli en una gruesa cartera, sobre su pecho, y no se cuidaba ya de sus propias creaciones.

En una de las cartas, pero en pliego aparte, observaba Viggí:

«He visto con agrado que entre tus líneas aparecen huellas de lágrimas (¿o será que estabas constipada y estornudaste?). Sea lo que sea, pienso ahora si no sería posible, al publicar la obra, indicar estas huellas con un tono más tierno de la im-

presión o por otro medio cualquiera. Se me ocurre también que podría asimismo sacarse facsímiles de todas las cartas y publicarlas en esta forma. Sobre todo esto ya meditaré más adelante.»

En cambio, Guillermo escribía en otra carta: «Corazón mío querido: Es tan triste estar tan implacablemente separados y decir siempre con la negra tinta cosas que quisiera uno expresar dejando correr su propia roja sangre, que hoy he tenido que coger por dos veces un pliego nuevo porque mis lágrimas habían caído sobre lo que escribía, y ahora acabo de salvar un tercero interponiendo la mano entre los ojos y el papel. Si algo me quieres, no me desprecies por esta debilidad.»

De sus copias excluía Gritli con todo cuidado aquellos pasajes que a su juicio se referían a ella más personalmente; pero en cambio confundió alguna vez en las cartas a Guillermo los altisonantes apelativos «amigo de mi alma» o análogos con otros más íntimos, tales como «hombrecito mío» o «querido niño», equivocaciones que le produjeron nuevos remordimientos y preocupaciones. En cambio, en las cartas a su marido dejó siempre las huecas y retumbantes frases iniciales. Llegó, en fin, a desear con ansia la vuelta de su legítimo dueño para dar fin a los peligros de aquella enmarañada trama. Mas un día escribió Viggi que había dado fin a todos sus asuntos, pero que prolongaría aún su ausencia quince días para completar y llevar a feliz término la empresa literaria que con tanto éxito habían comenzado y en la que tanto

interés tenía. Durante este tiempo pensaba él dedicarse por entero al epistolario y le rogaba no cesase en su entusiasmo para continuar y terminar con toda felicidad aquello que había de asegurarla un puesto entre las mujeres famosas.

De este modo siguieron las plumas volando ansiosamente sobre el papel. Gritli se quedó pálida y enfermó, pues tenía que escribir más que un atareadísimo escribano, y el maestrillo adelgazó a ojos vistas y acabó por no saber dónde tenía la cabeza, dado que, por su parte, ponía toda su alma en sus cartas y no lograba nunca averiguar el misterio de aquel continuo tejemaneje. Su amada no osaba permanecer en el jardín mas que el tiempo preciso para dejar las cartas, temerosa de hallarse en su presencia, y él, por su parte, no se atrevía a levantar los ojos cuando se la encontraba por las calles, como si tuviera algún crimen de que avergonzarse.

Entre tanto, Viggli, no por escribir y más escribir dejaba de darse buena vida y se conducía cual un experimentado viajero, pues, como lo hace mucha gente, consideraba el tiempo que pasaba en sus viajes de negocios como una época de excepción en la que poder resarcirse de la ordenada vida del hogar. Cada noche llevaba al teatro o a los bailes públicos a una bella diferente y con todas tenía la manía de hacer que le contaran la historia de su vida, creyéndose todas las mentiras con que le obsequiaban. A última hora se ponía sentimental, lo encontraba todo muy importante y significativo

y comenzaba a tomar notas mientras se bebían el champaña que él pagaba y se burlaban de él a sus espaldas. Llegó por fin el día de su regreso y salió para Seldwyla, no sin antes concluir un buen negocio en objetos de paja.

En la estación anterior a su ciudad natal descendió con intención de recorrer a pie el resto del camino, pues hacía un hermoso día de otoño y quería estudiar y anotar en su librito las impresiones del «retorno del viajero a su patria», al mismo tiempo que ver si la dorada luz del atardecer le inspiraba un gran título para el epistolario. Tocado con un singularísimo sombrero, mitad de paja y mitad de seda, cuya cinta caía a su espalda, echó a andar todo satisfecho de sí mismo, de su mujer y del claro cielo. «En el fondo—pensaba—no necesito hallar un título muy artístico. Lo más sencillo será lo mejor. Quizá uniendo nuestros dos nombres resulte una sonora palabra. ¿A ver? Kurtalbino. Cartas de dos contemporáneos. ¡Magnífico!» Y lleno de orgullosa alegría comenzó de pronto a cantar, con la música del *lied* de Rinaldino:

«Kurtalbino, llamó ella;—Kurtalbino, arriba ya;—preparada está tu gente—y amaneció tiempo ha!»

Con estos locos cánticos despertó de sus ensueños a un esbelto joven que se hallaba echado bajo un pino, con la cabeza apoyada en la mano y mirando, absorto en sus pensamientos, el valle que ante él se extendía. Era Guillermo, que a los primeros acentos del canto del señor Stoerteler se



levantó y huyó a toda prisa. Ocupó Viggi su puesto, y al echarse vió una abarrotada cartera que el otro había dejado olvidada. «¿Qué tendrá que hacer aquí ese muerto de hambre, en lugar de estar corrigiendo los deberes de sus discípulos?—se dijo Viggi—. ¿Y qué diablos de archivo es el que se ha dejado olvidado?» Sin más ni más abrió la cartera, y se encontró con la numerosa colección de las cartas de Gritli, que, aunque escritas en un fino papel, formaban un voluminoso paquete. Inmediatamente abrió la primera carta, mientras pensaba: «¡Quién sabe qué interesante misterio y qué excelente estudio puede encerrarse aquí!»

La carta comenzaba: «Cuando dos estrellas llegan a besarse», etc. Sorprendido, miró atentamente la letra y vió que era la de su mujer. Abrió la segunda carta y luego la tercera: eran las suyas. Luego buscó entre las últimas, y halló la que aun no hacía dos días había escrito. Todas estaban cuidadosamente copiadas y dirigidas al maestro. Pegó un salto y exclamó: «¡Con cien mil demonios! ¿Qué es esto? ¿Estaré loco?»

Durante algunos minutos permaneció como petrificado; metió después la cartera, con los revueltos papeles, en el saco de viaje, que llevaba colgado en bandolera; requirió su bastón, se caló de un manotazo el sombrero hasta los ojos, con tal furia que lo hizo crujir y doblarse, y emprendió la marcha hacia su casa con paso apresurado. En el camino topó con el maestro, que corría, todo temeroso, en sentido contrario, a buscar sus car-

tas. Viggi hizo como que no le veía y siguió su ruta.

Al atravesar la ciudad dejó maravillados a los seldwylenses de su rígida marcha, en la que no saludó a nadie. «Ya ha vuelto Viggi Stoerteler—corrió por todas partes—. Y vuelve hecho un hombre de importancia. Fijaos, fijaos qué aire lleva.» Pero él siguió sin mirar a nadie hasta llegar a su casa y penetrar en ella. Al hacerlo, vió abierta la puerta de la cueva; penetró en ella y vió a su mujer, con una luz en la mano, eligiendo unas manzanas. Inesperadamente se presentó ante ella, sobrecojiéndola de manera que palideció un poco. Notólo él y se quedó mirándola un rato. Ella le miró también y ambos permanecieron sin decir palabra. De repente le arrancó la luz de la mano, le quitó el manojito de llaves que llevaba colgado a la cintura y salió, cerrando la puerta con llave y metiéndose ésta en el bolsillo. Luego subió a su gabinete, en el que se hallaba un escritorio que él le había regalado un día de su santo, frágil mueblecito de adorno, poco apropiado para albergar peligrosos secretos. Así, no necesitó de las llaves, sino que fué abriendo los cajones con sólo tirar de ellos. En uno halló sus propias cartas, y en otro, para su asombro, los originales de las de su mujer, escritos por una mano desconocida y firmados por el maestro. Los miró y remiró uno tras otro, abriéndolos y cerrándolos varias veces, y acabó por arrojarlos en montón sobre una mesa redonda que había en el gabinete. Luego sacó las cartas que traía en

su saco de viaje, las recorrió de nuevo y las tiró también sobre la mesa, donde formaron un considerable montón.

Con mirada extraviada comenzó a dar vueltas a la mesa, golpeando con su bastón las cartas, que salían volando en todas direcciones. Por último, respiró con ansia y exclamó: «¡Kurtalbino, Kurtalbino; vé con Dios, mi hermoso sueño!»

Dió aún una vuelta a la mesa, y deteniéndose, extendió el brazo con bastón y todo y continuó: «Una desvergonzada de lindo rostro y hueca cabeza, demasiado tonta para expresar su impudor en palabras, tan ignorante que es incapaz de excitar a su amante con una cartita de amor y, sin embargo, lo bastante astuta para llevar a cabo el más infame engaño que ha tenido lugar bajo el sol. Coge las fieles y honradas efusiones de las cartas del marido, cambia el sexo, transforma los nombres y las dirige, pavoneándose con ajenas plumas, al cómplice de su pecado, y así arranca a éste análogas efusiones ardientes de una ilegítima llama, con las que goza a su sabor. Su pobreza vive, como el vampiro, de la riqueza ajena. ¡Pero aun no le basta con esto! Vuelve a retorcerle el cuello al sexo, cambia de nuevo los nombres y engaña con astuta alma al inocente marido con las nuevas cartas de amor robadas, adornándose otra vez la vacía y, sin embargo, tan ladina cabeza con plumas que no le pertenecen. De este modo dos hombres que no se conocen, el legítimo esposo y el seducido amante, quedan chasqueados, luchando

sin saberlo uno contra otro, con las frases escritas con sangre de sus corazones. Uno y otro creen dirigirse a una dulce mujer, mientras que entre ellos, invisible, sigue su juego la impúdica diablesa. ¡Oh! Me lo explico todo; pero no llego a comprender una tal monstruosidad. El que pudiera ver esta historia desde fuera, sin estar complicado en ella, creo que podría decir que había hallado un excelente asunto para...»

Se detuvo al llegar aquí, asaltado por la naciente sospecha, que pronto se convirtió en certidumbre, de haber llegado él mismo a ser protagonista de una tal historia, cosa que no le agradaba ni poco ni mucho, pues quería vivir tranquilamente y sin luchas ni perturbaciones. «¿Dónde están mi alegría y tranquilidad—se dijo—, sólo ocupadas por los ligeros cuidados de mis negocios que dominaba jugando? Esa mujer ha destrozado mi vida. Yo creía que era una gansita. Y lo es realmente, pero una gansa con garras de buitre.»

Se echó a reír y exclamó:

«¡Una gansa con garras de buitre! Qué bonita frase. ¿Por qué no se me ocurren estas cosas cuando me pongo a escribir? Acabaré por volverme loco. Hay que dar fin a todo esto.»

Salió del cuarto, cerrándolo con llave, y se echó a la calle. En la escalera topó con la criada, que, asombrada y sin saber qué hacer, buscaba a su ama.

Lleno de pena y de cólera por las heridas recibidas en su vanidad y su amor propio, anduvo por las oscuras calles. Lo principal, el perdido amor

de su mujer, no parecía preocuparle mucho; por lo menos no le impidió comer un gran pedazo de trucha asalmonada en la cervecería cercana al Ayuntamiento, en la que halló reunidos, como todos los sábados, a los personajes más importantes de Seldwyla. Lleno de confusión, contestó con secos monosílabos a los reunidos o se mezcló en su conversación con cosas ajenas a ella, logrando de este modo atraerse las pullas de aquellos señores, a quienes su inesperada aparición en la íntima tertulia embarazaba y disgustaba. No se había despojado aún de su singular sombrerete de última moda, que no fué del agrado de los presentes, pues aunque éstos adoptaban siempre las novedades que surgían en el adorno personal, no podían sufrir a los que las lanzaban antes que nadie y además se guardaban siempre muy bien de lo que les parecía demasiado original y extravagante. Un individuo que acababa de llegar de París había traído la broma de llamar tapacuernos, *boîte à cornes*, a los altos sombreros redondos masculinos, denominación que fué acogida con júbilo en Seldwyla, substituyendo, para esta clase de sombreros, a los antiguos motes de cobertera, tubo de chimenea, *noli me tangere*, chistera y otros análogos. De este modo, en cuanto vieron el sombrero de Viggí le aplicaron el calificativo de tapacuernos, añadiendo que los de su propietario debían hallarse aún en tierno brote, pues de no ser así los hubiera cubierto con algo más resistente y menos fino que aquella mezcla de paja y seda.

Con esto supuso el infeliz que su desgracia era ya del dominio público y que los burlones apuntaban con sus chanzas a lo que en aquel momento le traía tan a mal traer, y para hacerlos charlar más y lograr alguna revelación los excitó con nuevas pullas y mantuvo durante varias horas una penosa escaramuza él solo contra todos, sin conseguir mas que encolerizarse y sentirse desdichado. Cuando vió que nada sacaba de ellos les dió a entender que los tenía a todos por unos redomados bribones, haciendo que, ofendidos e iracundos, le arrojasen violentamente del local. Llorando lastimosamente mientras arreglaba los desperfectos que su inocente sombrero había sufrido en la pelea, se dirigió con vacilante marcha hacia su casa, y entrado en ella se metió en la cama, durmiendo como una marmota hasta que al siguiente día llamaron las campanas al oficio divino. Mas él hubiera continuado en su sueño si el criado y la doncella no le hubiesen llamado preguntándole, llenos de extrañeza, dónde podría hallarse la señora. Presentáronse entonces en su imaginación todos los acontecimientos del día anterior, deformados y amplificados por el lamentable estado de su cabeza, y con tremenda cólera y salvaje ademán se levantó, pasándose la mano por la frente, hasta que logró recordar que tenía él la llave de la cueva. Le parecía hacer ya varias semanas que tenía encerrada a su mujer: tan confuso y embrollado se hallaba su pensamiento. Pero esta idea dió de repente tal importancia y magnitud a su

actitud justiciera que se apresuró, saliéndosele los ojos de las órbitas, a dar término a su obra. Bajó las escaleras y abrió la cueva, en la que se hallaba Gritli, fría y pálida como una muerta, sentada sobre un escabel. Había permanecido inmóvil y callada, con la esperanza de que su marido vendría a abrirle sin testigos y podría entonces hablarle y contarle la verdad de lo sucedido, pues no tenía duda alguna, desde que tan inesperadamente le había visto surgir ante ella, de que se había enterado de su engaño, aunque no sospechaba cómo. Al verle entrar se levantó y le cogió la mano para conjurarle a que la oyera tan sólo unos minutos; mas al ver a los criados que tras de él llegaban, no pudo articular palabra. Viggi la cogió violentamente por un brazo y la empujó hasta la calle con las palabras siguientes: «Te arrojo de mi casa, mujer criminal. ¡Nunca más volverás a pisar estos umbrales!»

Dicho esto cerró la puerta de golpe y mandó con rudeza a los criados que retornaran a sus quehaceres, mientras que, agotados sus ánimos, volvió él a meterse en la cama, durmiendo como un lirón hasta la tarde.

Ante la casa se reunió en seguida un grupo de comadres de la vecindad, que rodearon, curiosas, a la expulsada, acompañándola con sus lamentaciones. Gritli creyó caer al suelo, presa de vergüenza, confusión y agotamiento. Luego quedó vacilante, sin atreverse a alzar los ojos ni saber a dónde dirigirse, pues no tenía padres ni parientes en

Seldwyla, excepción hecha de una anciana tía, cuya casa se le presentó como el único refugio posible. A ella se dirigió, sin darse cuenta de las curiosas miradas con que la contemplaba la gente que a aquella hora iba hacia la iglesia. Reinaba en estos días en Seldwyla una fuerte corriente de religiosidad, que atraía a los oficios divinos más gente que de costumbre; pero claro está que ello no fué obstáculo para que muchos cambiaran de dirección al ver a Gritli, y en lugar de ir a la iglesia corrieran detrás de la infeliz mujer con el libro de misa en la mano.

Gritli fué bondadosamente acogida por la anciana. Cuando se hubo repuesto un poco comenzó a sollozar con toda su alma y luego juró no volver jamás a casa de Viggi Stoerteler. En el mismo día mandó su tía a buscar las cosas más necesarias.

Viggi, por su parte, después de dormir todo lo que quiso sintió un hambre feroz y ordenó que le sirvieran en el acto la comida; pero la criada, abandonada a sus iniciativas, no había preparado nada, y sobre la mesa, en lugar de manjares, no había aún mas que el célebre epistolario de dos contemporáneos. Alborotó Viggi de nuevo, ordenando se guisase en el acto lo que hubiese en la casa, y por lo pronto encerró las cartas en su pupitre. Después de comer se tranquilizó algo y comenzó a darse cuenta de su soledad, sintiéndose triste y abandonado, pues tras de los sucesos de la pasada noche no podía ni siquiera buscar refugio en la sociedad de sus conciudadanos. Cuando, ade-

más, vinieron de parte de su mujer a buscar los efectos que le pertenecían y tuvo que sacar de los armarios y entregar las ropas, adorablemente perfumadas, de Gritli, sintió llenarse sus ojos de lágrimas, deseando casi que volviera y reflexionando si tras de un detenido examen no podría aún perdonarse la falta cometida.

Esperó así dos días, confiado en que Gritli daría señales de vida, y viendo que no, fué a visitar al párroco para pedir el divorcio, suponiendo que en las tentativas de reconciliación que el eclesiástico se hallaba obligado a llevar a cabo se aclararían quizá las cosas. Pero cuál no fué su sorpresa al saber que Gritli acababa de estar allí con pretensión idéntica y oír de labios del párroco el relato de lo sucedido con las cartas y de cómo Gritli reconocía su falta; mas la consideraba bien purgada, pidiendo la separación por lo excesivo de la pena y la poco razonable conducta de su marido.

No logró convencerle la explicación de Gritli, y teniéndola por un nuevo embuste, dejó que las cosas siguiesen su curso, esperando que al fin y al cabo vendría la pecadora a solicitar su perdón. De vuelta a su casa halló en ella una carta de una dama llamada Catalina Ambach. Era ésta una señorita de treinta y seis a treinta y ocho años, que desde los catorce había representado en todas las compañías de aficionados de Seldwyla el papel de dama joven en las obras amorosas, y ello no por la belleza de su figura, sino por su elevado espíritu y su osado descaro. Por lo que respecta

a su físico, poseía un desproporcionado cuerpo, que se movía sobre unas piernas cortísimas, de manera que la cintura se hallaba a una distancia del suelo igual a una tercera parte de la altura total de su persona. Tenía además una inmensa mandíbula inferior, con la que podía triturar considerables cantidades de carne y de pan, pero que transformaba en barbilla la mayor parte de su rostro, apareciendo el mentón como un enorme zócalo sobre el que reposara una pequeña casita con una estrecha cúpula y un minúsculo mirador, esto es, la nariz, que se escondía como asustada de la enorme masa de la barbilla. A cada lado del rostro colgaba un único y largo bucle, y en el occipucio se enroscaba una fina cola de rata, cuya punta escapaba siempre a las horquillas y peinetas. Si se trataba de sujetarlo con una de las primeras se dividía en dos como la bífida lengua de una serpiente, y lo mismo lograba escapar por entre los dientes de las peinetas más espesas.

En cuanto a su espíritu, era, como ya hemos dicho, muy elevado, cosa que podemos ver en seguida por el texto de la carta que Viggi halló en su casa:

«Noble amigo mío: Hay situaciones que permiten olvidar las cotidianas y estrechas conveniencias sociales y dan valor aun a la más delicada mujer para cumplir el deber de hacer llegar con toda franqueza su más noble simpatía allí donde una gran alma masculina se consume en inmerecidos dolores. Ante una tal situación creo encon-

trarme yo, la abajo firmante, y hallándome, tanto por mi conocimiento del mundo como por mi ilustración, muy por encima de toda baja sospecha, me atrevo a dirigirme a usted, mi distinguido señor, con el nobilísimo propósito de ofrecerle de todo corazón aquellos servicios de amistad que quizá pudieran mitigar su desgracia. Largo ha que admiro en silencio, penetrándome de ellas, las florecientes creaciones de su vida espiritual, y muchas veces he sentido con profundo dolor que un hombre como usted tuviera que vivir solitario e incompendido en estas bárbaras regiones. En cambio, pensaba que viviríais tanto más íntima y felizmente en el santuario de vuestro hogar al lado de una mujer espiritual, y ahora veo que también vuestra casa ha quedado desierta. Una dolorosa noticia recorre nuestra ciudad. Perdóneme que sobre estos rumores corra el velo de mi noble condición femenina. Para terminar: Si en su actual abandono necesitara usted la simpatía de un corazón amigo, el consejo de una inteligencia elevada y la ayuda de una hacendosa mano femenina, le ruego que me dispense el placer de disponer sin temor alguno de mi tiempo y mis fuerzas. Soy totalmente independiente y sin dificultad alguna podría dedicarle algunas horas del día. Ya sé que su vigoroso espíritu no necesita sostén alguno; pero en cambio el gobierno de su casa sí requerirá de cuando en cuando una cuidadosa mano que lo enderece, misión que el seguro tacto de la mujer culta sabrá llevar a cabo aún

mejor que el rudo instinto de aquellas otras de absoluta ignorancia y baja vulgaridad. Así, pues, no dejaré de aparecer personalmente hoy o mañana por su huérfano hogar con objeto de hacerme cargo de sus deseos y necesidades. En cuanto sus asuntos domésticos vuelvan a entrar en orden con toda felicidad, me retiraré con el más noble desinterés para acogerme de nuevo a la sagrada calma de mi gabinete de trabajo.

»Acepte usted la más cordial expresión de una consideración muy sincera. Su afectísima,

»CATALINA AMBACH.»

Cuando Viggi terminó de leer esta carta se vió asaltado por sentimientos encontrados. Estaba acostumbrado, como todos los seldwylenses, a burlarse de Catalina Ambach, y no tenía una idea muy grata de su aspecto físico. Mas, no obstante, le parecía como si hiciese ya tiempo que estuviese esperando recibir una carta de aquella especie, en la que creía oír la voz de un mundo mejor y revelarse a él un alma comprensiva. Aun se hallaba entregado a estas reflexiones cuando apareció Catalina en persona.

Venía vestida con un negro traje de terciopelo de algodón y un rojo chal, y ostentaba sobre su cabeza un redondo sombrero gris con una pluma. Tal aparición decidió bruscamente el curso de las meditaciones de Viggi, y cuando Catalina le dió la mano, lanzándole una melancólica mirada de

consuelo, olvidó por completo lo mucho que había reído a costa de ella y se sintió complacido de sus maneras.

La conversación que siguió entre ambos geniales espíritus no es para descrita. Bastará decir que cuando terminó sentíase Viggí consolado y encantado de Catalina. Lo que más le había conmovido fué ver su actitud mientras él le relataba la historia de las cartas, señalándole el montón que formaban sobre la mesa. No había ella pronunciado palabra, limitándose a exhalar algunos suspiros y verter silenciosas lágrimas, realmente sinceras, pues se las arrancó el pensar cuánto más sabia y hábilmente apta hubiera sido ella para desempeñar el papel de protagonista de aquella historia, pues el escribir cartas constituía una de las grandes pasiones de su vida.

Finalmente, conferenció Catalina con la criada, inspeccionó la cocina, hizo algunas innecesarias recomendaciones, y recogiéndose con grandes melindres el vestido y hablando muy alto bajó las amplias escaleras, que, en comparación a las de su casa, semejantes a las que se ponen en los gallineros para dar entrada a sus habitantes, le parecieron dignas de un palacio. El recién viudo la acompañó hasta la calle, donde tuvo lugar una teatral y efusiva despedida.

—Cada oveja con su pareja—exclamó un seldwylense que acertó a pasar en aquellos momentos y presenció la afectada escena.

El más infeliz de todos era Guillermo, el maes-

tro de escuela. En medio de los sucesos había hallado valor suficiente para intentar hablar a Gritli; pero le fué imposible conseguirlo, pues ella no se dejaba ver en lado alguno ni daba señales de vida. Entonces le escribió él una carta, en la que le relataba la pérdida de su cartera y le pedía le dijese cómo había de conducirse para favorecer su causa. Nada más se atrevió a escribir, y sólo añadió a esto que se hallaba pronto a hacer todo aquello que ella considerase conveniente. Echó esta carta en el correo de un lugar vecino y recibió en respuesta escasas líneas, en las que se le recomendaba que permaneciese quieto y tranquilo hasta ser llamado a declarar y que entonces dijese lo que sabía, ni más ni menos; esto es: que a petición de Gritli había él escrito la contestación a las cartas que ésta le entregaba.

Abandonado así a sus propias fuerzas, atormentado por toda clase de rumores y comadreo y en total ignorancia de lo que todo aquello significaba, no se atrevía a pasar la puerta de su casa para cuidar de su jardincillo, y experimentaba un no del todo inmerecido temor de todo lo que vivía y se movía en casa de su vecino Viggli.

Mientras que los culpados pecadores se hallaban así alejados uno de otro y sin verse jamás, el trato entre Stoerteler y Catalina iba haciéndose cada vez más íntimo. Ella iba dos veces al día a casa de Viggli, dándose en la ciudad aires de mujer compasiva que se sacrificaba por salvar a un hombre si no de su triste situación, de las molestias domés-

ticas que la misma traía consigo. Al mismo tiempo criticaba en todos lados un supuesto desorden que por culpa de Gritli había reinado en la casa; y en efecto, revolvió ésta de arriba abajo, cambiando de sitio los muebles, colocando ramas de hiedra en los rincones y cortando las buenas y lindas cortinas para dejarlas convertidas en singulares gallardetes. Bajo pretexto de poner orden en ellos vació los armarios y cajones, revolviendo sobre todo en lo que aun quedaba del rico equipo de Gritli. Su dominio se extendió también a la cocina, y Viggí vió con asombro y alegría que nunca le servían ya en ninguna comida algo, carnes o verduras, que hubiesen quedado de la anterior, pues Catalina devoraba en la cocina todo lo que sobraba, y cuando no había nada untaba en el pan la grasa del asado. Embaulaba asimismo platos enteros de judías, berzas y patatas, y en menos de un mes vació por completo seis grandes orzas de frutas en conserva que había hecho Gritli. Después de alimentarse así iba a sentarse una horita al lado de Viggí, le consolaba, leía o le escuchaba leer sus trabajos literarios de cabo a rabo, coqueteaba con él y se daba buena maña para inclinar su ánimo en contra de su mujer sin parecer ocuparse de ella. Por último, un día se llevó a su casa su más reciente obra literaria, para estudiarla durante la noche. Llena de un afán de cultura trasladó a su casa todos los libros que pudo llevarse bajo el brazo, pero no leía de ellos mas que las cosas más entretenidas, semejante a los ni-

ños que sacan las pasas del bizcocho y dejan el resto.

No es de extrañar que en estas circunstancias fracasasen las tentativas de reconciliación llevadas a cabo por las autoridades y se llegase al juicio de divorcio, que se celebró con todo rigor para con Gritli, oyéndose a una numerosa cantidad de testigos que Catalina Ambach buscó y aleccionó para que favorecieran sus ocultos propósitos. También Guillermo prestó declaración repetidas veces, sin que de todo ello resultara nada en contra de los acusados. Sólo un muchachito había visto con frecuencia colocar las cartas en la cerca o sacarlas de ella; pero tal comercio epistolar era cosa que lo mismo Guillermo que Gritli confesaban.

Llegó el día en que había de celebrarse la vista y pronunciarse la sentencia, y Viggi formuló una severa y elocuente acusación. Describió con luminosos rasgos sus nobles afanes espirituales, cómo había procurado que su esposa tomase parte en ellos para alcanzar aquella armonía anímica sin la cual no puede existir felicidad en el matrimonio, y cómo ella le había primero amargado la vida con su tenaz perseverar en la ignorancia y engañado luego con astuto fingimiento, llegando por último, durante sus penosos viajes de negocios, cuya intensa labor había él querido aligerar y alegrar con un íntimo y culto intercambio de correspondencia, a traicionar la fe conyugal, representando para con el confiado marido la más indignante comedia. A la consideración de los dignos jueces dejaba, pues,

el pronunciarse sobre si era posible seguir viviendo junto a una tal gansa armada con garras de tigre.

Con este insultante latiguillo, que no pudo reprimir, terminó Viggi su discurso. Una comprimida carcajada general acogió su final, mientras que la injuriada mujer se cubría el rostro con las manos y se echaba a llorar. Mas, pasados algunos instantes, se levantó y defendióse con tal indignación y elocuencia que llenó de asombro a su mismo marido, haciéndole avergonzarse de su conducta.

No podía ella juzgar por sí misma—dijo Critli—sobre su pretendida rudeza e ignorancia; pero todavía vivían todos los maestros y sacerdotes que la habían educado, pues su niñez estaba aún cercana, y ellos podrían dar un juicio fidedigno. Su marido la había tomado en matrimonio sabiéndola una sencilla burguesita, y ella a él en calidad de comerciante y no de literato ni de genio. Fiel y contenta había vivido ella al lado de su esposo, siendo correspondida, por lo menos en apariencia, y no había sido su carácter, sino el de su cónyuge, el que se había modificado después del matrimonio. Mas aún: cuando tuvo lugar esta transformación y comenzó Viggi a dedicarse a su nuevo arte, no se había ella agregado—como todo el mundo podía testimoniar—al coro de burlas, pues, por lo contrario, cuando vió que entraba en juego la paz conyugal se había aplicado honradamente a adaptarse a los deseos de su esposo todo cuanto le fué posible, sin importarle la difícil y poco airosa situación en que se ponía. Por último, se llegó a exigir

de ella lo imposible: que expresase sus sentimientos femeninos en largas cartas destinadas a la publicidad, escritas en un retorcido y artificioso lenguaje, empleando su tiempo en esta inútil actividad, que la repugnaba, en lugar de atender a sus acostumbrados y tranquilos deberes domésticos. No era ella la que había introducido el engaño en la vida conyugal, sino él, que, obstinándose en romper la costumbre de su apacible existencia, nada literaria, se había forzado a sí mismo y la había obligado a ella a representar en sus cartas una ridícula comedia. No obstante, atemorizada por su marido y con la esperanza de que satisfaciendo su capricho pasara éste antes y retornaran a su vida normal, había intentado ella contentarle, si bien reconocía que, cegada por la necesidad y llena de confusión, había elegido un camino equivocado. Por lo que a Guillermo respectaba, todas las mujeres de Seldwyla sabían que el joven maestro era una persona tan enamoradiza como tímida, modesta y honrada, con la cual se podía gastar una inocente broma sin comprometerse en lo más mínimo. Siendo así, había creído ella poder usar de una inofensiva estratagema para hacerle contestar las cartas de su marido, cosa de que hubiera podido también encargarle abiertamente, pues es general costumbre confiar a los maestros la escritura de ciertos documentos, particularmente de las cartas de amor, extremo que podrían corroborar muchas honestas criadas de servir. La acusación de infidelidad quedaba destruída por el hecho de

que no ella, sino Stoerteler, había sido quien escribió las cartas cuya contestación se pedía de Guillermo. Todo el asunto era, en su opinión, más de la competencia de un Jurado literario que de un Tribunal de divorcio; pero, sin embargo, se había ella sometido a la jurisdicción de este último porque lo sucedido había arrojado inesperada claridad sobre la situación íntima de su matrimonio. No sentía ya inclinación ninguna por el señor Stoerteler, causa suficiente, a su juicio, ya que las cosas habían llegado hasta aquel punto, para insistir en su demanda de divorcio.

Aunque el Tribunal, dado su carácter patriarcal y la no existencia de infidelidad alguna, sino tan sólo de una leve falta externa, no hubiera debido pronunciar la separación, era demasiado sacrificio para los buenos seldwylenses que lo componían, y para la ciudad entera, renunciar a la diversión que suponía despojar al infeliz Viggli de su linda mujer y dejarle seguir su loca carrera con la cómica Catalina. Así, pues, se concedió el divorcio solicitado, fundando la sentencia en incompatibilidad de aficiones y costumbres, malos tratos por parte del marido, tales como el encierro en la cueva y la desconsiderada expulsión, e irreflexivas faltas de la mujer, en particular su correspondencia con el maestro. Mas Gritli debía conservar, habiendo salido libre de toda sospecha de culpa, toda su fortuna, sin quedar obligada a prestación de ningún género, debiendo Stoerteler devolverle lo que al matrimonio había aportado.

Viggi salió del juicio más abatido que alegre por esta sentencia, aunque nó se explicaba la causa de sus propios sentimientos, ya que se veía libre de la opresora carga de una mujer ininteligente y vulgar. Mas no faltó quien se lo aclarara y explicara, pues apenas asomó las narices por las puertas del Tribunal le interpelaron algunos de sus amables conciudadanos, gritándole con burla:

—¡Loco! Se necesita haber tragado tinta para dejar escapar a una tal mujercita con su fortuna, sus suaves y redondos hombros y su absoluta honestidad.

—¿Has visto—gritaba uno a otro—qué lindos rizos dorados se escapaban de su sombrero?

—Sí—respondía el preguntado.

—Y tú, ¿te has fijado en la adorable cólera y en el suave fuego que brillaba aún al final en sus rientes ojos? Si yo tuviera una mujer así la encolerizaría todos los días para desenfadarla luego a besos. ¡Bah! ¡Afortunadamente, ya encontrará algún buen catador que sepa estimar estas cosas!

En el camino oyó Viggi a alguien que decía:

—Ahí va un pobre diablo que tira los melocotones por la ventana y se come las manzanas silvestres.

Y otra voz respondió:

—Buen provecho le hagan.

Un zapatero exclamó a su paso:

—Ese emborriona tres cuartillas y se cree un genio.

Y un botonero:

—Dejadle, es un caviloso; pero así como hay otros que profundizan en sus sentimientos, ése profundiza en el estiércol.

El calderero, que se hallaba ocupado en tapar los agujeros de una sartén, añadió:

—Ese es como el diablo, que dijo: «Tengo que cambiar de manera de ser»; y poniéndose una brasa debajo de la cola, se sentó sobre un tonel de pólvora.

Estos dichos enfadaron y confundieron a Viggí sobremanera. Todo desanimado entró en su cuarto y cayó en negra tristeza. Mas no tardaron en disiparse estas nubes ante el sol que apareció poco después a sus ojos. Catalina Ambach se presentó en el cuarto vistiendo un boyante traje de tafetán y adornando su pecho con un relojito de delgadísimas y quebradizas tapas de oro, al que hacía quince años que nadie daba cuerda porque no encerraba en sí muelle ni rueda alguna. Despojóse del chal que cubría sus hombros, y se sentó en el sofá junto a Viggí, tomándole cariñosamente de la mano y envolviéndole de tal modo en sus redes, que al poco tiempo había decidido de golpe la excelente pareja celebrar su matrimonio y constituir un modelo de unión espiritual y bello apasionamiento. De esta manera logró la divertida Catalina llegar a la feliz categoría de prometida. Quedóse ya a comer con su futuro, y tales mimos y caricias se prodigaron que la criada, muy adicta a su anterior señora, quedó toda avergonzada. Después de alegrarse ligeramente con el mejor vino

de Viggi pasearon del brazo por las calles de la ciudad, hasta que al caer la tarde desembocaron en casa de Catalina, y haciendo acudir a algunos conocidos celebraron los esponsales. Lo mejor de todo ello fué que la anciana madre de Catalina vió llegar a su mesa, con tan fausto motivo, abundante comida y bebida, y logró comer bien por vez primera en muchos años, pues hacía lo menos treinta que sólo podía ocuparse de proporcionar alimento a su voracísima hija, teniendo que contentarse por su parte con verla comer. Pero una vez que Catalina había traído por fin a su casa a un acomodado yerno, veía que ya podía morir tranquila y sin dejar abandonada a su hija, a la que sabía incapaz de ganarse la vida. De este modo aun los seres más apartados del tipo general se nos muestran ligados a la humanidad por un dorado lazo.

La boda se celebró lo antes posible y con gran esplendor, gasto y barullo. Catalina había querido gozar del acto sin perdonar un detalle y verse como punto central de una gran fiesta, aprovechando Viggi, por su parte, la ocasión para reconciliarse con los mejor acomodados de sus conciudadanos invitándolos a su boda. La nueva señora de Stoerteler no estaba inclinada a llevar una vida reposada y contemplativa, sino que impulsó a su marido a continuar las diversiones iniciadas con la boda, acudir con ella a todas las reuniones y gastar a manos llenas.

Viggi se sentía encantado de todo ello y vivía

contento con su nueva esposa en un tal desorden, pues Catalina le presentaba en todas partes como un genio, hacía que la conversación recayera siempre sobre él, lo refería todo a su persona y no le nombraba sino Kurt.

—Mi Kurt ha dicho esto o lo otro—exclamaba a cada instante—. ¿Cómo te expresaste recientemente, querido Kurt? Fué algo precioso. Me admira, caro Kurt, que no enfermes de tanto trabajar y estudiar. ¡Ay! Siento muy bien los graves deberes que pesan sobre la mujer que quiera ser lo que puede y debe ser la esposa de un tal hombre. ¿No sería mejor que nos fuésemos ya a casa, mi buen Kurt? Me parece que estás cansado. Envuélvete bien en tu abrigo, niño mío. No, lo que es hoy no te pones a escribir cuando regresemos; eso te lo digo ya desde ahora.

Todo esto lo charlaba siempre delante de mucha gente, y Viggi sorbía sus frases como dulcísima miel, no llamando a su mujer más que «mi valiente mujercita» o «cara esposa», y fingiéndose enfermo o fogoso, conforme a los discursos de su desgarbada Fama.

Mas a los seldwylenses les sabía todo esto mejor que un plato de ostras o de ensalada de langosta, y ni ofreciéndoles un buen faisán asado hubiera podido arrancárselos de los lugares en que Viggi y Catalina se daban en espectáculo. Sintiendo que tenían motivo de risa para muchos años, se condujeron con ellos como disimuladísimos bribones, observando la más exquisita prudencia para pro-

longar lo más posible su diversión, y de esta manera surgió en Seldwyla un nuevo ejercicio, consistente en lanzar un chiste cualquiera y fingir reír sobre él cuando no era ya posible retener la carcajada ante la ridícula pareja. Constantemente se tenía preparada considerable provisión de tales chanzas, que aumentaron y se perfeccionaron hasta formar una colección de un cierto valor propio. Hubo seldwylenses, obreros y empleados, que llegaron a pasar días y semanas enteras en la invención y perfeccionamiento de una nueva historieta. Cuando su autor las consideraba suficientemente meditadas y redondeadas se probaban en las pequeñas tertulias de las cervecerías, con objeto de observar su efecto, y se les daba los últimos toques, consultando a veces a los peritos en la materia y conforme a todas las reglas del arte. Las repeticiones, el exceso de longitud y las exageraciones quedaban severamente desechadas, consintiéndolas tan sólo cuando respondían a una intención particular.

De esta concienzuda labor no tenía Viggi la menor sospecha. Con orgullosa reprobación asistía en las tertulias al relato de tales chanzas, que derivaban de su persona las carcajadas.

—¡Qué dichoso puede uno considerarse—decía a su esposa—cuando se ve uno muy por encima de estas niñerías y conoce algo más elevado!

Hacia esto más elevado se dirigía ahora Viggi a toda vela, impulsado por el poderoso aliento de su mujer. Tantó y tan bien navegó que al cabo de

un año, y ayudado por Catalina, arribó allí a donde estaba destinado que arribasen la mayoría de los seldwylenses, contribuyendo a ello especialmente el haber tenido que retirar de sus negocios el capital aportado por Gritli. Además, en lugar de compensar esta pérdida con un mayor trabajo personal abandonó Viggi sus asuntos comerciales para dedicarse, en unión de otros extravagantes de su calaña, que fué reuniendo en derredor suyo, a una salvaje y pueril literatura, que se desarrollaba al margen de toda razón y era considerada por sus adeptos como algo totalmente nuevo y original, aunque vivía a expensas de lo ya creado o no producía mas que puros disparates. Aquel que no respondía con su admiración a las impertinencias del grupito literario podía contar desde luego con su enemiga y era señalado, aunque se tratase de un solo individuo independiente, como una perversa y hostil *clique*. Ellos mismos se despreciaban entre sí en secreto, y Viggi, que hasta entonces había vivido tan libre de preocupaciones y cuidados, se halló atormentado no sólo por infinitos disgustos y complicaciones, sino también por ridículas pasiones y el martirio de la ambición impotente. Dada su declinante situación económica llegó a constituir un ahogo para él el pagar los gastos de correo originados por las infinitas cartas sin interés ninguno y los múltiples comunicados, manifiestos y prospectos que diariamente recibía o enviaba y que carecían de todo valor y significación. Suspirando, cortaba Viggi los se-

llos de los pliegos, cada vez más menguados, mientras se iban haciendo menos frecuentes cada día las sólidas y productivas cartas de negocios, a las que nunca faltaba su franqueo. Por último, se le acabó la provisión de sellos que en su despacho guardaba, y tuvo Catalina que encargarse de llevar las cartas al Correo y hacerlas franquear; pero las echaba en el buzón sin ponerles el sello y sisaba el dinero a ello destinado. Si era antes de comer, entraba en la salchichería y devoraba una pata de cerdo, y si después, visitaba la confitería y se regalaba con un pastel de manzana. Esta conducta hizo que Viggi recibiera de sus correspondientes, ansiosos de venganza, doble cantidad de envíos sin franqueo, teniendo él que suplir este gasto al recibirlos. Todo ello para luego no hallar en los mismos mas que afectuosos saludos acompañados de secretas maldiciones.

Durante este tiempo parecía que a Gritli se la había tragado la tierra. Vivía en un tan absoluto retiro que no se la veía por ningún lado ni se oía nada de ella. Cuando salía de su casa lo hacía por la puerta trasera, que daba a las murallas de la ciudad, y para dar solitarios paseos por el campo. Durante largas temporadas se ausentó de la ciudad, visitando otros lugares para reposar su ánimo en honestas diversiones y gozar de su libertad. Ningún pretendiente pudo llegar hasta ella en Seldwyla; pero en cambio se dijo más de una vez que había celebrado nuevos esponsales en alguno de sus viajes, aunque no había quien pudiera dar

detalles sobre tal suceso. Nadie se admiraba de que no se hubiese vuelto a ocupar de Guillermo ni le viese nunca, pues para todos era cosa decidida que jamás había sentido inclinación verdadera por el pobre joven.

Este era el que peor lo pasaba. De él sí que no se dudaba que había estado apasionadamente enamorado de Gritli, y hombres y mujeres le tomaron muy a mal que se hubiera atrevido a poner sus ojos en ella, al paso que se burlaban de él por su ingenuidad en el asunto de las cartas. Hasta las muchachas que iban por agua a la fuente le cantaban cuando pasaba:

¡Maestro, maestrillo!
No son tuyas las manzanas del vecino.

De este modo el infeliz Guillermo se hallaba todo avergonzado, y aun más ante sí mismo que ante sus convecinos. Lo que de él había dicho Gritli ante el Tribunal había herido dolorosamente su corazón, y, según pensaba, le había abierto los ojos sobre sí mismo y sobre las mujeres, haciéndole desterrar de su pensamiento todas las figuras femeninas que encontraran antes en él tan amable acogida. Dejó, pues, disiparse su locura y se entregó con todo cariño y aplicación a sus discípulos. Mas precisamente terminaba entonces el plazo por el que se le había confiado el cargo, dado que no lo desempeñaba sino interinamente, y al decidirse si había de seguir ocupándolo durante otro período influyó el párroco en contra cerca de las auto-

ridades, como encargado de inspeccionar la enseñanza, alegando, en un informe, que Guillermo había estado comprometido en una sospechosa historia conyugal y que convenía aplicarle algún castigo por su pecado. Lo que en realidad sucedía era que el párroco veía con malos ojos al maestro por su falta de creencias y sus manejos mitológicos, pues ignoraba que Guillermo había vuelto al único Dios verdadero en cuanto se sintió amado. Mas el caso fué que el pobre joven fué separado por dos años de su cargo y quedó falto de este medio de ganarse el sustento.

Hizo, pues, su hatillo para salir en busca de colocación, y en su remordimiento decidió vivir obscuramente y ganar su pan empleándose como jornalero en las faenas agrícolas. Hijo de una extinguida familia de labradores, que había vivido en las cercanías de la ciudad, conocía los trabajos campesinos, a los que desde su niñez había tenido que dedicarse. Con intención de volver a ellos, salió de la ciudad una turbia mañana de marzo y comenzó a subir por la vertiente de la cercana montaña; mas al llegar a la cima se transformó la húmeda niebla en violenta lluvia. Obligado a buscar un refugio donde esperar que cesara la lluvia, que Guillermo suponía pasajera, vió a poca distancia del sitio donde se hallaba una casita destinada a servir de albergue al guarda de una extensa viña, que a su pie y partiendo de los linderos del bosque se extendía cuesta abajo casi hasta la llanura. El tejado de esta casita ofrecía, forman-

do un saliente sobre el portal, abrigo contra el agua, y bajo él se sentó Guillermo en uno de los pétreos escalones que conducían hasta la puerta. Era el diminuto edificio pintoresco en extremo, con sus redondas ventanitas y la veleta que remataba su cubierta. El saledizo del tejado reposaba sobre dos columnas de madera, y la escalera, provista de una barandilla de hierro, formaba en su parte superior un balcón, desde el cual, con tiempo despejado, se gozaba de una extensa vista sobre el valle y las nevadas montañas que se alzan al Sur y al Este. El entramado de madera y los cierres de las ventanas se hallaban pintados de vivos colores, aunque, como el resto de la casita, estaban algo maltratados por las inclemencias del tiempo.

Hallándose así Guillermo sentado en la escalera se oyó ruido dentro, y apareció en la puerta el dueño de la viña, que le invitó a entrar y esperar con él, en el interior de la casa, a que la lluvia hubiese pasado. Sobre la mesa había una botella de aguardiente de cerezas; sacó el propietario un vaso de un armario y lo llenó, ofreciéndolo a su huésped, mientras decía:

—No tengo aquí arriba ninguna vitualla, mas por lo menos fumaremos juntos una buena pipa.

Y sacando dos largas pipas nuevas de barro entregó una a Guillermo, dándole luego un excelente tabaco de hebra. Cansados los seldwylenses de los cigarros, habían vuelto a la antigua moda de fumar con toda dignidad en las viejas pipas de ba-

ro, al estilo de los grandes comerciantes holandeses.

El seldwylense dueño de la viña, aunque tundidor de oficio, había tenido la idea de dedicarse a la agricultura impulsado por el alto precio que sus productos alcanzaban en el mercado y por los agradables paseos a que tal actividad daba lugar. La viña constituía, en unión de varias extensas praderas y algunas hazas que se extendían por los flancos de la montaña, una antigua finca comunal que el tundidor había comprado, y aquel día se hallaba en ella con objeto de inspeccionar el estado de las vides, en las que debía comenzarse la labor de primavera. No sabiendo la destitución de Guillermo, le preguntó a dónde se dirigía y qué es lo que le llevaba por aquellos campos, a lo cual contestó el joven que buscaba una colocación en casa de algún labrador, al que ayudaría en sus labores, añadiendo que como sus necesidades eran muy escasas confiaba en hallar pronto acomodo y ganarse tranquila y calladamente el sustento. El tundidor se maravilló de esta decisión y le apremió hasta averiguar su causa. Cuando se hubo enterado, dijo:

—Eso ha sido una mala pasada del párroco, que no sabe diferenciar una niñería de una acción perversa. Ya le quitaremos nosotros su eterno charlar con sus discípulas; en las clases coloca en las primeras filas, junto a él, a las más lindas y elegantes; pero, en cambio, a las jorobadas, las tuertas y las mal vestidas les señala los últimos puestos y ape-

nas les dirige la palabra. Esto es más irritante que toda esa historia de que ha sido usted protagonista. Si los ejercicios de estilo literario que usted llevó a cabo le parecieron fuera de lugar, más aún nos lo parece a nosotros su sentido estético. Pero a todo esto, ¿sabe usted algo de las faenas agrícolas y de las cosas del campo en general?

—Sí, bastante—respondió Guillermo—: durante la enfermedad de mis difuntos padres tuve que hacer de todo, y solo ya a los diez y ocho años, cuando ellos murieron y fueron vendidas nuestras propiedades, fué cuando entré en la escuela de maestros. No hace de esto más que cinco años, y en el tiempo que pasé en la escuela nos hacían también trabajar en la tierra.

—¿Y por qué no hace usted uso de sus conocimientos y busca un empleo de acuerdo con ellos, y mejor que el de jornalero de un campesino?—siguió preguntando el tundidor.

Pero Guillermo no contestó, pues había tomado firmemente su resolución y no estaba dispuesto tampoco a franquearse más con aquel extraño ni a mostrarle sus íntimos pensamientos.

Entre tanto había pasado la lluvia y hasta había salido el sol, iluminando el amplio paisaje que desde aquel lugar se dominaba. El propietario se dispuso a visitar su viña e invitó a Guillermo a hacerle compañía una hora más, pues tenía aún tiempo para seguir su camino y llegar al próximo lugar antes de la noche.

Al examinar las vides vió el seldwylense que Gui-

lermo poseía en estas cuestiones un exacto conocimiento y una excelente comprensión, mostrando asimismo una hábil mano ejercitada en la manera que tuvo de cortar o separar los tallos para dar su opinión. Prolongó entonces el propietario su paseo hasta los prados y sembrados, haciendo a su acompañante numerosas preguntas sobre ellos. Guillermo le aconsejó, con gran seguridad en sus palabras, que transformase los sembrados en praderas, como anteriormente estaban, pues lo que en aquellas alturas producían las hazas alcanzaba escaso valor, mientras que el cercano bosque habría de producir suficiente humedad para mantener los prados siempre frescos y verdes, y en ellos podría encontrar pasto numeroso ganado, que constituiría, con la venta de la leche y de las crías, una segura y considerable ganancia. La venta del pasto sobrante en el otoño sería ya por sí sola una rica fuente de ingresos. Estos consejos iluminaron al tundidor, que después de corta meditación propuso al maestro que entrara a su servicio. Trabajaría lo que pudiese, sin fatigarse mucho, y estaría, sobre todo, encargado de dirigir la finca e inspeccionarlo todo. Lo que pensara ganar en otro lado se lo daría él, y además le trataría con mayores consideraciones que las que podía esperar de un desconocido campesino. Guillermo meditó también por espacio de algunos minutos, y aceptó luego la oferta, con la condición de que viviría en aquella casita de la viña y no tendría que bajar a la ciudad para nada. Esto era una ventaja para

el propietario y no puso a ello ningún inconveniente; de modo que el fugitivo Guillermo se encontró con que apenas comenzada su peregrinación había hallado albergue y acomodo.

En aquel mismo día hizo subir el tundidor una cama y algunas provisiones, que habrían de ser renovadas cada cierto tiempo. En la casita había una cocina dispuesta allí para hacer la comida de los vendimiadores y en el piso bajo una despensa. Bajo la escalera se improvisó, con poco trabajo, un establo para encerrar una cabra que surtiese de leche a Guillermo, el cual se encontró de este modo convertido en un solitario trabajador, y se adaptó con habilidad y aplicación a su nuevo estado. Dirigiendo a los jornaleros contratados por él hizo preparar cuidadosamente las hazas, limpiándolas de piedras, y las sembró de heno. Por su cuenta y casi sin ayuda de nadie se dedicó a cuidar la viña, y en un plazo mínimo terminó los trabajos que en ella había que efectuar, pues es cosa muy frecuente que aquellos que se dedican excepcionalmente a una determinada actividad o la reanudan tras de un largo abandono logren dar, en su primer celoso impulso, un mayor rendimiento que los que a tal actividad se dedican de continuo. En pocas semanas pudo hallar tiempo, una vez terminada su labor, para formar junto a la casa un huertecito, en el que plantó coles y zanahorias con las que poder aderezar la carne que le subían de la ciudad dos veces por semana, y en una obscura noche bajó él mismo a Seldwyla para

adquirir unos retallos de claveles y alhelíes, que plantó también en el huerto, al cual rodeó de una cerca de rosales silvestres. Al pie de las columnas que sostenían el tejadillo y de las barandillas de la escalera sembró madreselvas que treparan por ellas, y de este modo, cuando llegó el verano, tomó la casita un aspecto tan alegre y pintoresco como una hoja de álbum.

Antes de que el sol asomara en el Oriente se hallaba en pie Guillermo buscando en el trabajo, hasta que el último rosado resplandor palidecía en las altas montañas, la paz de su espíritu. Con ello aprovechaba de tal modo su tiempo que encontraba lugar para ocuparse de sí mismo sin descuidar sus obligaciones. Con objeto de hacer una buena provisión de leña dió largos paseos por el bosque, en el cual se encontraban las cargas de leña sin más trabajo que bajarse a recogerlas. Para estas excursiones escogía las horas más calurosas del día, tanto por pasarlas a la fresca sombra de los árboles como para buscar un edificante equilibrio espiritual con el trabajo manual, pues el bosque era su escuela y su sala de estudios y en él encontraba objeto a que aplicar, ya que no una extensa erudición, por lo menos sus escasos conocimientos. Espiaba la vida de los pájaros y demás animalitos y no regresaba nunca sin algunos dones de la Naturaleza, cuidadosamente colocados sobre su haz de leña: una curiosa especie de musgo, un nido abandonado de ingeniosa construcción, una curiosa piedra o una singular deformidad de un

árbol o matojo. De una abandonada cantera extrajo repetidamente restos fosilizados de animales y plantas, y llegó a formar una completa colección de cortezas de todos los árboles del bosque en diversos grados de su desarrollo, cortando cuidadosamente cuadrados trozos de ellas, cubiertos con musgos y líquenes o de resina en los de pino, de manera que cada ejemplar daba una exacta idea del árbol a que pertenecía. Con todo ello, y a falta de otro sitio en que colocarlo, adornó las paredes y el techo de su cuartito. En cambio respetaba todo aquello que poseía vida; cuanto más bella y rara era una mariposa que ante sus ojos volaba —y no eran escasas las especies que de este insecto vivían en aquellas alturas— con tanta mayor devoción y respeto la dejaba seguir sus caprichosos giros, pensando: «¿Sé yo acaso si ese lindo animalito ha encontrado ya o no su compañera? Y si no fuera así, ¿no sería un crimen destruir, con un perverso gesto, la raza de este inocente bichillo, que constituye un ornato de la región y una alegría para los ojos? ¡Extinguir quizá la especie de una tierna flor voladora, que se ha conservado desde los primeros tiempos a través de millares de siglos y de la que quizá no quede en toda la región mas que este único ejemplar! Pues ¿quién podrá contar los enemigos y peligros que la acechan?»

Esta piedad le fué recompensada por una raza ya extinguida. En una elevación del terreno, en medio del bosque, que le pareció contener algo en sus entrañas, descubrió Guillermo la tumba de un

guerrero celta. Ante sus ojos apareció un largo esqueleto armado de todas armas y adornado con diversas joyas. Pero deseoso de permanecer en su obscuridad, volvió el joven a colocar en su primitiva posición las piedras que formaban el sepulcro y no dió parte a nadie de su descubrimiento. Sin embargo, escudriñó atentamente el bosque, hallando varias análogas elevaciones del terreno, con grandes piedras dispersas sobre ellas, reservándose para más adelante el señalarlas a la investigación científica. Las armas y objetos de adorno por él encontrados los agregó a las curiosidades que ya había almacenado en su solitaria vivienda.

De este modo conoció cómo el verde reino de la tierra ofrece consuelo y entretenimiento al hombre abandonado y cómo la soledad es una bendita escuela para toda persona de alguna sensibilidad e inteligencia.

En cambio desaparecía rápidamente, haciéndose invisible, en cuanto el tundidor se mostraba por aquellos lugares con numerosa y animada compañía, para almorzar o merendar en la casita y corretear luego gozosamente por los prados. En particular, las alegres damas buscaban, llenas de curiosidad, el encuentro del solitario joven que tan bien se las arreglaba en su retiro, y al que la libertad, el sol y el aire de la montaña habían convertido en un apuesto y tostado mancebo. A todas ellas les parecía, de repente, que merecía la pena no dejar que el fugitivo llegase a libertarse por completo del poder de sus ojos. También había

a veces alguna atrevida que, solitaria, alargaba su paseo hasta aquellas alturas y vagaba por los alrededores de la casita. Mas Guillermo parecía transformado. En lugar de bajar los ojos y enamorarse secretamente, miraba con toda serenidad e imperceptible burla a la excursionista y seguía su camino, sin sentirse atraído ni emocionado. Tal conducta pareció un nuevo milagro e hizo que aun se hablara más de él en la ciudad.

El tundidor se sentía satisfechísimo de su asociación. En el valle, donde poseía un trozo de terreno, hizo construir un granero y un amplio establo, en el que encerraba el ganado, cuya cría y venta dirigía Guillermo con gran acierto. Con toda felicidad almacenó la doble cosecha de heno, y la vendimia que siguió demostró que la viña se hallaba admirablemente cuidada.

Cuando el tundidor hizo sus cuentas, vió que si las cosas seguían así se le presentaba un claro porvenir, y en lugar de no hallar en todo aquello mas que una pasajera distracción, como era costumbre en Seldwyla, se decidió a perseverar en ello con toda seriedad y procurar alcanzar los mejores resultados posibles. Aunque también era él un alegre y divertido seldwylense, escondía buenas cualidades en algún secreto rincón de su espíritu, y ellas le hicieron darse atenta cuenta del espontáneo amor al trabajo, la inteligencia y la perseverancia de Guillermo, viendo sobre todo que todas estas virtudes habían surgido en él de repente, como si se las hubiese encontrado en la calle. Esto

le hizo pensar que lo que otro había podido conseguir no había de ser imposible para él, y tan noble emulación le hizo ir siendo cada día más aplicado y vigilante. Comenzó a levantarse temprano y a introducir el más perfecto orden en sus negocios, no dejando abandonados a sus obreros en el taller, sino inspeccionando y fomentando su trabajo de manera que ganase en perfección y rendimiento, y quedándole aún tiempo suficiente para ocuparse de sus negocios agrícolas. Cada vez fué acortando más sus estancias en las tertulias y hosterías, en las que se reunían los burlones pájaros seldwylenses, y se acostumbó a dejarlos y arrancarse de su lado en el momento en que le convenía, sin convertirse por ello en un aguafiestas. Poco a poco fué advirtiendo que la verdadera diversión es la que se celebra después de hecho el trabajo, y que aquellas personas que se perpetúan en la misma tertulia de café diciendo siempre las mismas cosas con los mismos gestos acaban por convertirse en los más completos inútiles, que el más desordenado y ruidoso ciudadano no sobrepasa un ápice en ingenio al honrado y trabajador, y que hombres que se están reuniendo de continuo varias veces al día terminan por no tener qué decirse sino simplezas y vulgaridades. No obstante, tropezó en esta su conversión a la vida razonable con grandes dificultades, y tuvo que hacer enérgicos esfuerzos para no retroceder en el buen camino y recaer en la general costumbre seldwylense. Cuando la alegría ciudadana hacía la tenta-

ción demasiado fuerte, huía de ella y se refugiaba en la montaña, junto a Guillermo, al que había tomado cariño y hecho su confidente, animando con esto la voluntad del solitario de perseverar, sin fatigarse, en su loable conducta. Mas el diablo intentó de nuevo sembrar la cizaña, pues sucedió que la mujer del tundidor no se conformaba con abandonar los divertidos usos de su región y no había medio de arrancarla de su trato con los ociosos compañeros de algazara. Comunicó el marido su disgusto a Guillermo, y éste, después de meditar un rato, le aconsejó que cortara a su mujer el pelo al rape, con lo cual la imposibilitaría de salir a la calle por lo menos durante un año. Teníase Guillermo, desde su triste desengaño, por un declarado enemigo de las mujeres, y se alegró, al dar este consejo, de poder imponer a una de ellas una dura penitencia. Pero el fundidor le repuso que ello no era posible, dado que su mujer tenía muy lindos cabellos, que constituían una parte principalísima del atractivo de su personita, por lo demás harto inútil. Reflexionó de nuevo el joven y le propuso confiar a la esposa la venta de la leche, dejándole una parte de la ganancia, cosa que sin duda excitaría su avaricia, y haciéndola aguar la leche, para conseguir un mayor ingreso, seguramente se enemistaría con la ciudad entera y acabaría por hallarse en un beneficioso aislamiento. Acogido y puesto en práctica este plan produjo buenos resultados, aunque distintos de los que Guillermo había pronosticado. La mujer encontró una agra-

dable distracción en la tarea, y, satisfecha de sus ganancias, permaneció sujeta al hogar, especialmente por las tardes, para vigilar a los encargados de ordeñar las vacas y cuidar de que no desperdiciaran ni sustrajeran una gota del rico producto.

Entre tanto había llegado el otoño y Guillermo no tenía más labor que la de guardar el ganado que pacía en los prados. Deseoso de pasar por lo menos un otoño solitario en las jugosas praderas con los hermosos y lucidos animales, no quiso confiar a nadie tan humilde oficio. Pero tan exagerada humildad, que le hizo desempeñar el servicio de un pobre pastorcillo, le fué adversa, pues pasando sus días sin otra ocupación que estar tumbado en la soleada colina, teniendo ante su vista la ciudad envuelta en la dorada luz otoñal y arrullado por los suaves sonos de las esquilas del ganado, fué surgiendo de nuevo ante él, cada día con una mayor precisión, la figura de Gritli. De este modo se confirmó en él el proverbio de que la ociosidad es madre de todos los vicios. Sucedió en su espíritu con esta amorosa historia, tan bruscamente interrumpida antes de llegar a conclusión alguna, lo que en lo físico con los huesos rotos, cuya fractura se hace sentir durante toda la vida, de cuando en cuando, con el cambio de las estaciones o del tiempo. Cada pequeño resto de esperanza que de alcanzar otra vez una perdida felicidad queda en nosotros renueva mil dolores en cuanto el alma queda ociosa y deja que la acaricie el sol.

Un día, al volver, dando las doce, a su casita

para preparar su sencillo almuerzo, descubrió de repente una linda figura femenina que se hallaba en pie bajo el tejadillo con la mirada perdida en la lejanía. Al llegar a doscientos pasos de ella creyó el joven reconocer a Gritli, y, sobrecogido, exclamó:

—¿A qué viene aquí esa mujer? ¿Qué es lo que busca?

Escondióse tras un peral silvestre, y lo menos en cinco minutos no se atrevió a volver a mirar. Cuando por fin lo hizo había dado media vuelta la aparición y curioseaba, a través de una de las ventanas, el interior de la casita, pareciendo examinar con toda atención el arreglo de la morada de Guillermo. Luego se sentó sobre el último escalón, y sacando algo de comer de su bolsillo, comenzó tranquilamente a reponer sus fuerzas, demostrando que no tenía intención de abandonar muy pronto aquellos lugares. Guillermo volvió sobre sus pasos y, sin mirar atrás ni haber almorzado, retornó a sus rebaños, ya que no podía entrar en su casa, guardada de aquella manera. Presa de una gran excitación permaneció en los prados hasta el anochecer, hora en que el hambre le impulsó hacia su perturbado retiro. Cautelosamente fué acercándose a la casa, hallando ahora libre acceso. El ángel que con espada de fuego guardaba la entrada había desaparecido. Sin embargo, consideró con toda atención la escalera y la ventana, hallándolo todo tan sereno e inocente como siempre. Pero su tranquilidad quedaba perturbada para siempre, sobre todo por no poder ase-

gurar si aquel lindo fantasma había sido o no realmente Gritli.

Sin querérselo confesar a sí mismo, se vistió desde aquel día con mayor esmero y casi demasiado bien para un simple pastor. Con frecuencia se acercaba con toda precaución a la casa, como si de nuevo fuera a encontrar a alguien ante ella; pero la aparición no se repitió. Poblóse, en cambio, toda la montaña con aquella figura y la halló siempre ante sus ojos, saliéndole al paso en los caminos y senderos o mirándole a través de la redonda ventanita de su cuarto. Le parecía intolerable vivir tan cerca de ella, y sin embargo no hubiera querido alejarse más, pues la idea de que Gritli se hallaba ahora libre y sola ponía un mayor desorden en sus pensamientos. Por último, y tras largas luchas, consiguió dominar aquellas imaginaciones y recobrar su equilibrada firmeza.

Cayeron las primeras nieves y terminó la época del pastoreo. El tundidor intentó llevar a Guillermo a su casa de la ciudad; pero el joven se negó resueltamente, rogándole que le dejara en la montaña. No quiso el seldwylense contrariarle en su capricho, y le proveyó de una buena estufa, encomendándole varios quehaceres que le entretuvieran. El joven adquirió, por su parte, con su salario y por mediación del tundidor algunos libros con los que ocupar sus potencias espirituales. La nieve invernal, que pronto cubrió las montañas, le aisló del mundo más que nunca.

De todas maneras, su soledad no pasó de ser la

de un verdadero cenobita, y ya se sabe que éstos suelen estar harto solicitados. Pronto comenzó Guillermo a recibir las más singulares visitas. Los labradores del contorno, en varias leguas a la redonda, hablaban de él como de un hombre sabio y medio profeta, fama que debía principalmente a sus rebuscas por el bosque y al extraño adorno de su morada. En cuanto los campesinos encuentran uno de estos santos que, llenos de remordimiento por una misteriosa falta, se acogen a una vida fuera de lo vulgar, retirándose a la soledad, sienten en seguida avivada su fantasía y atribuyen al tal especiales conocimientos y poderes, de los que se ven impulsados a hacer uso, procediendo así al contrario de los cultos ciudadanos, que no buscan consejo mas que de aquellas personas que nunca se han apartado del camino recto ni han caído en extravagancia alguna.

La primera que se presentó fué una desdichada viuda con un díscolo retoño, al que no había medio de hacer aprender nada en la escuela y que comecía toda clase de diabluras. La pobre mujer pidió consejo a Guillermo, contándole sus penas delante del perverso hijo, con el cual habló luego benévolamente el solitario, preguntándole por qué hacía unas cosas y dejaba de hacer otras, y encaminándole por buenos senderos, en los que vería cómo seguramente le iba mejor y se encontraría más alegre y satisfecho. La larga peregrinación, las solemnes quejas de la madre, el singular aspecto de la vivienda del profeta y sus palabras amables

y severas hicieron tal impresión en el muchacho que mejoró, en efecto, su conducta y dió ocasión para que la madre difundiera a los cuatro vientos la fama de Guillermo.

Poco después llegó otra mujer quejándose de la maldad de una vecina suya, y luego un viejo labrador que se quería quitar la costumbre de sorber rapé, considerándola como un pecado. Guillermo le convenció de que no había tal cosa y que podía seguir sorbiendo todo lo que le viniera en gana, y el campesino se fué lleno de satisfacción, no dejando de ensalzar y alabar a su consejero por todas partes. Por último, apenas pasaba día que no viniese alguien en busca del solitario, revelándole toda clase de flaquezas morales y domésticas. La mayoría de los visitantes eran mujeres o muchachas, que acudían a encargarle secretas cartas, a las que, por escribirlas él, atribuían especiales virtudes. También llegaban gentes supersticiosas, que le demandaban el paradero de cosas que habían perdido o les habían robado, así como misteriosos medios curativos, o, finalmente, que les predijese su porvenir. Estas peticiones llegaron a hacérsele molestas y sospechosas, y con burlas o rudas palabras trató de rechazar a los demandantes; mas con ello no consiguió sino que se dijese que también él tenía sus momentos de mal humor y que no se ponía a disposición de todo el mundo, cosas ambas a las que se le reconocía un perfectísimo derecho. Los visitantes que con mayor gusto acogía eran aquellos niños cuyas madres, viendo

que no adelantaban nada en la escuela, se los llevaban con frecuencia hasta que, aprendido el camino, subían ellos por propia voluntad. Con ellos se mostraba Guillermo lleno de interés y cariño, satisfaciéndole mucho verlos en derredor suyo. Habiendo logrado encarrilarlos a casi todos, se ganó, al mismo tiempo que la gratitud y consideración de los mayores, numerosos partidarios entre la gente menuda. Formando nutridos grupos subían los chicos a visitarle los domingos que hacía buen tiempo y le llevaban, entre todos, infantiles regalos. Así, una manzana cada uno, de manera que todas juntas llenaban un regular cestillo, o diez nueces por cabeza, hasta colmar uno de los cajones de su despensa. Guillermo hacía entonar a sus visitantes alegres cánticos y los acompañaba luego un buen trecho a su regreso.

Estos hechos llegaron a oídos de Gritli, que los escuchó con extraordinario aunque disimulado interés. Llena de curiosidad, deseaba con fuerza ver por sus propios ojos cómo vivía Guillermo y oír sus pláticas. Así es que cuando llegó a su casa para acompañarla algunos días en sus soledades una buena amiga suya, forastera, decidieron ambas subir a la aislada casita. Disfrazadas de jóvenes campesinas y envolviendo sus cabecitas en amplios pañuelos que apenas dejaban ver el rostro, pusiéronse en camino una clara mañana invernal y subieron por la vertiente de la montaña, que, cubierta de un nevado manto de cegadora blancura, se destacaba sobre el cielo. Al llegar ante la

casita se detuvieron, observándola con curiosa atención y maravilladas de su pintoresco aspecto, pues toda ella brillaba y relucía como de pura plata y cristal. Todo en derredor del tejado colgaban, hasta casi tocar el suelo, largos carámbanos de agudas puntas. La veleta y los dibujos de la barandilla, de estilo barroco, y los tallos de la trepadora madreselva, llenos de escarcha, resplandecían bajo la luz del sol con todos los colores del arco iris. Al abrigo del tejadillo y sobre las losas del portal brincaba y piaba alegremente una nube de pajarillos del bosque, tan mansos que apenas dejaron paso a las curiosas peregrinas y se colocaron luego en fila sobre el pasamanos de la escalera. Las dos mujeres se animaban una a otra, sin decirse ninguna a llamar a la puerta; tosía una, reía la otra, pero ninguna se atrevía a golpear el aldabón. Por último, la amiga de Gritli dió resueltamente unos golpes tan fuertes como los hubiera podido dar el más rudo labrador, y abriendo la puerta penetraron ambas con resuelto paso.

Guillermo se hallaba leyendo un grueso libro con figuras de plantas y no le satisfizo mucho tan temprana irrupción, sobre todo cuando vió que sus visitantes eran dos jóvenes y frescas mujeres. Pero Anita, la amiga de Gritli, comenzó en seguida a charlar atropelladamente, mezclando una gran cantidad de preguntas y peticiones. Quería que se le comprobase una cuenta de una partida de paja que había cambiado por una vaca de dos años; y sacando luego un arrugado papel que envolvía

unos pedazos de plomo fundido, pidió que la explicase qué era aquello; además, deseaba saber su porvenir, cuál era la mejor época para sembrar la avena, si podía dar promesa de matrimonio a dos personas distintas en el mismo año y si le era posible proporcionarle un embrujado molinillo de café con un gnomo dentro. Aparte de todo esto le traía un gran manojo de plumas de gallina, pato y ganso para que se las cortara, pagando lo que fuera, pues le gustaba mucho escribir, pero no tenía plumas. Por último, pidió que le dijera si el nuevo año sería favorable a los que durante él se casaran. Todo esto, paja, vaca, avena, plomo, molinillo, gnomos, plumas y matrimonio lo confundió y barajó de tal manera que nadie hubiera sido capaz de darle respuesta, y cuando Guillermo abría la boca le interrumpía en el acto, exclamando que no era eso lo que ella había querido decir, sino otra cosa distinta, desarrollándose así una divertida escena. Mientras tanto, Gritli, con las manos escondidas bajo el delantal, no se atrevía a moverse por miedo a delatarse; pero observaba, llena de interés, aquella singular morada, que por dentro ofrecía aún más maravilloso aspecto que en su exterior. Las paredes se hallaban revestidas de cortezas de árboles cubiertas de musgo, nidos, amonitas y brillantes cuarzos, y el techo desaparecía bajo ramas y raíces de extrañas formas, entre las que colgaban frutas silvestres, piñas y racimos de rojas y azules bayas. El hielo se había adherido a las ventanas, y en cada uno de sus redondos cristalitos fingían

las heladas agujas un cuadro diferente: paisaje, flor, grupo de árboles, estrella o plateado damasco. Cien cristales había, y ninguno igualaba a otro, semejantes a la obra de un arquitecto gótico que para cada una de las cien ojivas del crucero por él edificado halla una nueva tracería.

Todo ello gustó sobremanera a aquella mujer que por tan ruda y prosaica tenían Viggí y su amada Catalina; pero no dejó tampoco de lanzar de cuando en cuando una ojeada sobre el morador de aquella vivienda, el cual la satisfizo en grado no menor. Se envolvía Guillermo en una rojiza piel de zorro, que el tundidor le había dado para el invierno; había dejado crecer su espeso y negro pelo, que antes llevaba corto, y un fino bigotillo negro sombreaba su labio superior. Toda su figura había ganado en seguridad y arrogancia. Un largo pañuelo rojo, que rodeaba su cuello sin ceñirlo, aumentaba la atrevida expresión de su aspecto, expresión que habría desaparecido si hubiera siquiera sospechado con quién se las había en aquellos momentos.

Mas Anita desempeñó tan a la perfección su papel que ni la más leve sospecha cruzó por la imaginación del joven, que creía tener ante sí a una charlatana labradora, acompañada por alguna amiga tímida y simplona. Cuando aquella charla sin ton ni son llegó a fatigarle, interrumpió violentamente a la habladora y dijo:

—La cuenta de la paja y la vaca sube a tanto. Todo lo demás son tonterías y puede ir usted a

contarlas a quien tenga más ganas que yo de oírlas.

—¿Ah, sí?—exclamó Anita con divertido acento.

Y Guillermo repuso:

—Lo dicho. Conque id con Dios y dejadme en paz.

—Está bien—replicó Anita—. De todas maneras, muchas gracias, y usted dispense, señor hechicero. Que no se enfade más y que Dios le guarde. Vámonos, Bárbara.

Mas al llegar a la puerta volvió sobre sus pasos y exclamó:

—Ya me iba sin haberle saludado de parte de una persona que me lo encargó mucho. ¿O se lo he dicho ya?

—No. ¿Y quién es esa persona?

—Una mujer muy linda y muy compuesta. No sé su nombre, pero usted ya sabrá quién pueda ser.

—No, no lo sé; no conozco a ninguna que pueda haberle hecho ese encargo.

—¿Ah, no? Pues haga usted memoria. Vive junto a las murallas de la ciudad; no es muy alta, pero sí bien proporcionada y lleva la cabeza toda rodeada de negros rizos, como la de un perrillo de lanas. Bárbara y yo fuimos el otro día a llevarle unas docenas de huevos, y cuando le dijimos que íbamos a subir a verle para que nos dijera la buenaventura nos encargó que le saludásemos de su parte.

Guillermo se ruborizó hasta el rojo vivo y exclamó presuroso:

—No sé a quién os podéis referir.

Luego dió media vuelta y volvió a sumirse en su lectura, sin dignarse dirigir una mirada más a las mujeres, las cuales salieron de la casa y bajaron, retozonas, la escalera, haciendo sonar sobre las losas sus pesados zapatos campesinos.

Apenas se hallaron a prudente distancia de la casa dijo Anita a su compañera:

—Oye: ¿sabes que si no tuviera ya a mi marido era capaz de venir a quitarte a éste? Es un arrogante tipo, aunque descortés y grosero.

—¡Ay! También lo encuentro yo muy de mi gusto; pero no me fío de él. A pesar de la seriedad que ahora ha adoptado pudiera ser todavía tan inflamable y enamorado como antes o volverlo a ser alguna vez, y entonces yo habría dejado un mal marido para caer en otro peor. Habría que inventar alguna manera de probarle.

—Eso es fácil—dijo la amiga.

Y durante el camino discutieron la manera de llevarlo a cabo, prometiendo Anita encargarse de ello en cuanto pasara el invierno. Al oír esto suspiró Gritli y repuso:

—¡Ay! Falta todavía mucho tiempo y yo quisiera haber resuelto esto ya para la primavera.

—Eso ya no puede ser—replicó riendo Anita—. Yo tengo que volver al lado de mi marido, y además no me atrae mucho la idea de trepar más veces hasta la casita de ese solitario por muy bonita que esté entre los hielos. Paciencia. En cuanto florezcan las primeras violetas volveré y probaré

a tu inflamable pájaro salvaje; pero ten bien entendido que será por tu cuenta y riesgo.

Gritli se conformó con ello y pasó el resto del invierno en el mayor retiro; mas pareciéndole que la nieve no quería derretirse nunca vaciló muchas veces sobre si llevar a cabo la prueba o poner término inmediato al asunto. Por fin llegó el poderoso viento Sur y derramó sus cálidas lluvias oblicuamente sobre el valle y la montaña. En presurosa huída se derritieron las masas de nieve, y claros torrentes descendieron por los flancos de los montes, riendo, cantando y hablando con mil lenguas. Gritli oía este rumor con el mismo agrado que si fuera producido por las campanas tocando a boda. En cuanto quedó seca la pradera más próxima corrió a ella a ver si habían florecido las violetas, encontrando tan sólo algunas blancas campánulas. Sin embargo, al regresar a su casa halló en ella a su amiga, que había llegado con un gran baúl, en el que traía todos los aprestos necesarios para su propósito.

Eran éstos un completo y galano traje dominiguero igual al que usaban las campesinas acomodadas de aquella región, y varias prendas sueltas de recambio, todo ello nuevo, elegante y casi refinado. El primer domingo, muy de mañanita, comenzó Ana, ayudada por Gritli, a vestirse de aquella guisa con minucioso cuidado y esmero, y haciendo, con orgulloso cálculo, que su belleza, nada escasa, desplegase todos sus encantos. Sobre una corta saya escarlata vistió una negra falda de igual

longitud, de manera que la roja saya apareciera a cada movimiento y resaltara con un mayor encanto la cegadora blancura de las medias. La ceñida blusa de seda oscura moldeaba admirablemente la espalda, los hombros y los redondos brazos sin oprimir el pecho, que quedaba encerrado en un corpiño de negro terciopelo, sujeto por cintas de la misma tela, que enganchaban en broches de plata. Algunos coquetos rizos caían sobre su frente, a la moda campesina, y el resto de la cabellera formaba gruesas trenzas que terminaban cerca del suelo, presas en lazos de terciopelo, adornados de encajes. A cada prenda que ayudaba a vestir a su riente amiga iba Gritli poniéndose más seria y preocupada, y cuando la muy presumida terminó su tocado y se miró al espejo, sabedora de su belleza, lamentaba ya aquélla toda su invención y encontraba innumerables razones para dejar de llevarla a cabo. Pero Anita se rió de sus preocupaciones, exclamando:

—Lo que se haga hay que hacerlo bien. ¿O es que quieres probar a tu cenobita con un espantapájaros? Esta clase de santos suele haber tenido muy buen gusto antes de retirarse del mundo.

Opinó entonces Gritli que por lo menos debía substituir las blancas medias por otras negras, de lana más espesa, pues todavía estaba el tiempo frío y húmedo. Mas Anita respondió:

—¿No ves que ya llevo un calzado muy fuerte? Además, queridita mía, tú sabes muy bien que

ninguna mujer se ha enfriado nunca por darle el aire en las pantorrillas.

—Entonces resguárdate más la garganta—rogó, lamentosamente, la preocupada Gritli.

Y la incorregible Anita contestó:

—En eso sí tienes razón. Dame aquel pañuelito de seda, que, como es pequeño, me lo podré meter en el bolsillo cuando comience a calentar el sol.

Abrió después la ventana y miró hacia fuera en la clara mañana dominguera. Todo estaba aún silencioso, y el momento parecía propicio para salir furtivamente y escapar de la ciudad monte arriba. Mas Gritli retuvo a su amiga todo el tiempo posible, sirviéndole en el desayuno sus golosinas preferidas, para retrasar el momento de su partida. Llegado éste, y cuando Anita se disponía a salir, se echó Gritli a llorar llena de amargura. Volvió entonces Anita sobre sus pasos y dijo con grave acento:

—¡Loca, más que loca! Si realmente piensas que no puedes tener confianza ninguna en él, vale más que renunciemos a la prueba. Decídete. Por mi parte, en un periquete me vuelvo a poner mi traje.

Gritli redobló en su llanto, luchó unos instantes con sus encontrados sentimientos y exclamó después, resuelta ya:

—¡No! Vé y haz lo que te parezca. No hay más remedio.

Anita partió, pues, placentemente a través de los primaverales campos, bañando su figura en el puro ambiente matinal y llena de espíritu em-

prendedor. Sus faldas revolaban a cada paso, dejando ver la saya de viva escarlata; bajo el brazo, y envueltas en un paño a cuadros blancos y azules, llevaba una torta de huevo y una pequeña pizarra. De esta guisa llegó a la casita, a cuya puerta llamó esta vez con menor fuerza, entrando luego con buenas maneras en la habitación de Guillermo. No la reconoció éste en el primer momento, pero quedó sorprendido ante aquella graciosa aparición. Hallábase dedicado en aquel momento a preparar su buen café dominical, que esparcía un agradable aroma por todo el cuarto. Anita hizo una linda reverencia y dijo:

—Más vale llegar a tiempo... ¿Ha cortado usted mis plumas, señor brujo? Vengo por ellas; aquí tiene usted, en cambio, un regalito por su trabajo y para que, por lo menos, vea usted que le agradezco las molestias que le he causado.

Hablando así desenvolvió la torta que traía y la colocó sobre la mesa.

—Si es así—repuso Guillermo—, podéis volveros a llevar el regalo, porque las plumas que me trajisteis no servían para escribir y las he tenido que tirar.

—¿Ah, sí? Entonces tendré que comprarme otras en la ciudad. Pero no le hace: os dejaré, de todos modos, la torta y hasta la probaré yo también si me dais una taza de ese café que estáis haciendo. ¡Supongo que no me desairaréis!

Sin más cumplidos, sentóse Anita a la mesa y comenzó a partir la torta. Guillermo no sabía qué

hacer, y le parecía que un peligroso espíritu vagaba por la casa mientras el sol primaveral, entrando por la ventana, iluminaba con extraña luz la figura de la bella labradora. Mas vióse obligado a plegarse a los acontecimientos, y sacando unas tazas de porcelana, que el dueño de la casita guardaba allí, partió honradamente su café con la intrusa.

—Hacéis muy bien el café, señor brujo—dijo Ana—. ¿Dónde habéis aprendido?

—Mucho me satisface que os guste—respondió Guillermo—. Mas he de rogaros que no me llaméis siempre brujo, pues no sé nada de tales artes de encantamiento.

—¿No?—repuso ella sonriendo y lanzándole una mirada llena de luz—. Yo creía que sí, por lo menos en lo que a mí respecta; aunque, dicho sea de paso, no soléis ser muy cortés para con las damas. Pero lo que sí sois es un hombre guapo de verdad. ¿No os aburrís aquí tan solo?

—No. Si así fuera hubiera ya vuelto a reunirme con la gente. Pero me parece que tiene usted ganas de burlarse de mí y eso no está bien en una mujer tan linda.

—¿Tan linda...? ¡Ay! Ya parece que va usted mejorando su conducta. Debía ir usted aún durante algún tiempo a la escuela, y puede que llegara a ser un hombre de provecho. Mas, desgraciadamente, soy yo la que por ahora tiene que aprender lo que antes descuidó. La causa principal de mi venida ha sido hacerle una nueva petición, si

es que usted me lo permite. La cuenta que me hizo la vez pasada—y tan de prisa que casi no me enteré cómo—me prestó un gran servicio. Yo poseo una buena casa de labor, pero no hay en ella hombre que la dirija y lleve las cuentas. Por mi parte, cuando fui a la escuela no presté atención a lo que querían enseñarme ni aprendí nada de provecho, pues tampoco entonces valía yo gran cosa. Y ahora tengo que pagar y lamentar mi falta de aplicación, porque nunca sé cómo marchan mis asuntos ni si me engañan o no en ellos. Así es que he pensado que, no siendo todavía muy vieja para ponerme a estudiar lo que antes no aprendí, pues poco más o menos tendré ahora unos veinticinco años, debía venir a visitar al señor brujo y pedirle que me enseñara a hacer cuentas. Claro es que con su retribución correspondiente, dado que si logra que yo pueda manejar los malditos números no me ha de pesar ofrecerle un saco de batatas o media hoja de tocino. Mirad, aquí traigo ya una pizarra y una tiza. ¡Caramba! ¿Dónde habré puesto yo la tiza?

Dejó la pizarra sobre la mesa, y metiendo la mano en el bolsillo de la falda revolvió en su interior con impaciente gesto. Luego sacó un puñado de cosas y las echó encima de la mesa: una navajita, un dedal de hierro, unas monedas, migas de pan, un silbato, una pera y, por fin, un pedazo de tiza. Con rápido ademán se metió la pera en la boca, y mientras la roía con sus finos diente-cillos, exclamó:

—Aquí tenemos ya la tiza. ¡Ea, empezad!

Y poniendo su silla pegadita a la de Guillermo, se acomodó a su lado, mirándole muy atenta a la cara.

—No estoy acostumbrado a discípulas tan crecidas—repuso el joven algo azorado y retirando un poco su silla—; pero si prestáis atención, yo procuraré hacerlo lo mejor posible.

Empezó, pues, a explicarle las cuatro reglas, que Anita oyó como cosas completamente nuevas para ella. Volvió a apretarse a él, le cogió a cada momento la tiza de la mano, estropeó las cuentas e hizo mil diabluras, mirándole de cuando en cuando franca y sostenidamente a los ojos. Guillermo la miraba también, un poco asombrado y no sin cierto placer, aunque sin perder su dominio sobre sí mismo, y cuando ella dirigía sus ojos a la pizarra observaba él serenamente la linda cabecita como se mira un noble producto de la Naturaleza. Poco a poco fué quedándose silencioso y hasta olvidó responder un par de veces a las preguntas de su discípula. Levantóse ésta de repente y dijo: •

—Basta por hoy. Si no, voy a hacerme demasiado sabia. Pasado mañana por la tarde vendré a ver si puede dedicarme otro ratito. Dios os guarde.

Y sin esperar respuesta se alejó tan inesperadamente como había llegado.

Guillermo la siguió con los ojos, sin levantarse de su silla. Luego, tras de cavilar algunos momentos, dijo: «Esto acabará en que también me tendré que ir de aquí. Esa mujer me da que pensar.»

Tan a su gusto se encontraba Anita con sus

arreos campesinos que prolongó su paseo por las solitarias sendas hasta que sonó mediodía. Sumida en sus pensamientos, miraba distraídamente ora los tiernos sembrados, ora el presuroso curso de un arroyuelo; mas no pensaba en ellos, sino que meditaba cómo y hasta dónde había de llevarse la comenzada prueba. Creía tener en su manó el resultado de la misma y estaba indecisa si dirigirla hacia su propia diversión u obrar como honrada mujer y buena amiga. El solitario le parecía hecho a medida para un saludable entretenimiento y una divertida comedia dirigida por su propia cuenta. Si Guillermo se dejaba seducir quedaba salvada su amiga de matrimoniar con un hombre tan inconstante, y al mismo tiempo el enamorado joven recibiría, con el divertido engaño, el castigo a que se había hecho acreedor. Absorta en estos pensamientos se detuvo Anita a la orilla de un arroyuelo y contempló su imagen en él reflejada, hallándose casi demasiado linda para su algo indiferente marido. Mas, por otro lado, la aventura le parecía un tanto arriesgada y susceptible de complicarse y acabar con la tranquila vida de que disfrutaba, esto sin contar con que estaba obligada a portarse lealmente con su amiga y que tenía la seguridad de que el enamorado pájaro volvería a Gritli aunque por un momento lograra ella apresarle. De este modo iba midiendo Anita el pro y el contra y equilibrándolos en su imaginación, hasta que, por último, encomendó al azar su decisión. Si una hoja seca que, buscando una salida,

describía lentos círculos en un remanso del arroyo arribaba a la margen derecha, serviría con fidelidad a su amiga; más si llegaba a la orilla izquierda, haría lo que mejor le pareciese por cuenta propia. Pero como sucedió que la hoja siguió de pronto río abajo, decidió Anita dejar que el curso mismo de los acontecimientos fuese lo que determinase libremente el resultado. En esto sonaron las doce; la traviesa campesina se dirigió a las murallas de la ciudad, y por la puerta excusada que en ellas se abría entró en casa de Gritli sin que nadie la viera, pues era la hora en la cual dormía antiguamente el divino Pan y en la que en los tiempos modernos se hallaban los seldwylenses con todos sus hijos y familiares sentados en derredor del asado dominguero, de manera que las calles se hallaban más desiertas y silenciosas que en la obscura media noche.

Con temerosa expectación devoraron los ojos de Gritli el rostro de su arrogante amiga al verla entrar en su cuarto, anunciándose con alegres risas. Anita la abrazó y besó repetidas veces mientras le decía:

—Déjame que te abrace. No sabes qué ganas de besar a alguien traigo de mi visita a tu novio.

—No seas mala—exclamó Gritli con acento lleno de reproches—. Supongo que no habrás hecho ninguna locura. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha estado él?

—Tranquilízate. Ha estado a mi lado como un insensible leño—respondió Ana.

Y Gritli exclamó:

—¡Gracias a Dios! Entonces podemos dar por terminada la prueba.

—¿Darla por terminada? ¡Estaría bueno!—interrumpió Ana—. Nos quedaríamos igual que antes. Hoy ha estado como un leño, pero lo que nos importa saber es si está dispuesto a conservarse en el buen camino o si se deja arrastrar al malo. De cómo se porte dependerá su premio o su castigo.

Tomó Gritli nuevo ánimo y dijo:

—Sí. Hay que llegar hasta lo último. Si escapa a tus diabluras es que ha mejorado de verdad y que es digno del premio.

De este modo se puso de nuevo en camino a los dos días la linda tentadora, eligiendo esta vez la hora en que el sol comenzaba a ocultarse. Vestía la misma ropa que la vez anterior, aunque con algunas variantes y mayor sencillez, como corresponde a una labradora que sale al campo en un día de trabajo; pero, sin embargo, tuvo buen cuidado la presumida Anita de que su atavío sentase bien a su linda persona. Esta vez peinó sus cabellos a la moda de la ciudad y los cubrió con una cofia de paño.

Guillermo había salido con toda intención, pensando que cuando llegase su singular y bella visitante se hallase con que había dado el paseo en balde. Mas al comenzar a obscurecer apresuró sus pasos más de lo necesario, ya fuese por curiosidad, ya por divertirse un rato con la alegre mujer. Cuando llegó a la puerta de la casita la encontró

en el momento en que acababa de llamar sin que nadie la contestara.

—¡Oh, ya estáis aquí!—dijo modosamente—. Ya creía que me íbais a dar un plantón. Es un poco tarde, pero no me ha sido posible venir antes.

Encendió Guillermo la lámpara y preguntó:

—¿Qué tal? ¿Se acuerda usted de la lección del otro día o lo ha olvidado ya todo?

—No sé. Ahora podrá usted verlo—repuso humildemente, mostrando una dulzura que contrastaba con su anterior fogosidad y que aumentó la confusión del joven.

Cuando comenzaron a hacer las cuentas se mostró Ana distraída y silenciosa; pero a pesar de su distracción no cometió error ninguno, sino que, como si no parara mientes en lo que estaba haciendo, resolvió las operaciones rápida y acertadamente hasta el final e incluso hizo las pruebas de los resultados obtenidos. En un día había aprendido la discípula a manejar los números con igual facilidad que su maestro, aunque no parecía darse cuenta de ello. Guillermo la miró hacer durante un largo rato, mientras que su alarma y sus sospechas crecían a pasos agigantados. Por último, echó de ver que las manitas de Ana eran demasiado blancas para una campesina y que sus cabellos, artísticamente peinados, exhalaban desde lejos un suavísimo olor. Irguiéndose de repente, exclamó:

—Usted no es una labradora. ¿De dónde es usted? ¿A qué ha venido aquí?

Asustada, soltó ella la tiza, miró al joven con

tímidos ojos y luego bajó, avergonzada, la vista y cruzó las manos. Un profundo silencio reinó en el cuarto. Por último, lo rompió Ana con un suave suspiro y confesó:

—Soy una pobre viuda, y el aburrimiento de mi solitaria vida me ha llevado ya a cometer algunas locuras que luego me pesan. Hace poco tiempo convine con una amiga mía en venir a visitar al sabio cenobita que tanto daba que hablar por todas partes. Ya vió usted cómo llevamos a cabo nuestro propósito. ¡Ojalá no hubiera entrado nunca en esta casa!

—¿Y por qué?—preguntó Guillermo riendo, aunque comenzaba a sentirse angustiado.

A lo que Ana respondió en voz muy baja:

—He tenido la desgracia de enamorarme de usted.

Y al mismo tiempo alzó los ojos hacia él, sonriéndole.

El joven sintió muy bien que aquella mirada no era del todo espontánea ni sincera, sino fingida, algo así como un brillante falso; pero, sin embargo, había en ella el suficiente fuego para despertar en en él toda una serie de ideas y sentimientos que fueron comunicándose unos a otros su llama con la rapidez del rayo.

«Al fin y al cabo hay que hacer con las mujeres lo que con los escorpiones: curar la herida producida por uno con la substancia sacada machacando a otro. ¿De qué sirve despreciar la dulzura de las mujeres por el hecho de que todas ellas sean

inconstantes y falaces? Corta las rosas muy arriba sin tocar el tallo y no te pincharás con las espinas. Para vivir en paz hay que beber el vino y dejar el vaso. El que peregrina por el desierto debe beber en aquella fuente que la casualidad le ofrece. Míralas bien; llegan unas y se alejan otras; aquélla es morena y esta otra tiene dorados cabellos; mas para ti la mejor es aquella que bese tu boca.»

Si no estas mismas palabras, las perversas ideas en ellas expresadas atravesaron el pensamiento de Guillermo mientras cogía la blanca manita de Ana y la miraba entre indeciso y sonriente. Mas como de todos modos sus actos eran mucho más tímidos que sus pensamientos, sucedió que al cabo de un minuto no era él quien tenía a la bella en sus brazos, sino ella la que le atrajo a los suyos, y se disponía ya a darle un dulce beso cuando otra serie de ideas se agolpó en la imaginación del joven.

«¿Es, pues, ésta—pensó—la tan deseada felicidad que dan los brazos de una mujer? No; pues, en efecto, no es nada despreciable. ¡Gracias a Dios que he logrado tener una bien apretadita contra mí! ¿Qué pensaría Gritli si me viera?»

Al llegar aquí vió en su imaginación a Gritli ante la casa y luego en la escalera. «¿Cómo?—siguió pensando—. ¿Y si aquel día hubiera venido a buscarme? ¿Y si aun me amase?» Y una gran compasión le invadió de repente, haciéndole asustarse de la dureza e inconstancia de su corazón. De este modo, perdido en sus pensamientos, se echó hacia atrás de pronto y su boca eludió el beso que en ella

iba a depositar Anita. Durante un momento quedó absorto, con los ojos perdidos en el espacio y sin apartar su imaginación del recuerdo de la figura de Gritli, sentada, esperándole ante su puerta. Luego, volviendo a la realidad, preguntó bruscamente a Anita:

—¿Qué ha sido de aquella mujer de la que me trajo usted un saludo la primera vez que vino? ¿Qué hace? ¿Cómo está?

—¿Qué mujer? ¿Qué saludo?—preguntó ella, sorprendida y confusa.

Y cuando él le hubo explicado su pregunta, respondió con frialdad:

—¡Ah, ya! Aquello fué una burla mía. No conozco a esa mujer.

Esta desdeñosa y helada respuesta disgustó e irritó a Guillermo, que, libertándose casi involuntariamente de los brazos de Anita, se dirigió a la ventana, la abrió y, con el ánimo entristecido, se puso a contemplar el estrellado cielo que cubría el valle, en cuyo fondo brillaban, formando apretados grupos, las lucecitas de Seldwyla. Su pensamiento vagaba en derredor de los muros de la ciudad, haciéndole olvidar lo que tras él quedaba en su cuarto. En el momento en que dejaba escapar de su pecho un hondo suspiro pasó bajo la ventana una figura femenina, que con burlón acento le dijo:

—Buenas noches, señor brujo.

Era Anita, que, sin que él lo notara, había salido de la casa y corría cuesta abajo entre alegres risas.

Hizo Guillermo un movimiento y una voz interior le gritó apremiante: «No la dejes escapar.» Mas permaneció como clavado en su sitio, y su deseo voló, pasando por encima de la linda campesina fugitiva, hasta el valle en que Gritli moraba. La amorosa pasión que en su corazón dormía despertó en aquellos momentos con tan embriagador poder, que durante toda la noche permaneció el joven agitado e insomne.

«Hay que poner fin a todo esto—exclamó al despertar, ya muy entrada la mañana, del inquieto sueño que había logrado conciliar a la madrugada—. Dejaré el campo libre por algún tiempo y marcharé en busca de otros aires.»

Y dicho y hecho. Colgóse de nuevo en bandolera su saco de viaje, cogió un bastón y emprendió el camino hacia casa del tundidor para entregarle la llave y pedirle permiso para ausentarse algunos días.

Un leve y rápido paso le despertó del ensimismamiento en el que se hallaba sumido mientras verificaba tales preparativos. Pareciéndole conocer aquellos andares prestó oído a ellos antes de atreverse a alzar la vista. El sol mañanero arrojaba ya sobre el brillante camino, muy cerca de Guillermo, la ligera sombra de un velo que flotaba en torno de un redondo busto. El joven se sintió lleno de una punzante angustia; pero, a pesar de su confusión, creyó advertir de pronto una imperceptible vacilación en aquellos pasos que tan bien sonaban en sus oídos. Alzó por fin la mirada y

halló muy cerca de él a Gritli, que se sonrojó a su vez y le miró con azorada sonrisa. Sin darse cuenta exacta de lo que hacían apretaron ambos el paso y se cruzaron, probablemente para ya nunca volverse a encontrar. Guillermo se quitó el sombrero al pasar junto a Gritli, que le contestó con una rápida inclinación de cabeza. Luego, como si a ambos les hubieran tirado de un cordelito, volvieron a un tiempo la cabeza, y al encontrarse sus miradas se detuvieron y dieron media vuelta; por último, emparejaron como dos palitos que dan vueltas sobre el agua hasta unirse, y siguieron andando con paso rápido, pero ya en una misma dirección.

—¿Es que se marcha usted?—preguntó Gritli al verle equipado con morral y bastón.

Guillermo respondió afirmativamente, y al ser de nuevo interrogado por las causas y el fin de su viaje, habló de asuntos que en otro lado le reclamaban, del hermoso tiempo primaveral y de otras cosas indiferentes, contestándole Gritli con frases también superficiales, pero en las que, como en el acento de Guillermo, vibraba la más honda emoción.

Con paso rápido y anhelosa respiración anduvieron así uno junto a otro, mirándose alternativamente, y ya habían recorrido un buen trecho de camino bosque adentro, bajo los árboles, cuando Gritli exclamó:

—¿Dónde estamos? ¿Es éste su camino?

—¿Mi camino?—respondió Guillermo con gravedad—. ¡Nada de eso!

—¿Ah, no?—repuso ella riendo—. Entonces salgamos del bosque.

—Por aquí atajaremos camino—dijo entonces Guillermo, y emprendió la marcha por un sendero lateral.

Al cabo de un rato desembocaron en un claro del bosque rodeado de altos pinos, cuyas copas se unían sin dejar espacio libre entre ellas. Bajo los pinos se veían dispersas grandes piedras rojizas, pues era aquélla la tumba del guerrero celta que Guillermo había descubierto. En derredor de ella se hallaba el suelo cubierto por las blancas estrellas de las anémonas.

—He aquí un sitio encantador para reposar un poco—exclamó Gritli—. Estoy algo fatigada.

Y se sentó sobre las piedras. Guillermo permaneció en pie ante ella, y dijo:

—Tened cuidado de que no despierte el que bajo esas piedras yace.

Asustada, preguntó ella qué es lo que quería decir, y entonces le relató el joven la historia de aquel sepulcro. Después de un largo silencio, observó Gritli:

—¿Y dónde se hallará enterrada la mujer de este antiguo guerrero? Quizá no muy lejos de aquí.

—¿Quién podrá saberlo?—respondió Guillermo, riendo—. Quizá se halle sepultada en algún campo de batalla de las Galias, o en alguna otra montaña de estos contornos, o quizá muy cerca de aquí. Por más que también puede ser que nunca tuviera compañera alguna.

Un prolongado silencio siguió a estas palabras, y cada uno pareció entregarse a sus propios pensamientos. Gritli se había despojado de su sombrero y mostró de repente a los ojos del joven, en lugar de los juguetones rizos que en un tiempo le habían enamorado, un liso y brillante peinado que coronaba con toda sencillez la linda cabecita. Esta transformación deslumbró y maravilló al maestrillo, pareciéndole ahora Gritli más bonita que nunca, impresión a la que coadyuvaba su vestido, de una graciosa y sobria elegancia. Dentro de la mayor sencillez, y sin que nada llamara en él la atención, producían las galas de Gritli un agrada-bilísimo efecto general, adaptándose por completo a los caracteres de su linda y florida figurita. Veíase que aquella mujer estaba de acuerdo con sus trajes y no era como otras que semejan ambulantes bazares de ropas hechas. Estas observaciones sumieron a Guillermo en una honda melancolía, viendo a Gritli ante sí como una azul lejanía primaverál inalcanzable.

El silencio que entre ellos reinaba hacía ya algunos minutos, y en el que sólo se oía la agitada respiración de Gritli, fué interrumpido por el canto de un cuco que en lo profundo del bosque lanzó una sola de sus notas, cuyos claros acentos resonaron en el bosque. Los dos jóvenes se miraron a los ojos, y sin perder más tiempo, dijo Gritli con amable sonrisa:

—Mucho me complace haberle encontrado antes de su marcha, pues mi venida a estos lugares no

tenía otro objeto que el de buscarle en su casita y hablar unos momentos con usted.

Guillermo la miró con asombrados ojos. Aquellas palabras despertaron sus recuerdos y pusieron de nuevo ante él todo lo que con aquella mujer le había sucedido. No supo, pues, pronunciar mas que un desconfiado y seco «¿Por qué?», y enrojeciendo creyó hallarse expuesto a un nuevo engaño. Mas Gritli continuó:

—Quería preguntarle a usted si todavía estaba enfadado conmigo por la historia de las cartas.

—Nunca he estado enfadado con usted—repuso él—, sino conmigo mismo. No obstante, fué poco bondadoso y algo desagradecido lo que de mí dijo usted ante los jueces, pues tanto era para mí su persona y tanto su belleza y su agrado, que me obligaron a creer en un dios que la había a usted creado para hacerme después un inestimable presente, pensamiento que confieso pecaba de vanidoso y egoísta.

Un lindísimo rubor coloreó el rostro de Gritli.

—No; aquellas palabras no fueron una ingratitude—comenzó a decir, quitándose los guantes y fijando sus ojos en las puntas de sus finos dedos—porque mientras las decía pensaba...

Al llegar aquí se detuvo Gritli, vacilando.

—¿Qué pensaba usted?—interrogó Guillermo casi sin voz.

—Pensaba—murmuró ella bajando los ojos—que mi persona le pertenecería a usted por comple-

to y para siempre cuando llegase el momento propicio. Y heme aquí.

Diciendo esto extendió las manos hacia él y levantó sus ojos hasta hallar los del joven. No fué esta mirada tan llena de fuego como la que por vez primera le lanzó desde su jardín, pero sí más clara y profunda. Guillermo tomó sus manos y ella se puso en pie; mas aquel pobre bajá, que en su imaginación había reinado sobre tantas mujeres, no supo hacer con aquella sola mas que andar como atontado a través de la plazoleta en que se habían detenido, mirandola sonriente y sin soltarle la mano. Por último continuaron su camino. Guillermo iba delante, pero se volvía de vez en cuando para ver si ella le seguía por el estrecho sendero, y sus ojos la encontraban siempre tras él, sonriéndole. En una de estas veces se escondió ella tras un haya, y cuando él volvió la cabeza se encontró solo en el camino. Asustado e indeciso detuvo su marcha, y al no ver ni oír nada volvió hacia atrás lentamente unos veinte pasos, sintiendo aumentar a cada uno la negra sospecha de haber sido de nuevo víctima de una comedia, pues a pesar de que ahora todos los indicios eran contrarios a tal sospecha no podía el pobre Guillermo creer en su feliz posición de afortunado amante. En esto resonó tras de un árbol una burlona tosecilla, y cuando se acercó al sitio de donde había salido surgió la perdida amada con los brazos abiertos. La enlazó él por fin en los suyos y la cubrió de besos, que a cada momento fueron mejorando de ca-

lidad. Gritli se mantuvo quieta, rodeándole con sus brazos, y también ella encontró que hasta aquel momento había sabido muy poco del amor.

Fué Guillermo el primero en recobrar de nuevo un relativo dominio sobre sí mismo, y sentándose junto a la amada en una enorme raíz del haya, toda cubierta de musgo, le preguntó, acariciándole las mejillas, si no había ya venido por aquellos lugares y permanecido unos instantes ante la casita una mañana del otoño pasado.

—¿Ah, me viste?—replicó ella, contestando afirmativamente a la pregunta.

Y Guillermo le contó lo sucedido aquel día y también, con leal franqueza, la aventura con Anita, confesándole que únicamente el recuerdo de aquella mañana en la que la había visto sentada en su escalera fué lo que le había preservado de la caída.

Gritli le acarició y besó de nuevo, exclamando:

—¿Entonces eres tú uno de aquellos justos con los que ningún trabajo es perdido?

Llegado mayo celebraron su matrimonio, bajo los árboles floridos. Durante su viaje de novios buscó el tundidor una importante finca de labor, que compraron a su regreso, instalándose en ella. Guillermo cultivó su propiedad, que aumentó y enriqueció considerablemente, llegando en pocos años a ganarse la consideración y la estima de todos; Gritli, por su parte, se conservó siempre igual a sí misma. Cuando caía alguna sombra sobre el ánimo de su esposo o surgía algún pequeño disgusto, dejaba que sus cabellos formasen graciosos

rizos en derredor de su cabeza, y si su poder no se demostraba suficiente los volvía a ocultar alisando su peinado de nuevo, y entonces ya no podía Guillermo resistir más y caía vencido. Tuvieron varios hijos, a los que educaron esmeradamente y que casaron, llegado su tiempo, con personas de su clase y méritos. El tundidor permaneció ligado a ellos por una fiel amistad y perseveró en el camino recto, de manera que poco a poco fué formándose una pequeña colonia de propietarios agrícolas, que sin renunciar a los alegres goces de la vida se mantuvieron y progresaron dentro de la justa medida. Los seldwylenses les llamaban con ironía «los medioalegres propietarios» o «los camastrones», pero no pasaban de aquí sus burlas, pues les eran útiles en algunas cosas y procuraban además consideración a la comarca.

En cambio, Víctor Stoerteler y su Catalina yacían ya sumidos en el más profundo olvido, en unión de las cartas de amor, que, obligados por la necesidad, hubieron de arreglar refiriéndolas a sus personas y aumentar con nuevos ejemplares, entre riñas y disgustos.



INDICE DEL TOMO TERCERO

	<u>Páginas.</u>
El traje hace a la persona	9
El engaño de las cartas.	73

1012312210



OBRAS DE J. H. FABRE

EDITADAS POR CALPE

Cinco volúmenes en 8.º, de unas 300 páginas
cada uno.

LA VIDA Y COSTUMBRES MARAVILLOSAS DE
LOS INSECTOS APARECEN EN ESTAS OBRAS
NARRADAS CON AMENIDAD ENCANTADORA

TITULO DE CADA VOLUMEN

Maravillas del instinto en los insectos, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

Costumbres de los insectos, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

La vida de los insectos, con grabados y 11 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

Los destructores. Lecturas acerca de los animales perjudiciales a la agricultura, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

Los auxiliares. Lecturas acerca de los animales útiles a la agricultura, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

LIBROS DE LA NATURALEZA

El contenido de las obras que forman esta serie de libros editados por CALPE es rigurosamente científico y está al corriente de los últimos progresos de las ciencias naturales. Garantía de ello son los autores de esas obras, todos los cuales figuran entre los naturalistas de mayor autoridad en nuestro país.

VAN PUBLICADOS

Los animales familiares, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 42 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 13 fotograbados en papel estucado.

La vida de la Tierra, por *J. Dantín Cereceda*, profesor en el Instituto de San Isidro de Madrid. Un volumen de 96 páginas, 21 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

El mundo alado, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 27 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

El mundo de los minerales, por *Lucas Fernández Navarro*, profesor en la Universidad de Madrid y en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 43 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

El mundo de los insectos, por *Antonio de Zulueta*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 41 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 12 fotograbados en papel estucado.

Los animales salvajes, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 24 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

Peces de mar y de agua dulce, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 40 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

La vida de las plantas, por *J. Dantín Cereceda*, profesor en el Instituto de San Isidro de Madrid. Un volumen de 96 páginas, 31 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

Los animales microscópicos, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 42 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

La vida de las flores, por *J. Dantín Cereceda*, profesor en el Instituto de San Isidro de Madrid. Un volumen de 96 páginas, 31 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

Todas las obras de esta colección se venden al precio de **1,75 pesetas cada libro** y llevan artísticas cubiertas del gran dibujante Bagaria impresas a cinco tintas.

COLECCION CONTEMPORANEA

Los mejores novelistas modernos

Obras escogidas entre los más selecto de la producción literaria de nuestros días y publicadas por CALPE:

Marcelo Proust.—**Por el camino de Swan.**— Dos tomos. Cada uno, encuadernado, 6 pesetas; en rústica, 5.

Miguel de Unamuno.—**Tres novelas ejemplares y un prólogo.**— Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.

Tomás Mann.—**La muerte en Venecia, y Tristán.**— Encuadernado, 6 pesetas; en rústica, 5.

Antón Chejov.—**El jardín de los cerezos, y Cuentos.**— Encuadernado, 6 pesetas; en rústica, 5.

Leonardo Coimbra.—**La Alegría, el Dolor y la Gracia.**— Encuadernado, 6 pesetas; en rústica, 5.

Enrique Mann.—**Las diosas.**— Tomo I.— **Diana.** Encuadernado, 6 pesetas; en rústica, 5.

Ana Vivanti.—**Los devoradores.**— Dos tomos. Cada uno, encuadernado, 5,50 pesetas; en rústica, 4,50.

Juan Giraudoux.—**La escuela de los indiferentes.**— Encuadernado, 5,50 pesetas; en rústica, 4,50.

Alejandro Arnoux.—**El cabaret.**— Encuadernado, 5,50 pesetas; en rústica, 4,50.

- Escipión Sighele.—**Eva moderna.**—Encuadernado, 6 pesetas; en rústica, 5.
- **La mujer y el amor.**—Encuadernado, 5 pesetas; en rústica, 4.
- Tomás Hardy.—**La bien amada.**—Encuadernado, 5 pesetas; en rústica, 4.
- Francis Jammes.—**Rosario al sol.**—Encuadernado, 5 pesetas; en rústica, 4.
- Emilio Clermont.—**Laura.**—Encuadernado, 5 pesetas; en rústica, 4.
- Israel Zangwill.—**Los hijos del Ghetto.**—Dos tomos. Cada uno, encuadernado, 5 pesetas; en rústica, 4.
- Valery-Larbaud.—**Fermina Márquez.**—Encuadernado, 4,50 pesetas; en rústica, 3,50.
- Eugenio d'Ors.—**Oceanografía del tedio, e Historias de Las Esparragueras.**—Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.
- Arturo Schnitzler.—**Anatol, y "A la cacaatúa verde".**—Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.
- Raul Brandão.—**La farsa.**—Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.
- Lafcadio Hearn.—**El romance de la Vía Láctea.**—Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.
- **Kwaidan.**—Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.
- Julián Benda.—**La ordenación.**—Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.
- Jeromo y Juan Tharaud.—**Un reino de Dios.**—Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.

BIBLIOTECA DE IDEAS DEL SIGLO XX

SELECCIONADA Y DIRIGIDA POR

DON JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Catedrático de Metafísica en la Universidad
de Madrid.

Compondrán esta colección los libros maestros de Europa y América que, aparecidos en estos últimos veinte años, inician nuevas maneras de pensar en filosofía como en política, en crítica artística como en biología, en ciencias sociales como en física. Será, pues, una colección, única hoy en el mundo, que ofrece en apretada fila los temas más incitantes de la nueva cultura.

Volúmenes que aparecerán en breve,
editados por CALPE:

- Rickert. — Ciencia cultural y ciencia natural.
Born. — La teoría de la relatividad de Einstein.
Driesch. — Filosofía del organismo. — Dos volúmenes.
J. von Uexküll. — Ideas para una concepción biológica del mundo.
Bonola. — Geometría noeclidiana.
Worringer. — El espíritu del arte gótico.
Wölfflin. — Conceptos fundamentales de la historia del arte.
Spengler. — La decadencia de Occidente.

COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETCETERA, ETC.

Aparecen veinte números de unas cien
páginas, cada mes, al precio de **CIN-
CUENTA CENTIMOS** cada número

POR SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(OCHO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 720 números publicados desde julio de 1919 a
— — noviembre de 1922 contienen obras de — —

ALFIERI, ANDREIEV, APULEYO, AUSTEN, BALZAC,
CERVANTES, DANTE ALIGHIERI, DARWIN, DAUDET,
DICKENS, FLAUBERT, FOGAZZARO, GARCILASO DE
LA VEGA, GAUTIER, GOETHE, GOLDONI, GONCOURT,
GORKI, HEINE, HUGO, IBSEN, JORGE SAND, KANT,
KOROLENKO, LAMARTINE, LOPE DE VEGA, MACHA-
DO, MERIMEE, MOLIERE, MUSSET, ORTEGA MUNI-
LLA, PLUTARCO, PREVOST, SCHILLER, SHAKESPEARE,
STAEI (MME. DE), STENDHAL, STEVENSON, SWIFT,
TACITO, VIGNY, VOLTAIRE Y OTROS

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

SAN MATEO, 13